

ORKESTRA WORKING PAPER  
SERIES IN TERRITORIAL  
COMPETITIVENESS  
ISSN 1989-1288  
NUMBER 2022-R01(CAS)

# EL BIENESTAR: DELIMITACIÓN Y MARCOS PARA SU ANÁLISIS

**Mikel Navarro Arancegui**

**Palabras clave:** bienestar, sostenibilidad débil y fuerte, desarrollo sostenible, bienestar futuro, pilares del bienestar, capital, tipos de capital.

**Códigos JEL:** I30, I310.

## RESUMEN

Este documento parte de un concepto amplio del bienestar (que va más allá del bienestar “medio, de aquí y ahora”), que toma en cuenta las contribuciones de distintas disciplinas académicas y diversos impulsos institucionales surgidos en torno al mismo. Para el análisis del bienestar son necesarios marcos conceptuales, que suelen organizarse en varios niveles: dominios, subdominios, dimensiones e indicadores, respectivamente. Tras presentar los distintos marcos alternativos propuestos por la literatura para el nivel de los dominios, se prioriza y profundiza en el que distingue el bienestar presente y el futuro. Dentro del bienestar presente se prima y profundiza, a su vez, el enfoque por temas o pilares. El análisis del bienestar futuro, por su parte, descansa en el enfoque de los capitales. En las últimas décadas, el concepto de capital ha visto expandido su ámbito de aplicación (del capital producido, al capital humano, natural y social) y, como consecuencia, también han cambiado los atributos a él asignados. Los sistemas de medición del stock de capital, aunque con imperfecciones, permiten ver su variación y, de ese modo, la evolución de la sostenibilidad. El documento discute las dos perspectivas, de sostenibilidad débil y fuerte (exponiendo las razones en favor de esta segunda), y los sistemas de medición y resultados que para ambas perspectivas ofrecen los análisis empíricos realizados.

## LABURPENA

Dokumentu hau ongizatearen kontzeptu zabal batetik abiatzen da (“batez besteko, hemengo eta oraingo” ongizateatik haratago doana), kontuan edukiz ongizateari begira jardun duten hainbat diziplina akademikorik eta zenbait ekimen instituzionalen egindako ekarpenak. Ongizatea aztertzeko marko kontzeptualetara jo beharra dago, eta marko horiek zenbait mailatan antolatu ohi dira: arloak, azpi-arloak, dimentsioak eta adierazleak, hurrenez hurren. Literaturak arloen mailarako proposaturiko marko batzuk azaldu ondoren, dokumentu honek oraingo eta etorkizuneko ongizateak bereizten dituen markoa lehenesten du eta horren ezagutzan sakondu. Halaber, oraingo ongizatearen azterketarako, lehenetsi eta sakondu egiten du gai edo pilareen ikuspegia; eta

etorkizuneko ongizatearen azterketarako, kapitalen ikuspegia. Azken hamarkadetan kapital kontzeptuaren erabil-esparrua zabaldu da (ekoiztako kapitaletik giza, natura eta gizarte-kapitalera) eta, horren ondorioz, kapitalari esleitutako ezaugarriak ere aldatu dira. Kapitalaren stocka neurtzeko sistemek, perfektuak ez izan arren, haren bilakaera antzematea ahalbidetzen dute eta, hori dela medio, baita sistemaren jasangarritasunaren martxa baloratzea ere. Dokumentuak jasangarritasunari buruzko bi ikuspegiak: ahula eta sendoa, eztabaidatzen ditu (sendoaren alde dauden arrazoiak azpimarratuz), eta, orobat, bi ikuspegi horietaz dauden neurtzeko sistemak eta egindako azterketa enpirikoen emaitzak.

## **ABSTRACT**

This paper draws on a broad concept of well-being (which goes beyond the here-and-now average well-being), taking into account the contributions from various academic disciplines and the institutional drive that has emerged around it. The analysis of well-being requires conceptual frameworks, which are usually organised at several levels: domains, sub-domains, dimensions and indicators, respectively. After presenting the various alternative frameworks proposed by the literature for the domain level, the focus is on the one which differentiates between present and future well-being. The present well-being focuses and further develops the thematic or pillar approach. In turn, the analysis of future well-being is based on the capital approach. In recent decades, the concept of capital has expanded in scope (from productive capital to human, natural and social capital) and hence, the attributes assigned to it have also changed. Capital stock measurement systems, albeit imperfect, allow us to see its variation and thus the evolution of sustainability. The paper discusses the two approaches, weak and strong sustainability (making the case for the latter) and the measurement systems and results offered by empirical analyses for both approaches.

## 1. INTRODUCCIÓN

El bienestar constituye el objetivo último de análisis de las ciencias sociales y de atención de las políticas públicas. La aproximación dominante al bienestar, tanto en su análisis como en la orientación de las políticas públicas, ha sido la proveniente de la economía, y más en particular, la de la economía neoclásica. Pero tal visión ha sido puesta en cuestión cada vez más, por entender el bienestar de un modo muy limitado y por no poder integrar y dar respuesta con tal aproximación a los desequilibrios crecientes que se iban manifestando en el ámbito del bienestar, especialmente en los planos social y medioambiental.

Van apareciendo así, desde la década de los sesenta, toda una serie de corrientes, pertenecientes a diferentes disciplinas o ramas de las ciencias sociales, que tratan de completar el análisis del bienestar. Aunque esa pluralidad de aproximaciones enriquece sobremanera el análisis del bienestar, desgraciadamente, en la mayoría de los casos, tales iniciativas se llevan a cabo desde las perspectivas o visiones cerradas imperantes en cada una ellas, independientes de los avances que tenían lugar en las otras ramas. Como consecuencia de ello, son escasos los análisis generales que abarcan o integran equilibradamente las aportaciones de las diferentes corrientes de análisis del bienestar.<sup>1</sup> Eso dificulta enormemente la aproximación al análisis y comprensión del bienestar que llevan a cabo las personas, las organizaciones socioeconómicas y los gobiernos, ya que se carece de guías que les permitan entender lo que cada escuela aporta y, sobre todo, cómo tales aportaciones pueden ser integradas en un marco general de análisis del bienestar.

Este trabajo tiene por objetivo contribuir a superar tal carencia. Para eso, aunque en un primer apartado se efectúa una breve exposición de cómo se han ido incorporando las diferentes disciplinas o escuelas de pensamiento al

---

<sup>1</sup> Incluso una iniciativa colectiva tan renombrada para el análisis del bienestar, como el informe Stiglitz-Sen-Fittoussi (2009), ha sido fuertemente criticada por el fuerte sesgo económico que presenta, y el relativamente pobre conocimiento que muestra de los avances habidos en otras ramas del conocimiento (Véanse, por ejemplo, Noll, 2011; Michalos, 2011; Rojas, 2011; Maggino y Ruviglioni, 2011).

análisis del bienestar y qué era lo principal que aportaban al mismo, en los apartados posteriores el principio ordenador de la exposición es otro. Tras un apartado en que se delimita el concepto de bienestar (así como los otros términos equivalentes o bien a él asociados: calidad de vida, desarrollo, progreso, desarrollo sostenible...), el trabajo trata de presentar los diferentes marcos que se han propuesto para su análisis. Esto es, la exposición se organiza en función de los niveles que cabe distinguir en esos marcos y de las divisiones o componentes que cabe distinguir dentro de cada nivel.

Los marcos de análisis del bienestar suelen organizarse en niveles. Normalmente la literatura suele hacer referencia a tres niveles básicos: el de los grandes dominios, el de las múltiples dimensiones dentro de cada dominio, y el de los indicadores correspondientes a cada dominio. Nuestro trabajo, sin embargo, considera conveniente introducir un nivel adicional intermedio, entre los de los dominios y las dimensiones, que denominamos de subdominio. Como consecuencia de ello, la presentación del marco de análisis del bienestar se organiza en cuatro niveles.

En el primer nivel, la literatura suele dividir el análisis del bienestar en dos grandes dominios, que suelen diferir de unos enfoques a otros. Así, algunos autores han distinguido dentro del análisis del bienestar los dominios del bienestar presente y del bienestar futuro. Otros autores, en cambio, a la hora de ordenar el estudio del bienestar, han preferido diferenciar entre bienestar subjetivo y bienestar objetivo. Por último, otra serie de corrientes han optado por separar dentro del análisis del bienestar el referido al ámbito socioeconómico y el referido al ámbito medioambiental. De estas tres grandes divisiones por dominios es la primera la que goza de mayor implantación y por la que se posiciona este trabajo.

Pasemos ahora al segundo nivel, esto es, al de los subdominios en que se divide cada dominio. Más en particular, veamos las distintas aproximaciones que cabe encontrar en la literatura que analiza los dominios del bienestar presente y futuro (dominios priorizados en este trabajo). En lo que se refiere al bienestar presente, hay tres diferentes grandes enfoques, cada uno con un marco distinto, para guiar u ordenar el análisis:

- El primero de los enfoques o marcos distingue, dentro del dominio del bienestar presente, los factores ligados al bienestar individual y al bienestar social.
- El segundo de los marcos ordena los factores ligados al bienestar presente según el modelo presión-estado-respuesta (o, más en general, según determinantes y resultados).
- Por último, el tercero de los marcos agrupa los factores que inciden en el bienestar presente de acuerdo con los (tres) pilares básicos del bienestar (economía, sociedad y medioambiente).

Para la organización del estudio del bienestar futuro el marco que goza de mayor difusión es el llamado enfoque de los capitales. Aunque desde la economía generalmente se han entendido estos como expresados en términos monetarios (con sus correspondientes estimaciones de riqueza e inversión), la revisión efectuada pone de manifiesto la necesidad de disponer asimismo de indicadores de capitales expresados en términos físicos (especialmente, para los capitales naturales críticos).

El estudio presente se detiene en este nivel, en el de los subdominios, sin entrar en el de las posibles dimensiones que podrían distinguirse en cada uno de los subdominios (esto es, sin bajar a lo que constituiría el nivel 3), ni en los tipos y características de los indicadores que nutrirían cada dimensión (esto es, al nivel 4). Tal análisis se recogerá en otras publicaciones, que se prevé que acompañen a esta en un futuro próximo.

No obstante, con objeto de ofrecer una idea de cómo podría estar configurado un marco completo de análisis del bienestar ordenado en cuatro niveles se ha elaborado la Tabla 1. En el primer nivel, siguiendo a la OECD (2020), solo se incluyen los dominios del bienestar presente y futuro que, como antes se ha indicado, son los priorizados para este trabajo. Las otras posibles divisiones por dominios (las que distinguen entre bienestar objetivo y subjetivo, o entre

bienestar socioeconómico y medioambiental) podrían dar lugar a tablas o diagramas de árbol alternativos al que aquí se ofrece.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Por supuesto, cuando se desciende al nivel 4, de indicadores, el marco recogido en la tabla 1 incluye indicadores de bienestar objetivos (p.e. tasa de empleo) y subjetivo (p.e. balance de afectos negativo), así como indicadores socioeconómicos (p.e. renta neta ajustada de los hogares) como medioambientales (p.e. exposición urbana a partículas materiales). Pero el marco no ordena el análisis directamente conforme a esos criterios (factores objetivos y subjetivos; socioeconómicos y medioambientales), ni permite tener directamente agrupados los indicadores conforme a ellos.

**Tabla 1: Ejemplo ilustrativo de marco de análisis del bienestar organizado por niveles**

NIVEL 1: DOMINIO	NIVEL 2: SUBDOMINIO	NIVEL 3: DIMENSIÓN	NIVEL 4: INDICADORES
Bienestar presente	Condiciones materiales de vida	Renta y riqueza	Renta neta ajustada de los hogares
		Empleos y calidad del trabajo	Tasa de empleo
		Vivienda	Renta disponible tras los costes de vivienda
	Calidad de vida individual	Salud	Esperanza de vida al nacer
		Balance de vida-trabajo	Tiempo de ocio y cuidado personal
		Educación y competencias	Competencias cognitivas en ciencia de estudiantes de 15 años
	Calidad de vida relacional	Conexiones sociales	Tiempo pasado interactuando con amigos y familia
		Compromiso cívico y gobernanza	Tasa de participación electoral
		Calidad medioambiental	Acceso de la población urbana a espacios verdes
		Seguridad personal	Gap de género en sentimiento de seguridad nocturna
	Bienestar subjetivo	Balance de afectos negativo	
Bienestar futuro	Capital económico	Capital físico	Stock de capital físico
		Capital de conocimiento	Stock de capital de I+D
		Capital financiero	Patrimonio neto ajustado de la Administración Pública
	Capital natural	Energía	Recursos energéticos
		Recursos minerales	Huella material (por uso de materias primas)
		Tierra y ecosistemas	Índice de la lista roja de especies amenazadas
		Agua	Índice de calidad del agua
		Calidad del aire	Exposición urbana a partículas materiales
		Clima	Concentración global de CO <sub>2</sub>
	Capital humano	Trabajo	Tasa de infrautilización ampliada del trabajo
		Educación	Educación secundaria alta entre jóvenes adultos
		Salud	Tasa de mortalidad prematura
	Capital social	Confianza	Confianza en otros
Instituciones		Confianza en el gobierno	

Fuente: Elaboración propia, inspirada en OECD (2020) y Unece (2014).



Asimismo, para el nivel 2, tomando nuevamente como referencia a la OECD, en el análisis del bienestar presente solo se distinguen los subdominios de condiciones materiales de vida, calidad de vida individual y calidad de vida relacional; y en el análisis del bienestar futuro, los de capital económico, capital natural, capital humano y capital social. Al igual que se hacía con el nivel anterior, en la tabla o diagrama de árbol no se incluyen las otras posibles divisiones por subdominios (la que distingue según los factores sean determinantes o resultados del bienestar o según el pilar básico del bienestar al que correspondan).<sup>3</sup>

Las dimensiones e indicadores correspondientes a los niveles 3 y 4 recogidos en la Tabla 1 se ofrecen únicamente a nivel ilustrativo, sin que su elección se justifique o comente en lo que resta de este trabajo. Las dimensiones del bienestar presente corresponden a las incluidas en el marco de la OECD (2020), y para cada una de ellas se ha seleccionado un indicador de entre los que ofrece la OCDE. Las dimensiones del bienestar futuro, en cambio, corresponden a las establecidas por Unece (2014), y el indicador que para cada una de ellas se ofrece también se ha elegido entre los que propone dicha organización.

Este documento se centrará en el estudio de los dos niveles superiores de análisis (esto es, en los llamados dominios y subdominios), dejando para un documento posterior el estudio de los dos niveles inferiores (las dimensiones y los indicadores).

---

<sup>3</sup> Si se hubiera optado por ellas, se dispondría de tablas o diagramas de árbol alternativos al aquí recogido. Nuevamente, eso no significa que en los indicadores finales de la Tabla 1 no haya, por ejemplo, indicadores correspondientes a los tres pilares básicos del bienestar (economía, sociedad y medioambiente). Pero ciertamente el análisis no aparece ordenado de acuerdo con esos tres pilares, ni tampoco los indicadores aparecen directamente agrupados por esos tres pilares.

## 2. EL BIENESTAR SEGÚN LAS DIFERENTES DISCIPLINAS Y ENFOQUES

El principal objetivo de las ciencias sociales y de las políticas públicas es el bienestar humano. La literatura y las políticas se han referido a dicho objetivo en ocasiones con otros términos, dependiendo del mayor o menor énfasis que se quería dar a alguna de sus dimensiones. Entre las denominaciones empleadas destacan dos: la calidad de vida y el desarrollo sostenible (o sostenibilidad).<sup>4</sup> En lo que sigue, nosotros emplearemos el término bienestar para referirnos a ese objetivo principal de las ciencias sociales y políticas públicas.

El bienestar debe ser entendido en un sentido amplio.

- No se reduce a sus aspectos materiales, sino abarca también valores estéticos, recreacionales, espirituales...
- No se limita al alcanzar el bienestar medio de la población, sino que dicho bienestar debe estar equitativamente distribuido entre las personas que habitan el territorio, de modo que no se produzcan diferencias excesivas ni verticales (entre los valores extremos superiores e inferiores en cada indicador), ni horizontales (entre los diferentes grupos sociales, definidos por sexo, edad, nivel educativo, nacionalidad...), ni geográficas (zonas urbanas y rurales).
- Además, de acuerdo con el principio de universalismo que resulta aplicable a la moral o ética humana, en él debe estar contemplado la contribución al bienestar de la población del resto del mundo.
- Por último, no se restringe al bienestar presente (o de las actuales generaciones), sino que toma en cuenta también el bienestar futuro (o

---

<sup>4</sup> Más adelante, cuando se trata de delimitar con detalle el ámbito del marco analítico y de precisar el significado de algunos de sus componentes principales, se pondrá de manifiesto que algunas corrientes o autores han utilizado cada uno de estos términos, no con ese significado general, sino con un significado más restrictivo (refiriéndose únicamente a una parte del sistema que se quiere analizar). Asimismo, se hará referencia a la distinción que algunos analistas realizan entre desarrollo sostenible y sostenibilidad.

de las próximas generaciones), lo que pasa también por preservar el bienestar de la biosfera o planeta en el que nos encontramos.

Resumiendo, se trata de un bienestar más allá del mercado (esto es, no solo bienestar económico), más allá de las medias (que toma en cuenta las desigualdades), y más allá del “aquí y ahora” (que toma en consideración el bienestar del resto de territorios, así como el de las futuras generaciones y el planeta). O como dicen expresivamente Boarini y D’Ercole (2013), una visión del bienestar que mira simultáneamente: “beyond the market’, ‘beyond the average’ and ‘beyond the here and now” (p. 290).<sup>5</sup>

A esa concepción amplia del bienestar se ha llegado por la contribución que se ha realizado desde diversas disciplinas o corrientes de conocimiento de las ciencias sociales. Presentémoslas brevemente.

Dentro de la **filosofía**, dos son las ramas que han contribuido fundamentalmente a la literatura del bienestar. Por un lado, desde los tiempos de los primeros filósofos griegos, ha habido una reflexión sobre qué es y qué conduce al bienestar y ha sido habitual distinguir entre tres grandes enfoques: el hedonismo, la satisfacción de los deseos y las listas objetivas (ligada a las cuales algunos distinguen las teorías perfeccionistas) (véanse Weijers, 2020, Crisp, 2017 y Fletcher, 2016). Esta rama de la filosofía, que guarda estrecha relación con la contribución de la psicología a la que más adelante se hace referencia, ha sido particularmente interesante para el conocimiento y análisis del bienestar subjetivo.

---

<sup>5</sup> En el Informe de Desarrollo Humano de 1996, que publica Naciones Unidas, Ross-Larson, B. et al. (1996) trataron de expresar una perspectiva semejante, con una expresión que tuvo bastante eco en la literatura, al proponer transcender un crecimiento “*jobless, ruthless, voiceless, rootless and futureless*” (es decir, sin empleo, sin desigualdades, sin democracia, sin identidad y sin sostenibilidad).

Asimismo, Haughton (1999) –y, siguiéndole a él, otros autores como Giddings et al. (2002) o Waas et al. (2011)– sostiene que hay cinco principios de equidad que subyacen en el concepto de desarrollo sostenible (o en el de bienestar): equidad intergeneracional, equidad intrageneracional, equidad geográfica, equidad procedimental y equidad entre especies. Estos cinco principios éticos contendrían los principios recogidos por Boarini y D’Ercole (2013) antes citados, e incluso explicitarían o irían algo más allá en alguno de ellos.

Por otro lado, desde la década de los setenta, ligada a la ética, se desarrolla la filosofía medioambiental y tiene lugar un vivo debate sobre si la atención principal de las políticas debe ser el bienestar de las personas o el bienestar del planeta. Tal discusión iba ligada a la de si el planeta y las especies no humanas que lo habitan tienen valor intrínseco *per se*, independiente del ser humano. Así, frente a los que lo defienden (ecocentristas) se encuentran los que reconocen que ese valor intrínseco solo cabe aplicárselo a los seres humanos (antropocentristas). Este debate marcha en paralelo con el que tiene lugar dentro de la economía medioambiental y la ecología entre la ecología profunda (*deep ecology*) y la ecología superficial (*shallow ecology*) sobre las relaciones del planeta con la actividad humana (véase más adelante).

Pero la discrepancia sobre tal relación no es resoluble con referencia a razonamientos lógicos, científicos y técnicos, puesto que detrás de ella se encuentran diferentes puntos de vista sobre la relación entre el ser humano y la naturaleza.<sup>6</sup> Pero si se deja a un lado el posicionamiento teórico sobre esta cuestión y se desciende al campo concreto de las políticas que afectan al medio ambiente, como señalan Norton (2002 y 2009) y Minter (2009), no cabe sostener que por sostener una perspectiva ecocentrista o una antropocentrista del bienestar deban derivarse diferencias sustanciales en las medidas o propuestas particulares, siempre que desde ese antropocentrismo se vea el bienestar como un conjunto muy amplio de valores (que incluya también valores estéticos, recreacionales, espirituales...) y con una perspectiva temporal larga.<sup>7</sup> Desde un antropocentrismo suave (*weak*) como el recién

---

<sup>6</sup> Los puntos de vista globales (y subyacentes filosofías) configuran las teorías, formulaciones de problemas, prioridades y propuestas de acciones, de manera que en ocasiones las discrepancias entre ellas no pueden ser objeto de pura superación lógica o formal, sino que remiten a discrepancias de principios (Giddings et al., 2002).

<sup>7</sup> Como señala Meadowcroft (2000: 383), el que el bienestar o desarrollo sostenible esté centrado en el ser humano resulta esencial para la protección del planeta por diversas razones. Primero, el medioambiente constituye una restricción a las decisiones de desarrollo, de modo que su protección resulta necesaria para un desarrollo sostenible. Segundo, también desde razones instrumentales, porque la protección del medioambiente posibilita preservar especies y demás elementos que consideramos valiosos. Tercero, porque un "desarrollo auténtico" no puede estar basado en una moral errónea y debe reconocer el valor intrínseco, los derechos o la consideración ética que merecen las entidades naturales no humanas. Es más, el bienestar no es el único proyecto que, poseyendo una base moral, puede perseguir la sociedad. Pero es

señalado, se pueden propugnar radicales medidas para salvaguardar la sostenibilidad del sistema. Eso no ocurre con un antropocentrismo fuerte (*strong*), como el que ha imperado casi hasta nuestros días, que ve a la naturaleza como algo meramente instrumental para conseguir mayores resultados económicos a corto plazo y que ha conducido a una grave situación de deterioro de la biosfera o incluso está poniendo en riesgo su sostenibilidad.

Desde la **economía tradicional** el bienestar se ha venido ligando al ingreso de los individuos o a su riqueza material. Como reconocía el propio Kuznets, el principal artífice del PIB, este no había sido creado para medir el bienestar, sino el nivel de actividad económica. Pero desde su aparición los gobiernos y los institutos de estadística prefirieron centrar sus esfuerzos en su correcta determinación y en elaborar un completo sistema de cuentas nacionales en que aquél se apoyara (entro otras cosas, por su utilidad para una gestión keynesiana del ciclo económico).<sup>8</sup> Pero, además de tal función, el PIB también se manejó como principal indicador del bienestar.

En corrientes económicas un tanto heterodoxas, como la **economía del desarrollo**, se constataba que este no podía restringirse meramente al crecimiento económico del PIB, y que los aspectos sociales e institucionales resultaban factores inextricablemente ligados a aquel (Syrquin, 1988); o incluso se apuntaba al deterioro medioambiental que acompañaba a las iniciativas de desarrollo, pero la influencia de tal corriente era pequeña (Purvis et al., 2019). Asimismo, dentro de la propia economía tradicional, se empezaron a retomar y a profundizar las críticas que el propio Kuznets había realizado a la medición

---

ese foco humano del bienestar el que le ha permitido atraer la atención y alcanzar el grado de influencia que ha logrado.

Dasgupta (2021) considera, igualmente, que la protección del planeta y de la biodiversidad se puede justificar plenamente desde el antropocentrismo (independientemente de que el planeta o la biodiversidad tengan o no valor intrínseco) y que hay buenas razones para concentrarse en el valor instrumental (entendido ampliamente) de aquellos.

<sup>8</sup> Lintott (1996) subraya cómo las estadísticas no son neutrales, sino productos sociales desarrollados, fundamentalmente, para responder a las necesidades de las políticas, y que, tras la Gran Depresión, los gobiernos demandaban estadísticas que facilitaran el uso de políticas keynesianas de control de la actividad económica. Por su parte, Michaelson et al. (2009) señalan cómo las necesidades de aumentar el nivel de producción en la Segunda Guerra Mundial impulsaron el que se primara la medición del nivel de actividad económica, sobre la del bienestar.

contenida en el PIB y desde la década de los setenta, se desarrollaron iniciativas para, corrigiendo o completando el modo de cálculo del PIB, obtener un indicador económico que reflejara mejor el nivel de bienestar. Entre tales iniciativas destaca por su carácter pionero la de Nordhaus y Tobin (1972). Pero tras ellos, vinieron toda otra serie de trabajos (véase para una revisión Jorgenson, 2018), que autores como Fleurbaey y Blanchet (2013) han agrupado bajo la denominación de “**aproximaciones contables y monetarias**”. Dos rasgos muy significativos de esas iniciativas es que se centraban fundamentalmente en la medición del bienestar económico y que el indicador que finalmente obtenían venía expresado, a semejanza del PIB, en unidades monetarias.

En el ámbito de la **sociología** también se empezó a cuestionar desde muy temprano la idoneidad del PIB para medir el bienestar, y ya en la década de los sesenta se pusieron en marcha iniciativas, como el desarrollo de un sistema de indicadores sociales, que completaran al PIB a la hora de medir el nivel de bienestar económico. Entre las características que presentaban tales iniciativas cabe destacar que, en lugar de un único indicador, como era el caso del PIB, se proponían conjuntos de indicadores (de alguna manera, reconociendo la multidimensionalidad del bienestar y la imposibilidad de recoger toda esa multidimensionalidad en un único indicador); y que, como cabía esperar, se daba gran importancia a los factores sociales de carácter objetivo (especialmente, a temas de desigualdad, pobreza y privación de determinados grupos). (Véanse Noll, 2011; Berger-Schmitt y Noll, 2000).

Por otro lado, a comienzos de la década de los setenta comienza a ser más evidente que los fuertes crecimientos que estaban experimentando las economías de los países avanzados empezaban a chocar con los límites que plantea un planeta con unos recursos limitados. Fue particularmente influyente en tal concienciación el informe sobre *The Limits to Growth* que, para el Club de Roma, elaboraron Meadows et al. (1972). Ligado a ello, dentro de la economía, hay un renacer de los estudios ligados al medio ambiente, desde una doble perspectiva ontológica: la **economía medioambiental** y la **economía ecológica** (Spangerberg, 2016). La primera, que reproduce el modo de pensar de la ciencia económica tradicional, considera que la economía es el

metasistema, y el medio ambiente un subsistema de aquel; y partiendo de la idea de que los diferentes tipos de capitales son sustituibles entre sí, considera que la sostenibilidad se alcanza cuando la riqueza total de la sociedad se mantiene o aumenta (concepción de sostenibilidad débil). La segunda, parte de que la economía es un subsistema de la sociedad, y esta, a su vez, un subsistema anidado dentro del medio ambiente; y que la posibilidad de sustituir el capital natural por otros tipos de capitales es limitada, de modo que la sostenibilidad requiere que el stock del capital natural no se reduzca.<sup>9</sup>

En el ámbito de la **psicología**, que desde su nacimiento venía preocupándose por el bienestar mental de las personas, en la década de los setenta tiene lugar el desarrollo de la literatura sobre el bienestar subjetivo. En ella se distinguen dos grandes corrientes: la que enlazando con la línea de pensamiento que se inicia con Aristipo y Epicuro, considera que el bienestar consiste en el placer y la felicidad (esto es, en el “estar bien”, por lo que se le ha denominado, hedónica); y la que enlaza con Aristóteles y considera que el bienestar consiste en la autorrealización de los potenciales del ser humano (esto es, en el “vivir bien”, por lo que se le ha denominado eudaimonica) (Ryan y Deci, 2001). Así, en el bienestar subjetivo es habitual distinguir tres componentes: los afectos positivos y negativos (que tienen una dimensión más emotiva o de los sentidos); y la satisfacción con la vida (que tiene una dimensión más reflexiva o cognitiva).

Este florecimiento de la psicología del bienestar subjetivo influye también en la ciencia económica tradicional, en la que, retomándose el utilitarismo de Bentham, se desarrolla una rama centrada en el estudio de la felicidad (*happiness*). En ese contexto, un economista americano, Easterlin, puso de

---

<sup>9</sup> Robinson (2004) ofrece un par de distinciones semejantes. La primera, referida a los primeros economistas del medioambiente, distingue entre los llamados conservacionistas y preservacionistas. La segunda diferencia entre los analistas del desarrollo sostenible (que, además de por su antropocentrismo, se caracterizarían por unas reformas más pragmáticas, basadas en aumentos de eficiencia técnica y acciones colectivas tales como el control del crecimiento de la población) y los analistas de la sostenibilidad (que se caracterizarían por su ecocentrismo, por ser más partidarios de una revolución y por ser partidarios de cambios en los valores individuales y de políticas de no crecimiento).

manifiesto que, a pesar del enorme crecimiento mostrado por el PIB de la economía estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial, el nivel agregado de satisfacción con la vida o felicidad apenas había aumentado. Tal hecho, y otros estudios que fueron realizándose sobre la relación entre las variaciones y niveles del PIB o renta per cápita con los niveles satisfacción, llevaron a postular la llamada “paradoja de Easterlin”.

La **antropología** es otra disciplina de las ciencias sociales que, aunque hasta la publicación de Corsín (2008) cabe sostener que no se ha ocupado directamente del bienestar, al describir las formas de vida sociales y políticas de diferentes sociedades, provee rutas alternativas al estudio del bienestar. En particular, la antropología enfatiza que no existe un único modelo de sociedad y que, en consecuencia, los marcos de análisis del bienestar deben ser adaptados a las características socio-culturales que presentan las distintas realidades locales. Esa tensión entre marcos universales de bienestar y las realidades locales ha aflorado de modo recurrente en las diferentes escuelas que se han ocupado del bienestar.<sup>10</sup> Sobresalen, a este respecto, las obras de Gough et al. (2007) o McGregor (2018), que, constatando las diferencias existentes entre los países en vías de desarrollo y los países desarrollados (y la necesidad de adaptar los marcos de análisis del bienestar desarrollados para estos últimos, a la realidad de los primeros), tratan de reconciliar los marcos generales y las realidades locales en el análisis y la medición del bienestar.

Amartya Sen, economista especializado en temas de bienestar, desarrollo y pobreza, y que obtuvo el premio nobel por sus estudios, desarrolló a comienzos

---

<sup>10</sup> Como señala McGregor (2018), en el campo de las aproximaciones académicas, prácticamente en un extremo del espectro se encontraría la economía, que prima el desarrollo y aplicación de marcos universales, y en el otro se encontraría la antropología, focalizada en el estudio de realidades locales. Una muestra de esa tensión se encuentra, por ejemplo, en la discusión que ha tenido lugar, en la literatura de las capacidades, sobre la conveniencia o no de establecer listas de necesidades humanas universales para valorar el grado de bienestar (y la contraposición al respecto de las dos grandes figuras de tal aproximación: Amartya Sen y Martha Nussbaum). Esa misma tensión ha aflorado, asimismo, en las iniciativas de naturaleza más institucional o política, como pueden ser los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) impulsados desde Naciones Unidas, que explícitamente se presentan como una “agenda universal”, pero que al mismo tiempo señalan que al fijarse los objetivos concretos deben reconocerse las diferencias locales.



de la década de los ochenta el enfoque de las **capacidades**. Según este enfoque, basándose en los recursos a su disposición (tanto mercantiles como no mercantiles), una persona consigue unos funcionamientos (ser o hacer algo en determinados ámbitos) y dispone de ciertas capacidades (oportunidades para realizar un conjunto de funcionamientos) (Robeyns, 2005). El marco de Sen comprende, por lo tanto, tanto una dimensión de resultados o *outcomes* (los funcionamientos conseguidos) y una dimensión de oportunidades (recogida en las capacidades). El bienestar de la persona estaría constituido por la potencial consecución de funcionamientos valiosos en múltiples aspectos de la vida. Esta multidimensionalidad del bienestar<sup>11</sup> y esa orientación a resultados, y no meramente a recursos, son algunos de rasgos más influyentes del enfoque de las capacidades.

En paralelo a estos desarrollos de carácter académico, no cabe ignorar los avances que en torno al bienestar o al desarrollo sostenible se dan en el **ámbito institucional**, pues han marcado mucho del posterior desarrollo de la literatura. Entre tales avances cabe destacar fundamentalmente dos. Primero, el conocido como informe Brundtland, realizado para Naciones Unidas en 1987, que ofrece una de las más citadas definiciones del desarrollo sostenible y que propugna que tal desarrollo debe perseguir la equidad intrageneracional e intergeneracional (véase WECD, 1987). Segundo, los Objetivos para el Desarrollo Sostenible (ODS) aprobados en 2015 por Naciones Unidas, que, a diferencia de la anterior iniciativa para el desarrollo de Naciones Unidas (a saber, los llamados Objetivos de Desarrollo del Milenio), son aplicables a todos los países (no solo a los no desarrollados) y presentan un mayor equilibrio entre los tres grandes pilares de ese desarrollo: económico, social y medioambiental (que aparecen desagregados en un conjunto de 17 objetivos).

---

<sup>11</sup> Como se ha señalado, la multidimensionalidad ya estaba recogida en algunas de las corrientes antes expuestas. Pero como Schokkaert (2009) indica: "He was the first to translate the intuitions about multidimensional measurement of quality of life into the language of welfare economics, comparing them explicitly with traditional economic concepts such as income and utility".

Una contribución que, como pone de manifiesto Annoni et al. (2012), constituye un hito o punto de referencia principal para la mayoría de las iniciativas que para la medición del bienestar han surgido después es el llamado **informe Stiglitz-Sen-Fitoussi** (2009; en lo sucesivo, informe SSF). Aunque en él se detectan ciertos sesgos por la composición de miembros de la comisión que, bajo los tres economistas citados, se ocupó de dicha elaboración (en particular, la escasa presencia de sociólogos, economistas del medio ambiente y psicólogos) y aunque la mayoría de las principales propuestas en el recogidas ya habían sido recogidas por alguna de las corrientes a las que antes se ha hecho referencia (véase a ese respecto, Noll, 2011 y 2014; Michalos, 2011; Rojas, 2011; Maggino y Ruviglioni, 2011), dicho informe ofrece una base firme y generalmente bien aceptada para ordenar la discusión de los principales elementos que deben tenerse en cuenta a la hora de diseñar un marco para el análisis y la medición del bienestar.

Como señala McGregor (2018), tras la aparición del informe SSF, la OECD ha sido la organización internacional que ha tomado un papel más prominente y director en la promoción del desarrollo de nuevas medidas del bienestar. Ligada a su iniciativa por una Mejor Vida (**OECD Better Life Initiative**), desde 2011 la OCDE viene publicando informes y la base de datos *How's Life*, con un marco que sigue bastante fielmente las propuestas contenidas en el informe SSF.

Tal como indican González et al. (2017: 10), la operacionalización de conceptos complejos (como puede ser el de bienestar) pasa, primero, por delimitar qué se entiende por tal concepto (en nuestro caso, por bienestar), esto es, qué se incluye y que se deja fuera de tal concepto; y, segundo, por la elaboración de un marco que permita identificar y clasificar los elementos que se sitúan dentro de los límites del bienestar. Por tal razón, a continuación, en el tercer apartado de este documento, trataremos del primero de esos dos pasos; y en el apartado siguiente (apartado cuarto del documento), del segundo.

### 3. ELIMITACIÓN DEL BIENESTAR

Siguiendo a Unece (2009: 3) el **bienestar** podría definirse como el disfrute de cualquier bien o servicio que contribuye a que una persona esté bien. Como precisa Unece, el consumo de tales bienes y servicios debe entenderse en sentido amplio. Además de los adquiridos en el mercado, tal consumo comprendería también el de los adquiridos libremente de la naturaleza o incluso formas de consumo abstracto tales como el de relaciones sociales de apoyo, de derechos sociales o de aptitud psíquica.

Como ya se ha señalado, tanto en el habla normal (recogida en los diccionarios de la lengua) como en la literatura académica e informes, es frecuente encontrar otros términos referidos a esa misma realidad general, entre los que sobresalen los de calidad de vida y desarrollo sostenible (Fuchs et al., 2020). Normalmente, dependiendo de las disciplinas o de la atención que se quiere prestar al futuro, se tiende a emplear uno u otro término. Según Gasper (2010), las disciplinas o corrientes de pensamiento como la psicología, más centradas en el individuo y en sus experiencias, tienden a usar el término bienestar; mientras que las que, como la sociología, se centran más en los aspectos comunitarios y el contexto, tienden más a usar el término calidad de vida. En el caso de la economía, en lugar del término *well-being* (traducido al español normalmente por bienestar) ha sido más habitual el usar el término **welfare** (traducido al español también como bienestar), que también se define formalmente como “el beneficio que un individuo obtiene del consumo de bienes y servicios”. Pero cuando se emplea el término *welfare* el consumo se entiende en un sentido restringido, sin abarcar bienes y servicios fuera del ámbito mercantil o monetario, como pueden ser los derechos humanos.

El concepto de **desarrollo** se encuentra estrechamente ligado al de bienestar. Hace referencia al incremento del bienestar de los miembros de una sociedad entre dos momentos del tiempo (Unece, 2009). Con frecuencia, con el mismo significado es habitual encontrarse el término progreso (Meadowcroft, 2000).

Desarrollo y progreso hacen referencia a realidades más allá del mero crecimiento económico, e incluyen, como se deduce de la definición de bienestar antes propuesta, componentes inmateriales.<sup>12</sup>

Generalmente, el término sostenible suele ir acompañando al término desarrollo. El **desarrollo sostenible** sería aquel que puede continuar indefinidamente, o cuando menos durante bastante tiempo. En tal sentido, desarrollo sostenible haría referencia al mantenimiento o incremento del bienestar durante un largo período de tiempo (Kuhlman y Farrington, 2010; De Boissieu et al., 2010; Noll, 2021). Ha tenido gran éxito y es frecuente encontrar, como definición de desarrollo sostenible, la formulación que de él ofreció el Informe de la Comisión Mundial sobre el Medioambiente y el Desarrollo (WCED, 2017), llamado generalmente informe Brundtland: “desarrollo que satisface las necesidades del presente, sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones de satisfacer sus propias necesidades”. Así las cosas, el bienestar, si por tal se entiende tanto el presente como el futuro, cabe entender que es equivalente al desarrollo sostenible.<sup>13</sup>

En lugar del término desarrollo sostenible es frecuente encontrar, empleado de modo intercambiable, el de **sostenibilidad**. No obstante, el uso del primero es

---

<sup>12</sup> Todas las teorías económicas de la modernización y del análisis estructural de los años sesenta subrayaban que el desarrollo no era una cuestión de mero crecimiento cuantitativo, sino también de cambio estructural, institucional y de valores (véanse completas revisiones en Kuznets, 1989; Chenery, 1988; Syrquin 1988; Inglehart y Baker, 2000).

También las teorías del desarrollo económico (pensadas para los países en vías de desarrollo), aunque teóricamente reconocían que su objetivo último no era el crecimiento económico, sino incrementar las capacidades y opciones de la gente (Lewis, 1955), en la práctica durante los años cincuenta y sesenta prácticamente se redujeron a perseguir el crecimiento económico. Pero en los setenta la economía del desarrollo empezó a dar más importancia a los aspectos sociales, y a partir de los ochenta incluyen también la preservación del medioambiente (Waas et al., 2011; Purvis et al, 2019).

Esa distinción entre crecimiento y desarrollo se acentúa con la aparición de la economía medioambiental, en la que ya Daly (1990) subrayaba la distinción entre crecimiento (de carácter cuantitativo) y desarrollo (de carácter más cualitativo, y no limitado al ámbito económico).

<sup>13</sup> Como indica Neumayer (2012), solo el desarrollo humano que es sostenible es verdaderamente humano, ya que en el corazón del concepto de desarrollo humano se encuentra el universalismo (planteado por Kant y recogido por la teoría de las capacidades y el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas), que requiere que se garantice la misma atención a las generaciones futuras que a las presentes. En palabras de Neumayer (2012): “no hay real diferencia entre desarrollo humano y desarrollo sostenible” (p. 576).

más frecuente entre las instituciones, los gobiernos y las aproximaciones más mercantiles o empresariales, mientras que el segundo es más empleado en el ámbito académico y por los ecologistas y movimientos que priman la sostenibilidad medioambiental. Estos últimos con frecuencia consideran que desarrollo y sostenibilidad es un oxímoron; algo imposible de compatibilizar y que con frecuencia va ligado a planteamientos que ignoran la necesidad de plantear profundos cambios estructurales y a una subordinación de los intereses medioambientales a los económicos (Robinson, 2004; Purvis et al., 2019; Waas et al., 2011).<sup>14</sup>

Conviene añadir que es frecuente ver empleados los términos de carácter general, a los que antes nos hemos referido, con un uso más restringido.

- La literatura que cabría denominar del bienestar subjetivo, ligada en gran medida al mundo de la psicología, tiende a reservar el término bienestar al de carácter subjetivo (véase Diener, 2006).<sup>15</sup>
- Con frecuencia (por ejemplo, en el referido informe de SSF) se reserva el término de bienestar para el bienestar presente; y al referirse al bienestar futuro se habla, en cambio, de sostenibilidad.
- Aunque el término calidad de vida es usado por algunos como un concepto “paraguas” con unos contenidos equivalentes a los que cabe encontrar en el de bienestar (véanse Veenhoven, 2014; Weijers, 2021), hay quienes lo reducen a los condicionantes o factores objetivos externos del bienestar (véase Diener, 2006) o quienes, como la OCDE,

---

<sup>14</sup> Además de la diferencia señalada (a saber, que desarrollo sostenible sería empleado por quienes tratan de mejorar el crecimiento económico, mientras que sostenibilidad es empleado por quienes desafían ese crecimiento económico), autores como Lozano (2008) consideran que desarrollo sostenible hace referencia al proceso, mientras que sostenibilidad hace referencia al objetivo. Pero esta última distinción es mucho menos compartida.

<sup>15</sup> En el artículo de Diener (2006), suscrito por una cincuentena de prestigiosos autores, que trata de delimitar el significado de diferentes conceptos empleados en la literatura subjetiva del bienestar, se propugna usar el término bienestar para referirse al bienestar subjetivo (o basado en experiencias subjetivas de bienestar); y emplear, en cambio, el de calidad de vida, para referirse a las circunstancias o factores objetivo de la vida de una persona, a las que las personas pueden reaccionar. No obstante, en la propuesta de Diener se reconoce que hay autores que emplean el término calidad de vida en un sentido más amplio, que incluye no solo la calidad de vida de las circunstancias, sino también las percepciones, pensamientos, sentimientos y reacciones de las personas a esas circunstancias.

en su marco para la medición del bienestar (OECD, 2011 y 2020; Boarini y D'Ercole, 2013; Boarini et al., 2014; Llana-Nozal et al., 2019), excluyen de la calidad de vida “las condiciones materiales” (entre las que incluyen los ingresos y la riqueza, los empleos y ganancias y la vivienda).

- Hay quienes reservan el término desarrollo sostenible y el de sostenibilidad al ámbito del medioambiente, y no a las restantes facetas del bienestar (Robinson y Tinker, 1998), aunque como señalan Kuhlman y Farrington (2010: 3441), “medioambiente y sostenibilidad no son sinónimos”.

Como ya se ha avanzado, en lo que resta, nosotros emplearemos como término general, de carácter omnicomprendivo, el de bienestar, que puede ir referido a la situación presente o a la futura, y que incluirá tanto aspectos objetivos como subjetivos. De la misma manera, al referirnos al bienestar futuro (o sostenibilidad del bienestar) tomaremos en cuenta todas las dimensiones del bienestar, y no solo la medioambiental.

#### 4. MARCOS CONCEPTUALES DEL BIENESTAR

Los marcos conceptuales no constituyen teorías sustantivas sobre una realidad, sino estructuras lógicas básicas para presentar una realidad compleja, cuya complejidad está más allá de un conocimiento pleno (Robeyns, 2005).<sup>16</sup> Los marcos conceptuales delimitan las dimensiones o campos que forman parte de esa realidad, así como destacan la relación existente entre esas dimensiones (Hall et al., 2010). Además, tales constructos mentales presentan tal realidad sin gran precisión o concreción, pues no se elaboran para resolver debates filosóficos o académicos, sino para ser aplicados en la práctica (Hardi et al., 1997; Schokkaert, 2009; McGregor, 2018). En tal sentido, su validez deriva ante todo de su utilidad (Robinson y Tinker, 1998). Como en los conceptos referidos a una realidad compleja, cierta vaguedad en ellos puede resultar positiva, pues posibilitan una “ambigüedad constructiva” (Robinson, 2004). Y es que, como señala Meadowcroft (2000), el bienestar o el desarrollo sostenible no se formulan como un constructo lógico, sino como meta-objetivos unificadores, con un núcleo normativo sugestivo. En tal sentido, como dicen Hall et al. (2010: 12) los marcos conceptuales “no requieren demasiada precisión, ni deben ser demasiado prescriptivos”. Los marcos conceptuales sirven, pues, para focalizar, clasificar y organizar los factores que deben incluirse en el análisis de un tema determinado y así guiar la selección de indicadores necesarios para su medición (United Nations, 2007; Bleys, 2012; Berger-Schmitt y Noll, 2000; Stanners et al., 2007; Eurostat, 2014).

En la construcción de unos marcos ha pesado más la teoría (***theory driven***); y en la de los otros, las demandas de las políticas (***policy derived***) (Eurostat, 2014). Relacionado estrechamente con lo anterior, mientras algunos marcos

---

<sup>16</sup> Siguiendo a Mouzelis (1995), pero con una diferente terminología, Bevan (2007) distingue tres tipos de actividades teóricas (i) teorización (*theorising*) o análisis de las teorías de otros autores con objeto de obtener materiales brutos para su desarrollo teórico; (ii) creación de marcos conceptuales para guiar la investigación empírica exploratoria, cuando no se conoce mucho de un particular tema; (iii) desarrollo de teorías o conjuntos sustantivos de proposiciones, que dicen algo nuevo en torno al mundo social y cuyas afirmaciones pueden ser confirmados o rechazados por investigaciones empíricas.

usan una **aproximación conceptual** y son derivados –tras una revisión de la literatura existente sobre el tema– de una particular visión de lo que el bienestar significa, otros resultan de un **proceso de consultas** (Hall et al., 2010; Unece, 2009). Dasgupta (2001) se posiciona, en principio, en favor de una aproximación conceptual, entre otras cosas, porque posibilita una visión más integral del tema.

Una distinción que guarda gran relación con la anterior es la que establecen McGregor et al. (2015) entre marcos que resultan de aproximaciones de arriba abajo (**top-down**) y de abajo arriba (**bottom-up**). En la primera, los componentes del marco son identificados a partir de una particular posición filosófica, ideología o teoría; mientras que la segunda parte de la idea de que, tanto por razones de conocimiento, de moral y para no caer en paternalismos, como para favorecer la posterior recepción de los análisis y políticas que se deriven del marco, es importante crear cauces de participación para que las personas señalen qué cuestiones realmente importan para su bienestar, cómo valoran su grado de bienestar y cómo se relacionan tales cuestiones entre sí (prioridades o relevancia de cada, *trade-offs* que entre ellos pueden darse...). Aunque es creciente el reconocimiento de que tal participación es necesaria, la mayoría de los esfuerzos o iniciativas existentes siguen partiendo de una posición conceptual, filosófica o ideológica y ha habido pocos intentos de construir marcos fundados en consultas de abajo arriba. No obstante, McGregor et al. (2015), que hacen repaso de tales esfuerzos, concluyen que tampoco debe hacerse demasiado hincapié entre la diferencia o gap entre unos y otros marcos, porque ambos llegan a marcos generales bastante semejantes.

Gnègnè (2019) subraya, acertadamente, que dependiendo de la fase o **etapa del proceso** de elaboración del marco y de medición del bienestar, el papel de los tres grandes **tipos de agentes** que él distingue (expertos, políticos y ciudadanos) será uno u otro. No obstante, las fases que él identifica y la participación de los agentes que en ellas perfila es excesivamente lineal y de funcionamiento en silos. Así, según Gnègnè, en una primera fase corresponde a los expertos poner de manifiesto las limitaciones de los marcos existentes; de ese modo, se promovería la consciencia entre los ciudadanos de la necesidad de nuevos marcos y políticas de bienestar y su consiguiente reivindicación; tras



ello, los expertos abordarían la definición del marco alternativo; una vez este y los indicadores han sido definidos y obtenidos, los políticos se apropiarían de ellos y los utilizarían para las políticas públicas.

En general, los marcos conceptuales de bienestar existentes suelen estructurarse en varios niveles:

- Un primer nivel muy general, en el que suelen distinguirse dos o tres grandes áreas. Dichas áreas son denominadas de modo diferente por las distintas iniciativas: dominios, ramas, aspectos, conceptos... En lo sucesivo, siguiendo a la OCDE, en este documento denominaremos **dominios** a esas grandes divisiones existentes en este primer nivel.
- Dentro de esos grandes dominios suelen incluirse un amplio número de campos, que, de nuevo, siguiendo a la OCDE, denominaremos **dimensiones**. No obstante, para ordenar tales dimensiones, en ocasiones se recurre a un nivel intermedio de agrupación, que en este documento se denominará **subdominio**.
- A su vez, para cada dimensión, cada marco suele ofrecer conjuntos de **indicadores**.

McGregor et al. (2015) sostienen que el **carácter más o menos universal** de los componentes<sup>17</sup> del bienestar guarda relación con el superior o inferior nivel en que se sitúa tal componente. Así:

- Las dos o tres grandes divisiones (o dominios) del bienestar cabe considerarlas como universales.
- De los más numerosos campos (o dimensiones) en que los dominios se dividen unos son más universales y otros son más específicos.
- En los indicadores que finalmente se incluyen en cada dimensión –que dependen en mayor medida del objetivo, política y escala de medición

---

<sup>17</sup> A diferencia de lo antes señalado, McGregor et al. emplean el término “dimensión” para referirse a las grandes divisiones del bienestar; y “dominio” para el de los diferentes campos de una dimensión.

perseguidos (general, programa, proyecto...)- habrá algunos que son universales y otros que serán más específicos del contexto. <sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> De este modo McGregor et al. (2015) tratan de responder a la tensión existente entre la imposición de marcos universales (que enfatizan los aspectos comunes de la condición humana) y la necesidad de reconocer las realidades y prioridades locales (para evitar los problemas de relativismo cultural o moral). Como señala McGregor (2018): “En todas las sociedades, con objeto de estar bien en un sentido holístico, hay cosas que nosotros necesitamos *tener*, hay cosas que nosotros necesitamos *hacer* y hay cosas que nosotros necesitamos *sentir* y *ser*. Esas son categorías universales. Pero en las diferentes sociedades hay diferentes cosas que nosotros necesitamos tener, que nosotros necesitamos hacer y que nosotros necesitamos sentir y ser, para que estemos bien” (p. 203); “Aunque todos los dominios que se incluyan deben ser universales, el número de dominios puede expandirse o contraerse según el objetivo de la política (...) De manera semejante, ellos pueden ser denominados de otra manera en contextos particulares, para reflejar mejor la realidad vivida por las personas en ellos” (p. 212).

## 5. DIVISIÓN POR DOMINIOS DEL MARCO DEL BIENESTAR

Existe un amplio consenso actualmente sobre el carácter **multidimensional** del bienestar. Como señala la Comisión Europea (European Commission, 2021), hay marcos del bienestar “temáticos”, que se ocupan solo de uno de los dominios o dimensiones del bienestar (por ejemplo, el DESI o Índice de la Economía y Sociedad Digital); y hay marcos “generales”, que tratan de recoger el bienestar en todas sus dimensiones (por ejemplo, el marco que estructura los Objetivos de Desarrollo Sostenible). Este documento se centra únicamente en el análisis de las características de los marcos generales de bienestar o desarrollo sostenible.<sup>19</sup>

Asimismo, especialmente tras el impacto del llamado Informe Brundtland (WCED, 1987), es creciente el número de marcos generales del bienestar que no se limitan al estudio del bienestar presente, sino que también extienden el análisis a la **sostenibilidad** de ese bienestar.

### 5.1. *División en bienestar presente y bienestar futuro*

Un ejemplo de marco general que contempla el bienestar desde una perspectiva multidimensional y de sostenibilidad lo ofrece el **marco de la OCDE** para la medición del bienestar (OECD, 2011; Boarini y D’Ercole, 2013; Boarini et al, 2014; Llena-Nozal et al., 2019), que se ha basado en gran medida en el Informe de SST y que es actualmente uno de los marcos más influyentes entre las iniciativas que separan esos dos dominios: el bienestar presente y el bienestar futuro.

---

<sup>19</sup> En la literatura cabe encontrar numerosas revisiones o presentaciones panorámicas descriptivas de esos marcos generales. Algunas corresponden a iniciativas institucionales que realizaban tales revisiones previamente o como acompañamiento a la elaboración de estadísticas o marcos para el análisis del bienestar o del desarrollo sostenible (por ejemplo, Unece, 2014; European Statistical System Committee, 2011; Eurostat, 2010 y 2017; European Commission, 2021a; Commission on the Measurement of Economic Performance and Social Progress, 2018; etc.). Otras revisiones de marcos generales corresponden a publicaciones realizadas desde una perspectiva más académica (Bleys, 2012; Fleurbaey y Blanchet, 2013; Gnègnè, 2019; Barrington-Leigh y Escande, 2018; Jorgerson, 2018...).

El distinguir y presentar separadamente esos dos dominios (bienestar presente y bienestar futuro) en el marco conceptual se explica porque ambos dominios conceptualmente responden a realidades diferentes y empíricamente muestran comportamientos diferenciados.

Como muestra Neumayer (2012), la puesta en relación de indicadores de bienestar presente (tales como el Índice de Desarrollo Humano-IDH) con indicadores de sostenibilidad ofrece diferentes resultados según se tenga en consideración una concepción de sostenibilidad débil o de sostenibilidad fuerte. Es decir, si se considera que los déficits de sostenibilidad medioambiental pueden ser sustituidos o compensados por superávits en sostenibilidad económica y social; o, por el contrario, si se considera que los diferentes tipos de sostenibilidad no son sustituibles entre sí, y, por lo tanto, no son admisibles déficits en ningún tipo de sostenibilidad, y en particular en la sostenibilidad medioambiental. En general, los países con buenos resultados en el IDH no resultan sostenibles desde una perspectiva de sostenibilidad fuerte (es decir, no resultan sostenibles medioambientalmente), pero sí lo son desde una perspectiva de sostenibilidad débil (ya que el déficit de sostenibilidad medioambiental queda compensado por los superávits de su sostenibilidad económica y social).<sup>20</sup> Por eso, siguiendo la propuesta que al respecto efectúa el Informe de SSF (asumida, como se ha señalado, por la OCDE), hay un consenso creciente en la literatura académica para que el análisis del bienestar tome en consideración, preferiblemente de modo separado, ambos aspectos.

## 5.2. *División en bienestar subjetivo (fines) y objetivo (determinantes)*

Hay algunas corrientes que consideran que el bienestar humano es de carácter subjetivo y, en tal sentido, utilizan indistintamente los términos de bienestar o de bienestar subjetivo (Diener, 2006). Como señala Rojas (2011: 177): “Porque

---

<sup>20</sup> La OECD (2020a: 49) muestra igualmente que la correlación entre indicadores socioeconómicos de bienestar presente e indicadores de medioambiente futuros, aunque negativa, no es significativa.

el bienestar es una experiencia que la gente tiene (la experiencia de estar bien), el bienestar es intrínsecamente subjetivo”.

Los marcos de esta corriente de bienestar subjetivo suelen distinguir un dominio constituido por **indicadores subjetivos** del bienestar (en el que se recogen los objetivos o fines del bienestar); y otro de **indicadores objetivos** o medios (en el que se recogen recursos u objetivos intermedios, generalmente de carácter objetivo, que influyen en los subjetivos).<sup>21</sup> En suma, desde esta perspectiva se distinguen dos dominios: el de los factores subjetivos y el de los factores objetivos. El primero, recogería la posición en términos de fines; y el segundo, la posición en determinantes del bienestar. Según Rojas (2011:177): “los factores explicativos detrás de esas experiencias pueden ser situados en diferentes dimensiones; pero esos factores no son bienestar y no es acertado confundir los presumibles factores explicativos del bienestar con el bienestar mismo”. Adicionalmente, como no resulta posible medir la experiencia subjetiva de bienestar de las futuras generaciones, sino solo aproximarse a la misma por los recursos objetivos que les transmiten las generaciones presentes, los marcos de las corrientes del bienestar subjetivo no suelen contemplar dimensiones de bienestar futuro.

Las restantes escuelas no aceptan esa primacía de los indicadores subjetivos. Siguiendo la estela marcada por el enfoque de las capacidades (hecha suya también por el Informe de SST y, siguiendo a este, por la mayoría de las iniciativas existentes al respecto), las restantes escuelas consideran que los indicadores de carácter subjetivo efectivamente permiten recoger información sobre aspectos que los indicadores objetivos no pueden medir o lo hacen parcialmente; pero aducen en su contra que, por diversas razones, pueden conducir a valoraciones sesgadas del bienestar (véase [Anexo 1](#)). Por tal razón, consideran que la medición del bienestar debe basarse **tanto en indicadores**

---

<sup>21</sup> En la conocida matriz de las cuatro calidades de vida de Veenhoven (2000 y 2014) –autor perteneciente a la corriente del bienestar subjetivo– las oportunidades (*chances*) de vida equivaldrían a los determinantes o medios; y los resultados de vida, a los fines.

**objetivos como subjetivos**, de manera que combinando ambos se obtiene una valoración más equilibrada y completa del bienestar.

Adicionalmente, a diferencia de algunos marcos generales de bienestar que sitúan en dominios separados los indicadores objetivos y subjetivos, la mayoría de los marcos generales de bienestar mezclan o combinan los indicadores objetivos y subjetivos en los dominios en que ellas se estructuran. Así, por ejemplo, mientras que en el marco de bienestar propuesto por la NEF (2011) la principal separación de dominios es entre los de carácter subjetivo (que recogen los fines o *goals* del bienestar) y los de carácter objetivo (que incluyen los medios o determinantes del bienestar), en cada dimensión del bienestar (salud, educación...) del marco general de la OCDE se incluyen tanto indicadores objetivos como subjetivos.<sup>22</sup>

### 5.3. *División en bienestar socioeconómico y medioambiental*

Una tercera propuesta alternativa, que separa el bienestar en dos grandes dominios distintos, es la que diferencia el **bienestar socioeconómico** (denominado con frecuencia, simplemente, bienestar o desarrollo humano) y la **sostenibilidad medioambiental**.

Hasta prácticamente la eclosión del concepto de desarrollo sostenible con el informe Brundtland en 1987, la literatura de carácter socioeconómico y la literatura medioambiental habían avanzado dándose la espalda e ignorándose una a otra. E incluso después, muchos de los marcos o índices que se proponen trataban de medir el dominio socioeconómico o el medioambiental, pero no ambos dominios simultáneamente (Hodge, 1997; Prescott-Allen, 2001; Neumayer, 2007; Gnègnè, 2019).

---

<sup>22</sup> Excepcionalmente, dentro del dominio de bienestar presente, la OECD (2011) reserva una dimensión específica para reflejar el nivel subjetivo global de bienestar, mientras que en las otras dimensiones de naturaleza más temática, situadas también en el dominio del bienestar presente, entremezcla los indicadores objetivos y subjetivos. Por otro lado, como se ha señalado, en el dominio de bienestar futuro la OCDE no incluye indicadores subjetivos, por la imposibilidad de disponer de ellos.

A partir de entonces empiezan a aparecer marcos de análisis del bienestar o del desarrollo sostenible que estructuran el análisis del bienestar en un **dominio socioeconómico y otro medioambiental**. Algunos lo hacen a modo de propuesta (por ejemplo, Hodge, 1997; Moran et al., 2008). Otros lo hacen llevando los marcos a la práctica. Ejemplos de esto último los tenemos en el Índice de calidad de vida y el medioambiente de Prescott-Allen, 2001, que fue muy influyente en su tiempo; en la operacionalización de la economía del donut, de Raworth (2007), que efectúan O'Neill et al. (2018); o, todavía más recientemente, en la corrección que desde 2020 el Programa para el Desarrollo de Naciones Unidas comienza a introducir en el IDH (véase United Nations, 2020).<sup>23</sup> En las iniciativas que proponen esta división en dos dominios del bienestar humano y de la sostenibilidad medioambiental, el primer dominio no suele incluir indicadores ligados con el medioambiente ni tampoco diferencia entre indicadores relativos al presente y al futuro; y el segundo dominio, solo está referido a la sostenibilidad medioambiental, sin considerar otras posibles dimensiones de sostenibilidad (económica, social...).

En favor de esta división entre el dominio socio-económico, por un lado, y el medioambiental, por el otro, cabe señalar que la **distinción conceptual** entre las realidades económica, social y política resulta bastante discutible (Kuhlman y Farrington, 2010; Fuchs et al., 2020; Giddings et al., 2002; Robinson y Tinker, 1998),<sup>24</sup> y que ciertamente, hay una diferencia radical entre la realidad socioeconómica y la medioambiental: “los sistemas económico y social dependen de la existencia de los seres humanos, mientras que la biosfera no” (Robinson y Tinker, 1998:19).

Adicionalmente, los **estudios empíricos** existentes muestran que:

- La **correlación entre los niveles** de desarrollo socioeconómico y protección medioambiental es mucho más dispar y compleja que la

---

<sup>23</sup> Anteriormente, algunos autores particulares habían ya intentado hacer correcciones del IDH en ese sentido, pero fueron objeto de crítica por Neumayer (2004 y 2007).

<sup>24</sup> Gibson (2001) aduce que la división entre realidad económica y social responde con frecuencia al deseo de enfatizar que las ganancias materiales no son medida suficiente del bienestar humano.

existente entre los indicadores de tipo económico y de tipo social. Así, en el estudio de correlaciones por parejas que efectúa la OECD (2020a: 48-49), se constata que los capitales económico, humano y social muestran correlaciones positivas y significativas con las dimensiones del bienestar presente (que son básicamente socioeconómicas), mientras que las correlaciones del capital natural con las dimensiones del bienestar presente son negativas, aunque no significativas.<sup>25</sup>

- Esa división es también bastante pertinente para entender las diferentes prioridades **o retos de los países desarrollados y los menos desarrollados**. Los de los primeros, sobre todo de carácter medioambiental, y los de los segundos, de desarrollo socioeconómico (Swain, 2018; O'Neill et al., 2018).
- En cuanto a la **evolución**, Moran et al. (2008) muestran que, mientras que en los últimos veinticinco años en prácticamente todos los países por ellos analizados se habían dado mejoras en el índice de bienestar personal, en términos de evolución de medioambiente (medido este por el índice de huella ecológica) había tenido lugar un notable empeoramiento, lo que denotaba un movimiento de alejamiento de la sostenibilidad.

La mayor complejidad de la **relación entre desarrollo socioeconómico y medioambiente** y las fuertes discrepancias existentes, según las diferentes escuelas o aproximaciones, sobre la misma condujeron a que desde primeros de los noventa hubiera una eclosión de estudios que intentaban esclarecer el sentido y forma de tal relación. Una síntesis de la literatura que ha tratado de tal cuestión, y en particular del debate habido en torno a la llamada **curva medioambiental de Kuznets** (EKC, por sus siglas en inglés), que se convirtió

---

<sup>25</sup> También Fuchs et al. (2020) encuentran que no hay correlación entre los indicadores de bienestar socioeconómico y político, por un lado, y los indicadores medioambientales, por otro; y Lay y Chen (2020) muestran que la correlación entre la Renta Nacional Bruta per cápita (que ellos toman como indicador que aproxima el bienestar) y el Índice de Desempeño Medioambiental (EPI) es relativamente débil.



en la aproximación dominante en la literatura para modelar tal relación, se recoge en el [Anexo 2](#).

Señalemos, para finalizar, que, aunque la mayoría de los marcos generales para el análisis del bienestar o el desarrollo sostenible que han sido publicados están contruidos conforme a alguna de las tres divisiones por dominios expuestas en este apartado, hay ciertamente enfoques híbridos que mezclan o combinan las divisiones identificadas. Así, por ejemplo, Fuchs et al. (2020), propugnan medir la calidad de vida a partir de dos dominios: bienestar (que incluye aspectos económicos, sociales y políticos) y desarrollo sostenible (que incluye el medio ambiente y la equidad intra e intergeneracional). O autores como Gnègnè (2019), proponen estructurar el análisis del bienestar en tres dominios: el del bienestar humano presente, el del bienestar humano futuro y el de la sostenibilidad medioambiental.

Nosotros, en lo sucesivo, nos basaremos en la división que nos parece más fundamentada y en la que cabría incluir un mayor número de iniciativas: la que diferencia entre los dominios de bienestar presente y de bienestar futuro. En ambos aparece contenido el factor medioambiental. Por otra parte, dentro del bienestar presente se incluyen factores tanto objetivos como subjetivos.

Los dos grandes dominios que cabe distinguir en el análisis del bienestar: el referido al bienestar presente y el referido al bienestar futuro están integrados por factores claramente distintos

En el dominio del **bienestar presente** se suelen incluir:

- indicadores tanto objetivos como subjetivos
- en algunas iniciativas (por ejemplo, en el Informe SSF o en el marco de la OCDE) se propone incluir solo indicadores de resultados (*outcome*); en otras, además de indicadores de resultados (*outcome*) también se incluyen indicadores de recursos o de determinantes de aquellos resultados.

En el dominio del **bienestar futuro**, en cambio:

- no cabe incluir indicadores subjetivos
- solo se incluyen indicadores de recursos, no de resultados (u *outcome*).

Esa diferencia en los tipos de indicadores que se incluyen en uno y otro dominio explica por qué los marcos que se emplean para ordenar una y otra dimensión sean distintos. Tratemos, en primer lugar, de los marcos empleados para estructurar el dominio del bienestar presente; y a continuación lo haremos con los empleados para estructurar el dominio del bienestar futuro.

## 6. SUBDOMINIOS DEL BIENESTAR PRESENTE

A la hora de estructurar el dominio del bienestar presente, en la literatura cabe encontrar tres grandes tipos de marcos: el que diferencia entre **el bienestar individual y social**, el que organiza los indicadores según las categorías de **presión-estado-respuesta** y el que agrupa los indicadores por **temas o pilares**. Aunque sin duda, el de mayor implantación es este último, empecemos por los dos primeros, pues su discusión es más breve. Además, como señalan Hardi et al. (1997), con frecuencia los marcos que en la práctica se emplean resultan de combinar varios de los marcos teóricos, de manera que más adelante, al tratar con más extensión del marco por temas, nos permitirán ver modos de enriquecer o profundizar aquel con los primeros, sin desviarnos mucho de la exposición.

### 6.1. Bienestar individual y social

Hay un conjunto de iniciativas, que con mayor o menor grado de desagregación y con algunas diferencias en su alcance, han propuesto distinguir dentro del bienestar presente el bienestar individual y social.<sup>26</sup> Hagamos una breve exposición de las principales de tales iniciativas.

- El **European System of Social Indicators**, iniciativa impulsada en la UE desde el campo de la sociología, proponía distinguir dentro de la calidad de vida (o bienestar) presente los indicadores de bienestar individual y de bienestar social. Dentro de estos últimos, denominados indicadores de cohesión social, se diferenciaban los ligados, por un lado, a la reducción de disparidades y desigualdades; y, por otro, al fortalecimiento

---

<sup>26</sup> Como indican Hall et al. (2015: 14), el bienestar humano es fruto tanto de resultados individuales como sociales. De la colección de atributos que conforman ese bienestar, algunos son específicos a cada persona (por ejemplo, su estado de salud) y cabe considerarlos como constituyentes del bienestar individual. Otros, que constituirían el bienestar social, se comparten con otras personas (p.e., con los que viven en el mismo barrio), reflejan las relaciones entre ellos (p.e. la calidad de las relaciones con ellos) o cuán pacífica, resiliente, cohesiva... es la sociedad en que se vive.

de las conexiones y lazos sociales (capital social) (Berger-Schmitt y Noll, 2000; Noll, 2014).

- El marco de la **NEF** (*New Economics Foundation*) también distingue, dentro del bienestar subjetivo, entre bienestar personal y social (este último correspondiente al que provendría de las relaciones de apoyo, confianza y sentido de pertenencia) (Michaelson et al., 2009).<sup>27</sup>
- El marco de las **cuatro calidades de vida** desarrollado por Veenhoven (2000 y 2014), además de la división entre oportunidades (*chances*) y resultados (*results*) a la que antes se ha hecho referencia, también propone distinguir la cualidad interna (*inner*) y externa (*outer*): en la interna, la calidad está en el individuo; y en la segunda, está en el entorno (esto es, todo lo que está fuera de la persona y es relevante para su calidad de vida).<sup>28</sup>
- El programa para el desarrollo del **bienestar en los países en desarrollo** (véase Gough y McGregor, 2007) diferenciaba tres dimensiones de bienestar: la material, la relacional (ligada a la exclusión y al capital social) y la subjetiva (en la que se incluyen las experiencias y sentimientos subjetivos de las personas) (véanse McGregor y Sumner, 2010; McGregor 2014 y 2018). Sin embargo, más en línea con la empleada por la OCDE y a la que nos referiremos poco después, McGregor et al. (2015) proponen una tripleta de subdominios algo diferente, basada en condiciones materiales de vida, en calidad de vida personal (más allá de la anterior) y en la relacional y de sostenibilidad.

---

<sup>27</sup> Dentro de los determinantes del bienestar el marco del NEF distingue, a su vez, entre los recursos personales (salud, optimismo, autoestima...) y condiciones externas (condiciones materiales, trabajo y productividad...). (NEF, 2011)

<sup>28</sup> Como advierte Weijers (2021), esta división interna/externa, muy habitual en la filosofía y en la aproximación al bienestar de las ciencias de la salud (y que no se encuentra en los marcos del Informe SSF o de la OCDE), no es coincidente con la de indicadores o factores objetivos y subjetivos, a la que antes se ha hecho referencia. Como se señala en el Anexo 1, generalmente se toma como subjetivo el indicador o valoración que proviene de la perspectiva del informante (autovaloración), frente a la que proviene de una valoración independiente; pero esa valoración subjetiva puede estar referida a una realidad interna al individuo (la calidad interna, a la que se refiere el marco de Veenhoven) o a una realidad externa.

- En los documentos **preparatorios del marco de la OCDE** para el análisis del bienestar, elaborados por Hall et al. (2010) y Giovannini (2011), se distingue entre resultados del bienestar individuales y sociales. Los primeros serían específicos a cada persona; y los segundos, que se compartirían con otras personas, reflejarían las relaciones entre ellas o cuán pacífica, resiliente o cohesiva es una sociedad.
- El **marco de la OCDE** (2011), que se basa en el propuesto por el Informe SST, distingue dentro del análisis del bienestar presente, los subdominios de condiciones materiales (donde entran factores como ingresos y riqueza, empleos y ganancias y vivienda) y calidad de vida (que recoge todos los otros factores, objetivos y subjetivos, que afectan al bienestar presente: salud, educación, conexiones sociales...).<sup>29</sup> En un reciente trabajo (OECD, 2020a), el segundo subdominio se divide, a su vez, en dos, de modo que el marco se amplía a tres grandes subdominios: condiciones materiales, calidad de vida individual y calidad de vida relacional. En esta última se incluyen aspectos como el balance entre vida y trabajo, las conexiones sociales y el compromiso cívico.

## 6.2. Presión-estado-respuesta (determinantes y resultados)

Aunque inicialmente creado en Canadá, en el área de la protección medioambiental, como un modelo que estructuraba relaciones causales entre los indicadores, y conocido como marco de estrés-respuesta (STRESS), en 1993 fue adoptado y adaptado por la OCDE, que lo convirtió en el modelo presión-estado-respuesta (PSR). Posteriormente, el marco fue completado con otras variables y se convirtió en el conocido como **DPSIR: Driving forces-Pressures-State-Impacts-Responses**, que fue popularizado por la Agencia

---

<sup>29</sup> En el Informe SST se definía la calidad de vida en los siguientes términos: “aquellos aspectos de la que vida que conforman el bienestar humano más allá del dominio de los recursos económicos” (Stiglitz et al., 2009: 143). El marco de la OCDE se ajusta plenamente a esa delimitación del término.

del Medioambiente Europea (EEA). Si bien inicialmente pensado para analizar la interacción entre medioambiente y actividades socioeconómicas (Stanners et al., 2007), posteriormente la literatura lo ha incluido en las listas de marcos empleados para el análisis del desarrollo sostenible (véanse Hodge, 1997; Hardi et al., 1997; Berger-Schmitt y Noll, 2000; Eurostat, 2014; United Nations, 2007). De acuerdo con el marco DPSIR, los desarrollos económicos y sociales (*driving forces*) ejercen presión sobre el medioambiente (*pressures*), como consecuencia de la cual tienen lugar cambios en su estado (*state*), lo cual lleva a impactos en la salud, los ecosistemas y demás (*impacts*), ante los cuales las políticas responden (*responses*) (véase Stanners et al., 2007).

Spangerberg (2016) muestra cómo este marco puede ser empleado para el análisis y valoración de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) aprobados por Naciones Unidas. Las metas que se fijan en la Agenda 2030 se clasificarían, de acuerdo con el marco DPSIR, en metas referidas a cada uno de los elementos: fuerzas impulsoras, presiones, estado, impactos o respuestas. Spangerberg concluye, por ejemplo, que si los objetivos referidos al estado y a los impactos son bastante radicales en el ámbito social y medioambiental, no se fijan objetivos referidos a las presiones que han ocasionado tal situación, lo que reduce las opciones de las políticas a medidas de restauración y adaptación (de atender los síntomas), pero sin eliminar los reales problemas (las causas); y aunque las fuerzas impulsoras son mencionadas, no se analiza su papel en la causación de situaciones insostenibles en el pasado.

A pesar de esa aparente utilidad, las series de indicadores que conforme a este marco publicaba la Commission on Sustainable Development (CSD) de Naciones fueron interrumpidas en 2001, porque se consideró que este **marco no resultaba apropiado** para responder a las complejas interrelaciones entre los temas, porque la clasificación de los indicadores en cada una de las categorías era ambigua, porque había incertidumbres sobre las relaciones causales, y porque no subrayaba adecuadamente la relación entre indicadores y políticas. De manera que se consideró preferible pasar a un marco más flexible, por temas (United Nations, 2007).

Ante eso, hay una serie de corrientes que propugnan **centrarse en el análisis de los resultados** (*outcomes*):

- Si bien el **enfoque de las capacidades** insiste en distinguir medios (como los recursos) y fines (desarrollo de las capacidades y oportunidades de las personas),<sup>30</sup> su foco principal está en el de los fines.
- Apoyándose en el enfoque de las capacidades, el **Informe SST** y el **marco de la OCDE** propugnan centrarse en indicadores de resultados (*outcome*),<sup>31</sup> y precisamente critican otro tipo de iniciativas (como los propios ODS) por mezclar indicadores de resultados con indicadores de input o recursos o indicadores de output de políticas (Stiglitz et al., 2018).

Por el contrario, a pesar de lo complejo que resultan los marcos causales, son varios las corrientes o autores que consideran que los marcos de bienestar deben ir más allá de ofrecer indicadores de resultados (*outcome*) y que consideran que también deben incluir **indicadores de determinantes de los resultados** y que ofrezcan cierta luz sobre qué los causan o cómo deberían aplicarse las políticas públicas. Así:

- La **literatura del bienestar subjetivo** considera fundamental la distinción entre fines (experiencias y sentimientos subjetivos de

---

<sup>30</sup> Robeyns (2005: 95), en la exposición que efectúa de este enfoque, reconoce que la distinción entre fines y medios se difumina cuando se desciende a situaciones concretas. Igual Binder y Coad (2014: 527).

<sup>31</sup> Aunque repetidamente presentado como un marco que recoge *outcomes* (véase OECD, 2011; Boarini et al., 2014), Llana-Nozal et al. (2019: 15) matizan y señalan que, basándose en los principios del enfoque de las capacidades, el marco de la OCDE se centra no solo en los resultados (*outcomes*) de las personas, sino también en los factores (ingresos, educación...) que contribuyen a expandir las elecciones y oportunidades de las personas para vivir el tipo de vida que ellos valoran.

Por otro lado, como acertadamente señala Michalos (2011: 123), aunque refiriéndose a la medición de la actividad de la administración pública, el propio Informe SSF hace una observación que es relevante a este respecto: “La mejora de las mediciones de volumen de los *outputs* no dispensa de la necesidad de mejorar –y publicar– medidas de volumen de los *inputs*. Solo si ambos, los *outputs* y los *inputs*, de la producción de servicios es bien capturada será posible estimar el cambio en la productividad y llevar a cabo comparaciones de productividad entre países (Stiglitz et al., 2009: 28).

- bienestar) y medios o determinantes (tanto condiciones externas como recursos personales).
- Los proponentes del marco de **Indicadores Sociales del Sistema Europeo** aducen, en el mismo sentido, que ellos consideran todos los factores que son relevantes para el bienestar, “independientemente de que ellos sean considerados resultados, recursos, capacidades o circunstancias externas (...) porque (la distinción) a menudo simplemente depende del punto de vista, de si una condición de vida representa un resultado o un recurso. Por ejemplo, el estado de salud puede ser visto como un recurso, pero al mismo tiempo es un resultado de un cierto estilo de vida” (Berger-Schmitt y Noll, 2000: 37).
  - Otro tanto opina la corriente que analiza el **bienestar en los países en vías de desarrollo** (Gough y McGregor, 2007) que subrayan la esterilidad del debate medios/fines, especialmente cuando se tratan los no materiales, ya que normalmente pueden ser ambos a la vez. De hecho, esta corriente propugna orientar las políticas a desarrollar las condiciones sociales que posibilitan el florecimiento humano, y para eso son necesarias intervenciones dirigidas no solo a las capacidades de las personas, sino también a las condiciones sociales en que las personas se esfuerzan por alcanzar el bienestar (McGregor y Sumner, 2010).

Esta serie de argumentaciones es sintetizada por Dasgupta (2001), quien señala: “Hay dos vías de medición del bienestar. Una es estudiar los constituyentes del bienestar (...) La otra es valorar los productos determinantes del bienestar (...) El primer procedimiento mide los outputs (...), mientras que la segunda valora y luego agrega los inputs requeridos (...) los constituyentes y los determinantes del bienestar pueden ser considerados como los fines y los medios, respectivamente. Los filósofos políticos y morales consideran los constituyentes como los objetos obvios de estudio, en contraste con los economistas y los estadísticos que tienden hacia los determinantes. Hay una división cultural a este respecto. Las culturas a menudo chocan. Pensemos en la educación y en las competencias. ¿Son constituyentes o son determinantes? Ellas son de hecho ambas. La adquisición de educación es parcialmente un fin en sí, y parcialmente un medio para incrementar los futuros ingresos (...) ¿Por



qué preocuparse de los determinantes, cuando la vía directa sería medir la realidad, esto es, los constituyentes? Hay dos razones. Primero, sin un entendimiento de la manera en que los constituyentes son determinados por los determinantes, no conoceríamos qué instituciones son más capaces para promover los intereses humanos (...) Segundo, puede resultar especialmente difícil observar los constituyentes”.<sup>32</sup>

Incluso, en diversas publicaciones de analistas de la OCDE se reconoce que no todos los objetivos y resultados (*outcomes*) tienen la misma importancia ni se encuentran en el mismo nivel, sino que hay jerarquías de objetivos y resultados, de manera que hay ciertos resultados cuya función es servir de medio para alcanzar otros resultados (Schumann, 2016: 10). Esto es, la mayoría de los resultados (*outcomes*) son impulsores (*drivers*) de otros resultados (Boarini et al., 2014: 16).

### 6.3. Agrupación por temas o pilares

Aunque en bastantes de las publicaciones que tratan de los marcos para el análisis del desarrollo sostenible se habla del marco de los tres pilares, siguiendo a Hardi et al. (1997) y United Nations (2007), como título de este apartado se ha elegido una denominación más genérica.

- Por un lado, aunque por la tradición que tiene la denominación de los “tres pilares” se mantiene el **término de pilar**, se considera preferible el término más genérico de “tema”,<sup>33</sup> ya que el término de pilar va asociado a un modo de representación visual que no es el más adecuado para transmitir la idea de interacción que debe existir entre los componentes del bienestar presente.
- Por otro lado, se suprime la referencia al **número de pilares** o temas, ya que no hay coincidencia entre los distintos autores.

---

<sup>32</sup> La OECD (2011) aduce, en cambio, que los indicadores de *input* y *output* están imperfectamente correlacionados con los de resultados (*outcome*). Siendo eso así, no cabría basarse únicamente en los primeros, como podría desprenderse del texto de Dasgupta.

<sup>33</sup> La literatura, además de los términos de pilar y de tema, ha recurrido a más denominaciones: dimensiones, componentes, aspectos, perspectivas... (Purvis et al., 2019).

Así, algunos plantean que se parta de dos grandes pilares, el socioeconómico y el medioambiental, replicando los planteamientos y razonamientos antes expuestos sobre la división del bienestar entre un dominio ligado al desarrollo socioeconómico y otro ligado al medioambiente.<sup>34</sup> Otros, en cambio, plantean que, a los tres pilares tradicionales (economía, sociedad y medioambiente), se sume un cuarto de las instituciones (Spangenberg, 2004), o incluso un quinto cultural (Gibson, 2001). La realidad es que, como indican Robinson y Tinker (1998), el número de temas en que se divide el dominio es un tanto arbitrario, y con ello lo que se persigue es destacar la particular relevancia que para ciertos análisis puede tener un determinado tema (Gibson, 2001). Como anteriormente se ha señalado, la validez de los marcos conceptuales deriva fundamentalmente de su utilidad.

Debe tenerse en cuenta, además, que cada uno de esos temas no es, a su vez, totalmente uniforme, sino que **cada tema presenta múltiples dimensiones** o facetas (Giddings et al., 2002). En ese sentido, en lugar de dividir el dominio en unos pocos grandes temas, podría haberse optado por dividirlo directamente en todas las dimensiones que contienen estos grandes temas. Así, por ejemplo, la Agenda 2030 y los ODS aprobados por Naciones Unidas en 2015, aunque persiguen un desarrollo equilibrado de estas tres grandes dimensiones o pilares, cuando exponen sus objetivos, estos se formulan directamente para las 17 dimensiones, sin ligarlos explícitamente a los tres pilares (UN ESCAP, 2015). Sin embargo, la mayoría de los marcos de análisis del bienestar (como, por ejemplo, la iniciativa *How's Life*, de la OCDE), plantean un nivel intermedio de agrupación, entre el del dominio (en este caso, el bienestar presente) y el de las dimensiones concretas (que, en el caso del marco de la OCDE, estaría constituido por 11 dimensiones), pues de ese modo se ordena y estructura mejor el análisis.

---

<sup>34</sup> De hecho, son varios los autores (Kuhlman y Farrington, 2010; Spangenberg, 2016; Waas et al., 2011) que consideran que, el denominado Informe Brundtland está basado implícitamente en un marco de dos dimensiones: desarrollo y medioambiente.

Sea como sea, debido en gran medida a la tradicional organización del conocimiento en disciplinas y de los gobiernos en ministerios, la división por temas que ha prevalecido es la conocida como la de **los tres pilares**: economía, sociedad y medioambiente.<sup>35</sup> El que esa división sea acorde con la organización académica y gubernamental facilita la recogida de información y análisis y la puesta en marcha de políticas en cada pilar; pero dificulta la necesaria integración y análisis de las interacciones requeridas por el bienestar y el desarrollo sostenible, y favorece que la atención se centre más en los conflictos y contrapartidas (*trade-offs*) que tienen lugar entre los pilares, que en las sinergias, complementariedades y reforzamientos que se dan entre ellos (Gibson, 2006; Robinson y Tinker, 1998; Giddings et al., 2002). Esa aproximación parcializada, y no integradora, es más patente en aquella parte de la literatura que toma los pilares como diferentes “perspectivas”, que en la que los toma como “sistemas” (Purvis et al., 2019).

Con objeto de completar los mensajes relativos al desarrollo sostenible, favorecer su toma de conciencia y entendimiento, así como la difusión de conceptos que pueden resultar complejos, bastantes de los autores que han tratado de explicar el bienestar conforme a los tres pilares han recurrido a **representaciones gráficas** de estas (Lozano, 2008). Aunque es grande la variedad de representaciones que se han empleado para ello (véanse compilaciones en Lozano, 2008; Wu, 2013; Purvis et al., 2019), las más frecuentemente empleadas se recogen en la Figura 1.

- De la primera de las figuras incluidas se desprende una idea de independencia de cada uno de los pilares y de falta de interacción o integración entre ellos, por lo que, aunque es la imagen que responde

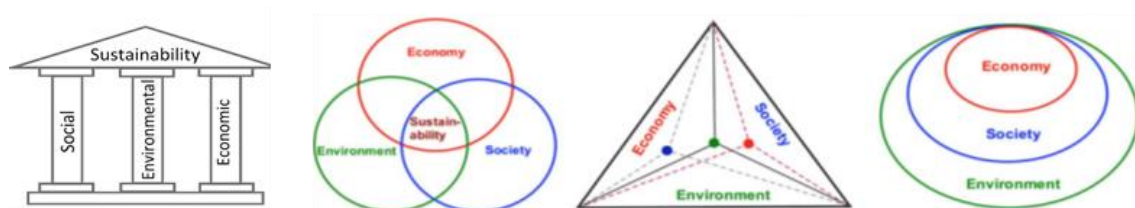
---

<sup>35</sup> A esta división en la literatura empresarial se le ha denominado la “*Tripple Bottom Line*” (TBL), y de hecho, según Kuhlman y Farrington (2010), fue esa literatura la pionera en usar una denominación específica para esos tres pilares. En la literatura empresarial también se conoce a esta triple dimensión como las “3P”: por “*Planet*”, “*People*” y “*Profit*”. Y esa tendencia a la abreviación se ha trasladado a la literatura del desarrollo sostenible, de modo que en esta, en lugar de los tres pilares, también se encuentra la denominación de las “3E”: por “*Environment*”, “*Economy*” y “*Equity*”.

más literalmente a la denominación de tres pilares, es a la que menos ha recurrido la literatura.

- En las figuras segunda y tercera la mayoría de los analistas consideran que todavía el grado de integración que se proyecta es limitado y que se transmite más una imagen de sostenibilidad débil (esto es, que los superávits de sostenibilidad de unos pilares pueden sostener los déficit de los otros) que de sostenibilidad fuerte (esto es, una en la que la sostenibilidad debe ser alcanzada en cada uno de los tres pilares, y que la sostenibilidad de cada uno de los pilares se complementa –refuerza o debilita– por lo que sucede en los otros pilares).
- Aun no resultando tampoco perfecta, la figura que presenta de modo anidado (*nested*) los círculos de cada pilar sería la que mejor expresaría la integración de los tres pilares (Gibson, 2001; Giddings et al., 2002; Purvis et al., 2019; Waas et al., 2011; Wu, 2013).

**Figura 1: Representaciones gráficas de los tres pilares**



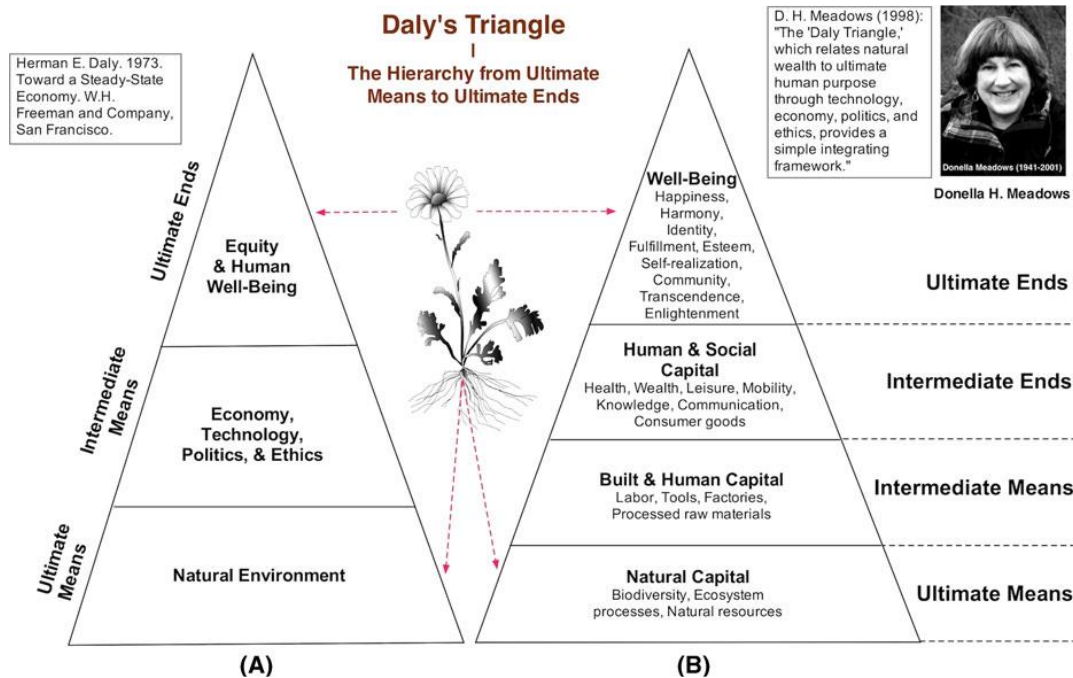
Fuente: Elaborado a partir Wu (2013) y Purvis et al., 2019.

Una cuestión que ha suscitado mucho debate es la de si estos tres pilares poseen la misma importancia o si hay una cierta **jerarquía entre los pilares**. Como señalan Robinson y Tinker (1998), cada disciplina tiende a considerar que la suya es la dimensión principal.

El primer autor que trató de abordar con cierta profundidad esta cuestión fue Herman Daly (1973 [1991]), que propuso el conocido como **triángulo de Daly**, que fue más tarde ligeramente corregido y divulgado por Meadows (1998) (véase Figura 2). De acuerdo con ese triángulo, que parte de una visión antropocéntrica, el medioambiente (o capital natural) sería un recurso último, en el que descansa todo y sin el que nada sería posible; la economía (o capital económico) constituiría un medio intermedio; la sociedad (capital humano y

social) constituirían un fin intermedio; y el bienestar (subjetivo) de las personas constituiría el fin último.

**Figura 2: El triángulo de Daly**



Fuente: Extraído de Wu (2013).

Frente a este planteamiento más formal de las relaciones entre los pilares, en la práctica es habitual encontrar dos **posturas contrapuestas**. Por un lado, la de los medioambientalistas, que tienden a considerar que la economía y la sociedad son subsistemas del medioambiente, y que es la preservación de este último la que debe primar. Por otro lado, ya no tanto en el plano académico, sino en el de las políticas reales, lo que se constata hasta el presente es que la primacía corresponde al pilar económico.<sup>36</sup>

La aparición del concepto de desarrollo sostenible comportó, en este sentido, la aparición de una **tercera vía, conciliadora** de las dos anteriores, y que

<sup>36</sup> Giddings et al. (2002: 191) escriben al respecto, respecto a esos dos primeros planteamientos: "La realidad política otorga la primacía a la economía. Esta trata al medioambiente y a la sociedad como recursos, natural y humano, que han de ser explotados, y como un vertedero al que se echan los problemas, sean de desempleo, de mala salud o de desechos. En contraposición, la realidad material es que la economía es dependiente de la sociedad y del medioambiente".

propugna el “logro progresivo y equilibrado del desarrollo económico sostenido, de una mayor equidad social y de la sostenibilidad ambiental” (United Nations, 1997: 5). Para esta tercera vía, que se convierte en mayoritaria, los tres pilares son primordiales y a los tres debe atribuirse igual importancia y primacía (Robinson y Tinker, 1998).

Para aplicar una verdadera visión integradora de los tres sistemas o pilares, en la que la relación entre ellos existente entre ellos estuviera claramente definida, sería necesario disponer de un modelo con todas las interacciones existentes entre tales sistemas. Sin embargo, en el estado actual de las cosas, resulta **imposible disponer de un modelo completo de interacciones**. Debe tenerse en cuenta que, como se ha señalado, cada uno de los tres pilares está a su vez compuesto por diferentes dimensiones, y que cada una de ellas opera en diferentes escalas espaciales (global, nacional, regional, local) y temporales; que cada uno tiene diferentes lógicas y límites externos; y que, como se ejemplificado en el Anexo 2, que trata de las relación que muestra el crecimiento económico con los diferentes tipos de impactos medioambientales, no existen normas generales de comportamiento. Por eso, resulta más factible recurrir a **conjuntos de indicadores** de desarrollo sostenible para monitorizar los distintos sistemas y las interrelaciones entre ellos (Bleys, 2012).<sup>37</sup> Pero para evitar situaciones de irreversibilidad, deberían establecerse umbrales críticos para determinados indicadores que permiten supervisar si los “imperativos” que derivan de cada pilar o sistema se están respetando.

Robinson y Tinker (1988) hablan de **tres imperativos**:

- el imperativo medioambiental, de mantenerse dentro de la capacidad de carga biofísica del planeta;

---

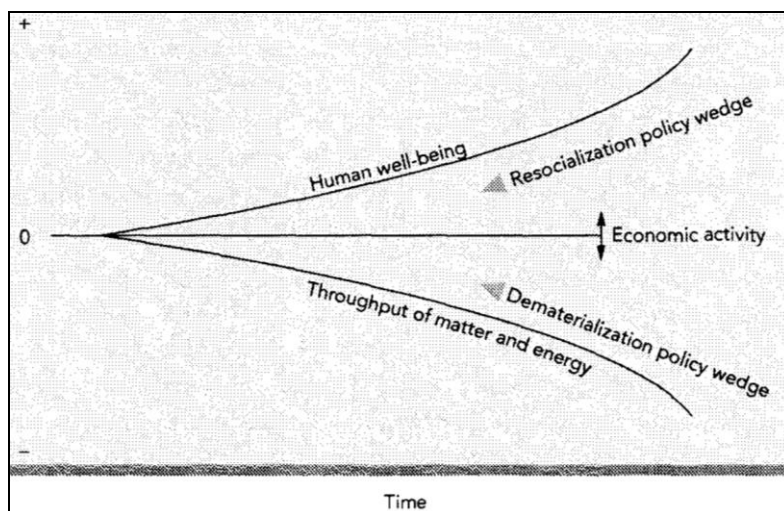
<sup>37</sup> Robinson y Tinker (1998) subrayan que más allá de valoraciones de impacto, los nuevos marcos requieren ampliar el ámbito de las metodologías, incorporando técnicas como los escenarios alternativos, trayectorias de desarrollo, cambios en los estilos de vida y sistemas de gobernanza..., dando más peso y reconocimiento a los aspectos cualitativos de los sistemas socioeconómicos. También UN-ESCAP (2015) plantea que instrumentos como la construcción de escenarios resultan útiles para afrontar los dilemas o contraposiciones entre los distintos pilares.

- el imperativo económico, de mantener estándares de vida material adecuados para toda la población; y
- el imperativo social, que provea de las estructuras sociales y de gobernanza necesarias.

Según los autores citados, debería darse igual prioridad a los tres imperativos, ya que cada imperativo es independientemente crucial, es urgente y está interconectado a los demás. Debe tenerse presente, a este respecto, que la concreción de esos imperativos, aunque informada por el conocimiento científico y técnico, descansa en última instancia **en juicios de valor**.<sup>38</sup>

Por otro lado, la compatibilidad y avance de los tres pilares requiere **dos desacoplamientos**: primero, desacoplar el crecimiento económico de su impacto medioambiental (con una política de desmaterialización); y, segundo, desacoplar el crecimiento económico del desarrollo social (mediante una política de resocialización) (Véase Figura 3).

**Figura 3: Desacoplamiento del bienestar humano y medioambiente del crecimiento económico**



Fuente: Robinson y Tinker (1998).

<sup>38</sup> Robinson y Tinker (1998: 22): "all three imperatives are more value laden than objective".

## 7. SUBDOMINIOS DEL BIENESTAR DEL FUTURO: ENFOQUE DE LOS CAPITALES

### 7.1. *Delimitación y características de los capitales*

Como señala la OECD (2011), a diferencia de lo que sucede con el bienestar presente, los futuros logros en materia de bienestar no pueden observados ni predichos con precisión. Por eso la medición de la sostenibilidad o bienestar futuro debe adoptar otra forma diferente que la adoptada para el bienestar presente. El principal marco o modo de medición del bienestar futuro adoptado en las iniciativas existentes consiste en “mirar la evolución en el tiempo de los diferentes stocks de capital (económico, medioambiental, humano y social) que sostienen las varias dimensiones del bienestar, y en particular cómo las decisiones tomadas hoy afectan esos stocks” (OECD, 2011: 20). A este marco se le denomina el **enfoque de los capitales**.

Hasta mediados del siglo XX el **capital tiene dos acepciones** principales. La primera, proveniente desde finales de la Edad Media y que perdura hasta hoy en el mundo financiero y de la empresa, identifica el capital con la cantidad de dinero que es invertida en una empresa. La segunda, que se impone de modo claro, tras Adam Smith, en la ciencia económica y en la sociología, relaciona el capital con los bienes físicos producidos que, junto con los trabajadores y la tierra (o los recursos naturales) toman parte en el proceso de producción (Véase Hodgson, 2014).<sup>39</sup>

---

<sup>39</sup> La primera acepción está ligada a una determinada fase histórica del desarrollo socioeconómico: el capitalismo, puesto que lo característico de este es la existencia de empresas con fines de lucro, y el capital aparece inextricablemente ligado a estas. La segunda concepción no refleja esa especificidad histórica, pues los bienes físicos producidos que a su vez son empleados en el proceso de producción se dan tanto en sociedades capitales como precapitalistas, o también en ámbitos no puramente mercantiles (como podría ser la producción doméstica; véase Braun, 2017). Por esa falta de historicismo de la segunda concepción, y por la ambigüedad que implica estar aplicando el mismo concepto a dos realidades claramente distintas, Hodgson propugna limitar el uso del concepto de capital a la primera acepción, al igual que lo propugnaron autores tan relevantes como Weber y Schumpeter. Alternativamente, para eliminar la ambigüedad, ya a finales del siglo XIX autores como J.B. Clark propugnaron



El marco de los capitales toma prestado el **concepto de capital de la ciencia económica**, esto es, de la segunda de las concepciones antes mencionada. La Economía empleaba ese concepto de capital como base de la teoría clásica del desarrollo (centrada principalmente en las economías menos desarrolladas) y en las conocidas funciones de producción de las teorías neoclásicas del crecimiento. Para los economistas clásicos y neoclásicos, el capital es uno de los tres factores productivos (tierra, trabajo y capital), y está compuesto por “las mercancías que, habiendo sido producidas, son necesarias para la producción” (Hennings, 2018: 1262).<sup>40</sup> Por ese origen, suele también denominársele capital producido, manufacturado o construido.

¿Cuál es la **ligazón entre los conceptos de capital y de bienestar y desarrollo sostenible**? Los economistas relacionan el concepto de desarrollo sostenible con el de **ingreso**, que, según Hicks, (1965) [citado por Unesco, (2009: 71)], se definiría como “la máxima cantidad que un individuo puede consumir durante un período, permaneciendo tan pudiente al final del período como lo estaba al comienzo”. De manera que el ingreso de una nación se definiría como “la cantidad que esta puede gastar de modo colectivo durante un período sin agotar o reducir la base de capital (o riqueza) en la que depende para generar ese ingreso”. A su vez, “el desarrollo sostenible es el desarrollo que asegura una riqueza nacional per cápita no declinante por el remplazo o conservación de las fuentes de esa riqueza: los stocks de capital” (United Nations et al., 2003: 4). Esto es, la base del desarrollo sostenible y del futuro bienestar radica en mantener el nivel de **riqueza per cápita** alcanzado y este depende de los **stocks de capital** (y de los flujos, tanto positivos –por ejemplo,

---

llamar a la segunda concepción de capital, “bienes de capital” (*capital goods*), propuesta que tuvo muchos seguidores.

Conviene indicar que, ligada a esa división de los factores productivos en tres grandes componentes (tierra, trabajo y capital) se proponía una división de los agentes socioeconómicos en tres grandes clases: los terratenientes, los trabajadores y los capitalistas. (Véase Dean y Kretschmer, 2007).

<sup>40</sup> Muchas definiciones de capital (por ejemplo, la de Samuelson y Nordhaus, 1989: 967), limitan el concepto de capital a los bienes producidos “duraderos”, es decir, a los que su valor no se extingue y desaparecen totalmente durante el proceso productivo.

inversiones— como negativos —por ejemplo, amortizaciones—, que los modifican).

Tradicionalmente, los economistas reconocían o asignaban una serie de **propiedades y rasgos** al capital: la tangibilidad de los bienes producidos, su durabilidad, su alienabilidad (posibilidad de venta o cesión), capacidad transformadora...<sup>41</sup> Sin embargo, algunos de esos rasgos fueron abandonándose o matizándose posteriormente, ya que al extenderse el ámbito de aplicación del concepto de capital tales propiedades o rasgos no les resultaban siempre aplicables. Así, entre los bienes producidos que formaban parte del capital producido fueron incluyéndose también algunos intangibles ligados a la protección intelectual (por ejemplo, el gasto en I+D).<sup>42</sup> Aunque la atención de los analistas estaba en el capital fijo (maquinaria, infraestructuras...), dentro del capital producido se contabiliza también el capital circulante (inventarios);<sup>43</sup> y, además, como señala el Sistema de Cuentas Nacionales de 2008, el capital fijo no se determina por su durabilidad, sino por ser usado de modo continuo o repetido (European Commission et al., 2009: 196).

Es más, a comienzos de los sesenta, tras los trabajos iniciales de Schultz y Becker, los economistas empiezan a utilizar, además del concepto de **capital producido**, el concepto de **capital humano**; y desde comienzos de los setenta, siguiendo los trabajos de Schumacher, Daly, Constanza y otros economistas medioambientales, también comienzan a hablar de **capital natural**. En estos dos nuevos tipos de capital esos rasgos de tangibilidad, alienabilidad y carácter de bien producido no se dan. Aun así, el capital humano y el natural siguen considerándose como inputs para la producción de

---

<sup>41</sup> Sobre las propiedades del capital véanse Robison et al. (2002), Adler y Kwon (2000), Hodgson (2014), Dean y Kretschmer (2007), Elster (1997), Dasgupta (2021), Arrow (2003), Solow (2003).

<sup>42</sup> Por eso, hoy día no resulta totalmente válida la denominación de capital físico que en algunos trabajos se aplica al capital producido. Este también puede contener activos como la I+D, que son intangibles.

<sup>43</sup> Los bienes de consumo duradero no se incluyen, en cambio, a pesar de su duración, en la categoría de capital o activos producidos de la contabilidad nacional, ya que no se emplean en la producción de otros productos, sino que son objeto de consumo.

bienes y servicios y como objetos que pueden ser valorados y medidos; y por tal razón los economistas siguen aplicándoles el término de capital.

Pero **otras disciplinas expanden el concepto de capital** aún más, sin limitarlo al puramente económico (recogido en la contabilidad nacional) o al capital humano y natural.<sup>44</sup> Entre esos intentos de extender el concepto de capital destaca la literatura referida al **capital social**, desarrollada tras los trabajos iniciales de Bourdieu (1986), Coleman (1988) y Putnam et al. (1993). “El capital social hace referencia al valor productivo de las conexiones sociales” (Scrivens y Smith, 2013: 9),<sup>45</sup> aunque hay analistas que amplían su ámbito a otros factores institucionales y políticos, e incluso a aspectos culturales y simbólicos. El capital social es básicamente de naturaleza intangible y no se puede comprar o enajenar, ya que es una propiedad más colectiva que individual y se caracteriza por su no rivalidad (ya que puede compartirse, sin que disminuya).

Hay incluso una corriente de pensamiento que, agrupando todos los tipos de activos o capitales ligados a una localización, propugna el concepto de **capital territorial**. Un análisis más detallado de las publicaciones ligadas a dicha escuela muestra, sin embargo, que, a diferencia de lo que podría sugerir su denominación, el objetivo que persigue esta escuela y los tipos de análisis que ha llevado a cabo difieren sustancialmente del enfoque de los capitales ligada al análisis del bienestar futuro, que se está analizando en este apartado. (Véase Anexo 3)

---

<sup>44</sup> A partir de la década de los sesenta se observa una difuminación de las barreras que hasta entonces habían existido entre las diferentes disciplinas integrantes de las ciencias sociales. Como ya se ha hecho referencia, la economía neoclásica comienza a expandir su aplicación a ámbitos distintos del mercado (por ejemplo, al ámbito de la educación, con la teoría del capital humano antes referida). A su vez, la sociología y las otras ciencias sociales toman prestados conceptos propios de la economía y sus análisis se aplican a fenómenos económicos. Un ejemplo destacado de ello lo constituye el intento de Bourdieu de construir una teoría general de las ciencias, que integrara la economía y la sociología, a partir de una nueva conceptualización del concepto de capital, cuyas formas básicas, además de la económica, comprenderían el capital social, el cultural y el simbólico. (Véanse Bourdieu, 1986; Smart, 1993; Swartz, 1997; Svendsen y Svendsen, 2003)

<sup>45</sup> De acuerdo con estos analistas de la OCDE, las conexiones sociales comprenderían cuatro grandes áreas: las relaciones personales, el apoyo de las redes sociales, el compromiso cívico y la confianza (*trust*) y las normas cooperativas.

Los economistas, en particular las aproximaciones a la medición de la riqueza inclusiva (*inclusive*) o completa (*comprehensive*), tienden a limitar su medición a los capitales producido, humano y natural, y **no incluyen al capital social** junto a estos, como una categoría equivalente.<sup>46</sup> La principal razón que aducen para ello es la dificultad de medición del capital social. Según Dasgupta (2021), mientras que los activos producidos, humanos y naturales son, efectivamente, **activos de capital** (*capital assets*), el capital social, así como otros factores tales como la biodiversidad, no serían activos de capital, sino que constituirían otra categoría de activo: los **activos facilitadores** (*enabling assets*). Estos activos facilitadores posibilitan que las sociedades funcionen mejor y, aunque no se pueden medir en sí, sí que se pueden medir sus efectos en el mejor funcionamiento de los tres capitales citados. Así, según Dasgupta (2008: 5), la *base productiva* de una economía o país estaría compuesta por sus activos de capital y por sus instituciones; y el *valor social* que tiene la base productiva de una economía o país es su riqueza inclusiva.<sup>47</sup>

En ocasiones, en lugar del término capital se emplean **otros dos términos: activos y recursos**.<sup>48</sup> De estos tres términos los últimos tienen un campo de aplicación más general, y el primero más restrictivo, de modo que cabe decir que todos los capitales son activos, y que todos los activos son recursos, pero

---

<sup>46</sup> Entre los economistas contrarios a la aplicación de la categoría de capital a esas conexiones sociales cabe destacar a Arrow (2000), Solow (2000) y Dasgupta (2014).

Como principales mediciones de la riqueza que no reconocen al capital social como un componente propio o singular de esta cabe citar a World Bank (2021), que estima la riqueza completa, y Managi y Kumar (2018), que estiman la riqueza inclusiva. Las citadas iniciativas añaden los calificativos de inclusiva y completa, al sustantivo riqueza, para expresar que su estimación de la riqueza no se limita a la correspondiente al capital producido (que es la que figura en el sistema de cuentas nacionales), sino que incluye también la del capital humano y la del capital natural; y, asimismo, porque la estimación de tal riqueza no descansa necesariamente en precios de mercado, sino en su valor social o precios sombra (*shadow prices*) (Dasgupta, 2021: 326).

<sup>47</sup> En lugar de la distinción entre activos de capital y activos facilitadores, hay analistas (como Knowles, 2005) que distinguen entre factores o determinantes próximos (*proximate*) y profundos (*deep*), refiriéndose con estos últimos a los factores sociales e institucionales.

<sup>48</sup> Entre las teorías de la estratificación social se encuentra, por ejemplo, la de los CAR (por *Capitals, Assets and Resources*) (véase, por ejemplo, Savage et al., 2005).

Por otra parte, como señalan White y Elson (2007), habría que diferenciar entre los recursos y los bienes y servicios en que aquellos pueden materializarse: los primeros son “medios para un fin”, de manera que los segundos se transforman en recursos cuando se ven como medios para alcanzar un fin.

que no todos los activos son capitales, ni todos los recursos son activos (Savage, 2015; Savage et al., 2005; Dijk et al., 2011; White y Elson, 2007). Cuando menos en la literatura económica, en general se considera que los recursos no son necesariamente propiedad de alguien y no siempre pueden ser monetizados, mientras que sí suelen serlo los activos y los capitales. A su vez, los capitales comportan una idea de acumulación continua e inversión en busca de beneficio, que no siempre se da en los activos, que pueden poseerse con el mero fin de mantenimiento de la riqueza.<sup>49</sup> Por último, siguiendo a Marx, hay bastantes autores que ligan el término capital al sistema capitalista, de modo que los bienes de producción existentes en anteriores modos de producción cabría calificarlos como activos, pero no como capital (Hagemann, 2018; Hennings, 2018; Hodgson, 2014).<sup>50</sup>

Para superar bastantes de las constricciones que implicaba el concepto de capital que originalmente manejaba la economía y disponer de una definición de capital aplicable al ámbito del medioambiente y al desarrollo sostenible, Costanza y Daly (1992) ofrecieron la siguiente **definición funcional de capital**: “stock que genera un flujo de bienes y servicios en el futuro” (p. 38). Unecce (2014: 5) reformuló esa definición, para su aplicación en el enfoque de los capitales, del siguiente modo: “stock de recursos de los que una renta o rendimiento puede ser extraído”.

---

<sup>49</sup> El dinero (que es un activo), para convertirse en capital, debe invertirse con fines de generar un beneficio y aumentar de valor.

<sup>50</sup> Así, en lugar de capital, en la mayoría de los casos podrían utilizarse como alternativas los términos de activos, recursos y capacidades (Hodgson, 2014; Robison et al., 2002). Cabe señalar, al respecto, que son bastantes los analistas (por ejemplo, Smart, 1993) que advierten que generalmente los conceptos de las ciencias sociales generalmente llevan consigo cargas o connotaciones ideológicas y que, en consecuencia, la aplicación del término capital a ámbitos como las interacciones sociales y el medioambiente comporta el riesgo de aplicar a los mismos la ideología mercantil implícita en el concepto de capital. Esto es, de considerar que para su mejor gestión deben tratar de aplicárseles siempre precios o generar mercados para ellos. Aun aceptando que los citados reparos puedan tener cierto fundamento, son varios los analistas que señalan que las recomendaciones para evitar el uso del término capital en tales ámbitos (y, en particular, el uso del término “capital social”) llegan tarde (Robison et al, 2002; Tóth, 2020). Al igual que pasó con el debate que trató de plantear Krugman sobre lo inapropiado que resultaba la aplicación del término de competitividad al plano nacional para el que no había sido creado, la realidad es que el grado de implantación de términos como el capital social es hoy tan grande, que resultan estériles los esfuerzos para intentar corregir esa situación.

## 7.2. Tipos de capitales

Al igual que sucedía con los pilares, también en el marco o enfoque de los capitales la literatura ofrece versiones que diferencian un **número de capitales** mayor o menor, según el énfasis o interés que guía el análisis.<sup>51</sup> Aunque para buena parte de los economistas, solo habría tres tipos de capitales (o activos de capital), siguiendo a la propuesta que a primeros de los noventa formuló Ekins (1992), la tipología de capitales con mayor implantación internacional es la que distingue cuatro grandes capitales: económico (también denominado producido, manufacturado o físico), humano, natural y social.<sup>52</sup>

En la literatura académica y política el número de capitales que aparecen mencionados es mucho mayor, lo que ha conducido a diversos autores a hablar de la “plétora de capitales”.<sup>53</sup>

- En algunos casos, eso se debe a que, para enfatizar o dar más relevancia a algún componente, que de otro modo aparecía incluido en alguna de esas categorías, algunos analistas o iniciativas han hecho referencia a lo que, en otro caso, serían subcategorías de uno de los cuatro grandes tipos de capital. Así, por ejemplo, dentro de la categoría del capital económico estaría comprendido el financiero (Unece 2009;

---

<sup>51</sup> Algunos autores señalan explícitamente que hay una correspondencia plena entre el marco de los pilares y el de los capitales. Así, por ejemplo, Hardi et al. (1997: 67) sostienen que “los modelos de los tres componentes o temas no difieren sustancialmente de los modelos de múltiples capitales”. En el mismo sentido Spangenberg (2001) o Berger-Schmitt y Noll (2000) ligan los pilares con los capitales, con frecuencia subsumiendo en el pilar social los capital humano y social.

<sup>52</sup> Véanse, por ejemplo, entre las iniciativas internacionales que asumen esa división en cuatro grandes tipos de capitales el Sistema de Cuentas Ambientales y Económicas (SEEA, por sus siglas inglesas) elaborado por United Nations et al. (2003); el Informe SST; y el marco de análisis del bienestar de la OECD (2011).

Añadamos que, en realidad, el capital económico, con el que generalmente se hace referencia al recogido en el Sistema de Cuentas Nacionales, comprendería al capital físico producido, al capital intelectual o de I+D producido y al capital financiero (Véanse European Commission et al., 2009; Unece, 2014)

Scrivens y Smith (2013) agrupan los capitales humano, social e institucional (a los que se podría agregar, en su caso, el de conocimiento) bajo la denominación de capital intangible.

<sup>53</sup> Por ejemplo, Hodgson (2014) menciona más de una veintena de tipos de capitales. Svendsen y Svendsen (2003) hacen también referencia a otra veintena de capitales (seis de ellos económicos, y el resto no económicos), no totalmente coincidentes con los de Hodgson. A todos ellos, Tóth (2015 y 2020) viene a sumar incluso otros más.

Dijk, 2011; UN-ESCAP, 2015; World Bank, 2021; Emery y Flora, 2006; Zenghelis et al., 2020) e incluso el tecnológico (McGrath et al., 2020); dentro del capital social estarían comprendidos, además del capital social en sentido estricto propuesto por Bourdieu, Coleman y Putnam, el capital cultural (Bourdieu, 1986; Gough et al., 2007; Dijk, 2011; White y Elson, 2007; Throsby, 1997 y 1999), institucional o político (Spangenberg, 2001; Knowles, 2007; Emery y Flora, 2006; United Nations, 2007)...<sup>54</sup>

- En el caso del marco de los capitales de Bourdieu la multiplicidad de capitales deriva de que, aunque habría cuatro formas básicas de capital aplicables a la realidad social (a saber, los capitales económico, social, cultural y simbólico), posteriormente tales capitales se combinarían de modo particular y presentarían formas específicas en cada campo (*field*) de aplicación (por ejemplo, en el campo político) (Bourdieu, 1986, Wacquant & Bourdieu, 1992; Swartz, 1997). Así las cosas, siendo ilimitado el número posible de campos de aplicación, sería también ilimitado el número de capitales específicos a que podría hacerse referencia.

Ciertamente, al limitarse a una **clasificación en cuatro grandes capitales**, los analistas se ven obligados a incluir en ellos factores de naturaleza un tanto distinta y que las literaturas han desarrollado independientemente y con frecuencia ignorándose mutuamente.<sup>55</sup> Pero por razones de simplicidad y, especialmente, por la dificultad de medición y obtención de indicadores que

---

<sup>54</sup> En algunos casos, el distinguir una nueva categoría de capital, para así dar más relevancia a un factor determinado dentro del marco, puede requerir, no solo separar algún elemento de alguna de las cuatro categorías básicas de capital, sino también separar elementos de varias de esas categorías de capital a la vez; y, a continuación, integrarlas en una categoría nueva. Así, por ejemplo, el deseo de destacar la importancia del conocimiento para la competitividad y el bienestar (reconociendo al conocimiento como factor productivo propio) puede conducir a separar el gasto referido a I+D y a infraestructuras científico-tecnológicas del concepto de capital económico; y a separar el gasto educativo y de formación, del capital humano; y a integrarlos después dentro de la categoría de capital de conocimiento.

<sup>55</sup> Véanse, por ejemplo, sobre la diferencia radical que existe entre capital social y cultural Gough et al. (2007), Bourdieu (1986) y Michalos (2011); o sobre la distinción entre capital social e institucional, Spangenberg (2001 y 2007) y Knowles (2007).

presentan algunos de esos factores, la clasificación en cuatro capitales es claramente mayoritaria. El contenido particular que cabría incluir en cada uno de esos cuatro grandes tipos de capital se tratará en el otro informe sobre el análisis del bienestar, en el centrado en las dimensiones e indicadores de bienestar, de próxima publicación.

Sea como sea, más que como propuestas cerradas y de carácter absoluto, las clasificaciones por **tipos de capitales deben adoptarse en función de las circunstancias** y necesidades.

- Por un lado, como se ha mostrado en los párrafos anteriores, los tipos de capitales que contengan deberían responder a criterios de comunicación (lo que exige no emplear un número elevado de tipos de capital), de grado de avance de la literatura y de disponibilidad de datos (lo que afecta más gravemente a los factores incluidos bajo el capital social) o de énfasis o cuestión en la que se está particularmente interesado (por ejemplo, los interesados en análisis de la competitividad, pueden querer desagregar más los tipos de activos de carácter económico).
- Por otro lado, porque hay factores que pueden ser clasificados en uno u otro tipo de capital dependiendo del contexto y de su uso,<sup>56</sup> y, más radicalmente, porque, como señalan White y Ellison (2007), “las convencionales categorías de recursos no representan tipos mutuamente excluyentes, sino dimensiones que se co-constituyen (...) El reto está en superar la visión de un área de la vida como separada de las otras” (pp. 167-168).

---

<sup>56</sup> Por ejemplo, según Bourdieu, (1986) o White y Ellison (2007) la educación puede contemplarse tanto como parte del capital humano, en la medida que desarrolla las competencias que las personas precisan para incorporarse al mercado de trabajo, como parte del capital cultural (o social, si aquel se incluye en este), en la medida en que inculca gustos y valores a las personas. En el mismo sentido Meadows (1998) escribe: “El trazado de la línea divisoria entre «humano» y «social» es dependiente de la cosmovisión. Lo que en algunas culturas se ve como capital humano (porque radica en las mentes y cuerpos de los individuos) es vista en otros como capital social, porque el individuo solo posee identidad y sentido por el grupo” (p. 57).



### 7.3. *Críticas y limitaciones al concepto y al enfoque de los capitales*

Desde ciertos enfoques se realiza una crítica radical al uso del concepto de capital, ya que consideran que con ese concepto se reifica o toma como una cosa lo que en realidad es una determinada **relación social y de poder** en un contexto social e institucional determinado: la sociedad capitalista (Gough et al, 2007; Savage et al., 2005; Dijk et al., 2011).<sup>57</sup> Es más, incluso algunos de tales planteamientos llegan a identificar capital con poder (por ejemplo, Nitzan & Bichler, 2009). Si bien resulta aceptable la crítica de considerar al capital como un concepto ahistórico, en el que las relaciones de poder están ausentes, no es correcto considerar equivalentes el capital y el poder,<sup>58</sup> y en la actualidad, como antes se ha señalado, resultaría un tanto vano tratar de sustituir el término capital por términos un tanto universales, como recursos o activos, a los que no se pudiera criticar por su ahistoricismo.

Pero más allá de esa crítica radical al uso del término capital y del progresivo abandono de ciertos rasgos (tangibilidad, alienabilidad...) que inicialmente se asociaban al concepto de capital, la extensión del término a otros ámbitos, como el del medioambiente o las relaciones sociales, ha obligado a **modificar otros rasgos o supuestos asociados al concepto de capital**.

- En los nuevos ámbitos no existen siempre mercados o mecanismos que permitan asignar un precio o valor a algunos factores que cumplen esa función de capital, o estimar precios sombra para ellos. De modo que, en contra de lo que propugna o reclama la economía convencional, no todos los factores que generan bienestar o inciden en el desarrollo sostenible pueden convertirse o transformarse en dinero o en unidades homogéneas. Por tal razón, junto a capitales que se expresan en

---

<sup>57</sup> De hecho, gran parte de la sociología que trata de la estratificación social (véase Graaf, 2007) y de la literatura del bienestar ligada a la pobreza o el desarrollo (Gough et al, 2007) emplea el término de recursos, en lugar del de capital, por tal razón.

<sup>58</sup> Como señala Hodgson (2014), el concepto de poder es aplicable a todas las sociedades, mientras que el de capital es propio de la sociedad capitalista. Por otro lado, como señala Smart (1993), aunque el capital implica poder, este descansa, en el caso del capital, más en la capacidad de inducir a otros a actuar de una determinada manera basándose en la disposición de ciertos recursos, que en la pura autoridad de mando sobre las acciones de otras personas.

unidades monetarias, hay un creciente reconocimiento de que algunos factores deben **expresarse en términos físicos** o de otro tipo (véanse Unece, 2009; Informe SSF).<sup>59</sup>

- Ligado a lo anterior, mientras que en la teoría económica convencional los capitales son sustituibles unos por otros, en los nuevos ámbitos hay factores no sustituibles (véase, algo más adelante, el debate sobre sostenibilidad débil y fuerte). Es creciente el número de analistas que consideran los diferentes capitales –y, más en general, las dimensiones del bienestar– de **naturaleza complementaria, más que sustitutoria**.<sup>60</sup>
- Mientras que en la teoría económica convencional los capitales son siempre medios para la obtención de un fin, en los nuevos ámbitos algunos capitales (por ejemplo, la salud) son **simultáneamente fines y medios** (Gough et al., 2007), resultado y causa (Nootboom, 2007), y pueden tener a la vez valor instrumental e intrínseco (Daly, 2020).<sup>61</sup> Sea como sea, a nivel general cabe seguir considerando que el mantenimiento o aumento de la base productiva de una economía es un medio o condición para la consecución del fin último que supone el bienestar social y la equidad intergeneracional; y que, aunque hay una correspondencia entre el primero y el segundo (de modo que componen las dos caras de la misma moneda), el punto de partida siempre debe ser el de los fines.

---

<sup>59</sup> Como señala Daly (2020), el no ligar necesariamente el concepto de capital a su posible expresión monetaria no es algo nuevo. De hecho, el término capital deriva del latín “capita” (cabeza), y hacía referencia a las cabezas de ganado que tenía una persona. Es decir, inicialmente el capital no tenía una connotación monetaria.

<sup>60</sup> Como recuerda la OECD (2014: 37), “las complementariedades pueden ser definidas cuando ‘el tener más de un factor incrementa el retorno marginal de tener más del otro’”. Siendo eso así, si los capitales son complementarios, a igualdad de condiciones, es preferible una distribución más equilibrada de sus niveles.

Zenghelis et al. (2020: 13) señalan, como ejemplo, que el deterioro de la calidad del aire y del agua (capital natural), socava la salud y la productividad del trabajo (capital humano) y acontecimientos meteorológicos extremos dañan el capital físico producido. Y todo ello genera tensiones que minan el capital social.

Como confirmación empírica de tal cuestión, la OECD (2014) hace referencia a un estudio que muestra que los países que tienen una distribución del bienestar más equilibrada entre las diferentes dimensiones muestran un grado mayor de satisfacción con la vida en general.

<sup>61</sup> Recuérdese el triángulo de Daly, antes expuesto, según el cual el papel de medio o fin difiere de acuerdo con el tipo de capital.

- La consideración de **qué es inversión y qué es consumo** (y, por lo tanto, la valoración de si un gasto determinado aumenta el capital o no) es diferente desde la óptica de la teoría económica convencional (y el capital económico) o desde la óptica de la sostenibilidad (y otras dimensiones de capital). Así, por ejemplo, gastos como la nutrición o los cuidados sanitarios, que desde la óptica de la contabilidad nacional se consideran como puro consumo, desde una óptica de contabilización de la riqueza inclusiva o completa deberían ser considerados como inversión, ya que aumentan el capital humano y, con este, el bienestar social y la sostenibilidad (Dasgupta, 2008; De Smedt et al., 2018).
- El modo de **uso y desgaste del capital** también difieren del que inicialmente consideraba la economía convencional. Como señala Daly (2020), el capital humano y físico entran en su totalidad, como stock, en el proceso productivo y prácticamente su materialidad se mantiene; mientras que el capital natural entra más como flujo. Por otra parte, como señalan Costanza y Daly (1992), el valor del capital económico (y, de igual manera, el capital humano y el natural renovable) está sujeto a depreciación entrópica, mientras que el valor del capital natural no renovable decae a una tasa tan reducida relativamente, que puede ser ignorada.<sup>62</sup> Por su parte, el capital social también requiere inversión y mantenimiento, para que no se deteriore; pero a diferencia de los otros, no se desgasta con el uso, sino que incrementa su valor (Noteboom, 2007).
- El **valor social de un activo determinado varía de un contexto a otro**, de modo que lo que en ciertas sociedades se puede considerar un

---

<sup>62</sup> En realidad, en el análisis de la naturaleza del capital y de sus efectos, habría que descender a las distintas categorías de capital incluidas en los cuatro grandes tipos de capital. Así, por ejemplo, según Costanza et al. (2007), dentro del capital humano hay un componente más ligado al trabajo puro, que se desgasta con el uso, siguiendo la segunda ley de termodinámica, y otro componente más ligado al conocimiento, que mejora con su uso (a semejanza de lo que ocurre con el capital social); igualmente, en el capital natural, hay componentes que no se deterioran, sino que mejoran con el uso y se reparan solos, por la captura de energía solar.

capital en otras podría no serlo, o podría serlo con un valor claramente distinto (White y Elson, 2007).<sup>63</sup>

Cabe hacer referencia, por último, a otra serie de **limitaciones del enfoque de los capitales** para la medición del del bienestar futuro.

En primer lugar, la nueva aproximación a la medición de la riqueza no se limita a ampliar los tipos de capitales que deben ser tomados en consideración, sino que las propias **vías por las que cada capital contribuye al bienestar** se multiplican y no siempre resultan fáciles de identificar. Así, por ejemplo, el capital humano no solo produce elevados retornos económicos tanto en el plano individual y nacional (como muestra la literatura económica del capital humano, o los modelos ampliados de crecimiento económico), sino que también, como bien resumen De Smedt et al. (2018), inciden positivamente en la salud, redes y conexiones, una ciudadanía más activa, mayor felicidad...<sup>64</sup>

En segundo lugar, como reconoce Unece (2009), algunos factores (por ejemplo, ciertos ecosistemas naturales) pueden tener **valor intrínseco**, independientemente de la contribución que efectúen al bienestar humano, presente y futuro, y tal valor no es considerado en el enfoque de los capitales.

En tercer lugar, la aproximación de los capitales no contempla la integración de la **equidad intra-generacional dentro y entre países** (United Nations, 2007; De Smedt, 2018).

En cuarto lugar, el reto medioambiental tiene una **dimensión global**, que solo de modo imperfecto se puede recoger en indicadores de stock y flujos de

---

<sup>63</sup> El valor de un activo (por ejemplo, de un piano) puede variar según sean las características personales del poseedor del activo (según sepa tocarlo, o no), según sea el grado de equidad en la distribución del bienestar, según el grado de seguridad existente en el lugar... Tales factores, en principio afectarían a los precios sombra que deben aplicarse a los activos (Véase Dasgupta, 2021: 326-327).

<sup>64</sup> Como se reconoce en el propio Índice de capital humano, que publica el World Bank (2020: 11), la salud y la educación tienen un valor intrínseco difícil de cuantificar, y por eso el indicador se limita a medir la contribución de la salud y educación actual a la productividad de los futuros trabajadores. Por su parte, las mediciones del capital humano que realiza la OCDE parten también de una concepción restringida de dicho capital, que no incluye por ejemplo la salud, como reconocen Botev et al. (2019)

riqueza, que están referidos a países (o a ámbitos territoriales inferiores). En temas de medioambiente, el responsable último del impacto medioambiental es el consumidor (que, con frecuencia está en un país desarrollado) y no el productor (que puede estarlo en un país menos desarrollado). En la medida que el deterioro del capital natural se imputa generalmente en el balance del productor, y no del consumidor, la contabilización de activos y pasivos naturales por países puede llevar a valoraciones sesgadas.

En quinto lugar, si en lugar de fijar la atención en la incidencia de cada capital en las diferentes dimensiones del bienestar, la atención se centra en **qué debe incluirse en cada tipo de capital**, nuevamente las limitaciones afloran. La literatura sobre algunos tipos de capital es bastante reciente, y en algunos casos todavía no hay consensos claros sobre qué debe incluirse en cada uno de ellos. Aun en el caso de dar por válido que con definiciones muy omnicomprendivas se determinen teóricamente sus componentes, cuando se llevan tales definiciones teóricas a la práctica los analistas han de proceder a aproximaciones mucho más restrictivas, por la falta de información disponible para gran parte de los componentes ligados a dicho capital. Así, por ejemplo, aunque existen definiciones teóricas muy omnicomprendivas del capital humano –como la que ofrece la OECD (2001), que incluye habilidades y competencias (tanto adquiridas por aprendizajes y experiencias como innatas), como motivaciones y comportamientos, así como la salud física, emocional y mental de los individuos–, en la práctica las mediciones se deben limitar a una serie de aspectos mucho más reducidos (con frecuencia, restringidos a la educación formal).

En séptimo lugar, hay autores que propugnan complementar la valoración de la sostenibilidad o bienestar futuro derivada del enfoque de los capitales (muy basada en estimaciones del nivel y variación del stock de cada tipo de capital) con **análisis de los riesgos, vulnerabilidad y resiliencia** que tienen los sistemas (véase De Smedt et al., 2018; McGrath et al., 2020). De hecho, el marco de análisis del bienestar futuro desarrollado por la OCDE incluye, además de indicadores de stocks y flujos, indicadores de factores de riesgo y de resiliencia (véase OECD, 2020a).

De todas maneras, como señala Dasgupta (2021), “el que la **medición sea forzosamente incompleta**, no es razón para no medir” (p. 324). O refiriéndose a los presentes resultados de las mediciones de la riqueza inclusive o completa: “uno sabe que ellos han obtenido un resultado incorrecto; pero uno sabe que ellos están en el territorio correcto” (p. 350).

#### 7.4. *Sostenibilidad débil y fuerte: significado y razonamientos*

La teoría económica convencional parte de **tres grandes supuestos** en su concepción de la sostenibilidad:

- **Los tipos de capital son sustituibles** entre sí (por ejemplo, los fertilizantes obtenidos por medios industriales pueden compensar el deterioro y empobrecimiento de la fertilidad de la tierra por su elevada explotación); o dicho en términos técnicos, la elasticidad de sustitución de capital natural por el capital producido es igual o superior a uno;
- o, aunque no sustituible, **algunos tipos de capital son superabundantes**, y por eso no genera problemas su explotación intensiva;
- o el **progreso técnico** puede superar cualquier restricción de recursos.

Esos **tres supuestos han sido cuestionados** por buena parte de la literatura que trata del desarrollo sostenible, cuando menos en lo referente al capital natural. Ha surgido así un debate entre los partidarios de lo que se ha denominado una sostenibilidad débil (fundamentalmente, los economistas) y los partidarios de una sostenibilidad fuerte (sobre todo, los medioambientalistas y ecologistas).

De acuerdo con la **teoría económica** la sostenibilidad se alcanza cuando los flujos de ingresos per cápita se mantienen o crecen en el tiempo, para lo cual resulta necesario que el total de stock de capital (o, lo que es equivalente, el total de la inversión neta) no se reduzca. A esta se le denomina la concepción de la **sostenibilidad débil**.

Frente a ella hay toda una serie autores y corrientes (**medioambientalistas y ecologistas**), partidarios de una **sostenibilidad fuerte**, que consideran que, cuando menos diversas formas del capital natural no son sustituibles por otras

formas de capital. Así, hace ya más de tres décadas Daly (1990) escribía lo siguiente: “El capital y el trabajo son en buena medida sustituibles entre sí porque su función cualitativa en la producción es similar: ambos son agentes de transformación de los flujos de materias primas a productos terminados. Pero el rol cualitativo de los recursos y el capital (MN: naturales) son totalmente diferentes, como transformador y transformado; como stock y como flujo. Hay, sin embargo, considerable sustituibilidad entre diferentes recursos, piedra por madera o aluminio por cobre, porque su rol en la producción es cualitativamente similar<sup>65</sup> (...) El material transformado y los instrumentos de transformación son complementarios, no sustituibles (...) El capital natural como proveedor de materias primas y energía es complementario al capital producido. El capital natural como absorbedor de productos de desperdicio es también complementario del capital producido que genera esos residuos” (p. 3).

Por otro lado, una vez que la complementariedad de capital producido y del natural es aceptada, resulta evidente que el desarrollo se encuentra limitado por el **factor productivo más escaso** o difícil de proveer. Los ritmos de crecimiento del capital producido pueden ser mucho mayores que los del capital natural. La escala de la economía ha crecido con relación a la biosfera finita que la contiene. En el pasado, el capital producido era el limitante. En la era actual, es el capital natural el factor limitante de la producción. (Daly, 2020).

Esto es, hay bastantes analistas que consideran que no basta con asegurar que el stock total de capitales no disminuye (criterio de sostenibilidad débil), sino que tampoco el capital natural como tal debe disminuir (criterio de sostenibilidad fuerte) (Costanza y Daly, 1992).

A su vez, **dentro de los partidarios de una sostenibilidad fuerte**, algunos entienden que esa no reducción del capital natural se refiere al valor que dicho capital posee; mientras que otros sostienen que es el stock físico del capital

---

<sup>65</sup> Incluso, hay bastantes posibilidades de sustitución entre capitales naturales renovables y no renovables (Costanza y Daly, 1992).

natural el que debe mantenerse (o, dado que resulta imposible que la naturaleza no cambie, que sus funciones no se vean reducidas).

Las principales **razones aducidas en favor del mantenimiento del capital natural** son que:

- a) hay grandes incertidumbres e ignorancia sobre las negativas consecuencia de agotar el capital natural,
- b) las personas son muy contrarias a las pérdidas de capital natural,
- c) en bastantes casos la pérdida de capital natural es irreversible,
- d) algunas formas de capital natural proveen funciones básicas de soporte de la vida.<sup>66</sup>

A tales razones hay autores que añaden que por razones de justicia intergeneracional o de posicionamiento ético deontológico, deben evitarse daños a la naturaleza.

En consonancia con ello, desde esta perspectiva se han propuesto una serie de **reglas de gestión** para preservar los capitales naturales críticos: (i) usar los recursos renovables de manera que su stock no se deteriore; (ii) reducir el uso de recursos no renovables tanto como sea posible y efectuar inversiones en recursos renovables que funcionalmente compensen a las generaciones futuras por el uso presente de los recursos no renovables; (iii) maximizar la eficiencia del uso y el reciclaje de los recursos, (iv) utilizar el entorno como un sumidero (*sink*) para la contaminación solo hasta el grado en que su capacidad natural de absorción no se deteriore en el tiempo (Neumayer, 1999).

---

<sup>66</sup> Como señala Neumayer (2013: 102): “Hay dos aspectos –la función básica de soporte a la vida y la irreversibilidad de la destrucción– que distinguen algunas formas de capital natural de otras formas de capital (...y) el mundo real está afectado por la ausencia de información perfecta y de certeza, y caracterizado por el riesgo, la incertidumbre y la ignorancia”. Dado que la preservación del capital natural en términos de valor no excluye que ciertas formas de capital natural que proveen funciones básicas de soporte a la vida se vean amenazadas, parece más sensato el fijar objetivos específicos directamente para determinadas formas de capital natural, en lugar de confiar que la preservación del capital natural en términos de valor conseguirá tal preservación de modo indirecto.



Aunque muchos economistas eran partidarios de una concepción de sostenibilidad débil, los expertos y organismos internacionales se han ido inclinando de modo creciente hacia la concepción de sostenibilidad fuerte.<sup>67</sup> Pero, aunque por las razones señaladas parece sensato inclinarse por una concepción de sostenibilidad fuerte, el razonamiento anterior no esclarece suficientemente **qué formas de capital natural deberían ser preservadas y en qué grado.**<sup>68</sup> Así, las evidencias empíricas existentes parecen apuntar a que la sustituibilidad entre capitales operaría y la sostenibilidad débil podría ser suficiente respecto al papel que el capital natural cumple como proveedor de recursos que son *inputs* para la producción; pero que no operaría y sería preferible jugar con criterios de sostenibilidad fuerte en lo que se refiere a mantenimiento de la biodiversidad, preservación de recursos tales como el clima global o la capa de ozono que resultan básicos para la vida, acumulación de contaminantes tóxicos, restricción de ciertas actividades (sobrepesca, sobreexplotación agrícola, erosión del suelo y degradación de la tierra) y protección de reservas de agua potable. (Neumayer, 2012 y 2013).

En suma, la no reducción del total del capital (o sostenibilidad débil) es una condición necesaria para el mantenimiento del bienestar futuro, pero no es una condición suficiente. Por eso, en la práctica, resulta conveniente tomar en consideración la marcha del total del capital, para ver si se cumple esa condición necesaria (de modo que su disminución constituiría una fuerte señal de aviso); pero debería suplementarse tal seguimiento con la identificación y monitorización de activos naturales críticos en términos físicos. Esto es, **se necesitan indicadores suplementarios, más que alternativos, de las estimaciones sobre la evolución del stock del capital** (McGrath et al.,

---

<sup>67</sup> Según Neumayer (2012), aunque inicialmente el Banco Mundial era partidario de una sostenibilidad débil, desde finales de la primera década lo es de una fuerte (cuando menos, respecto al cambio climático); y el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, que inicialmente no se pronunció, desde finales del siglo pasado aparece en favor de una sostenibilidad fuerte.

<sup>68</sup> McGrath et al. (2020) señalan igualmente: “En una perspectiva de total sustitución, la sostenibilidad fuerte es una obviedad, pues una completa sustitución del capital natural por capital físico cesaría toda forma de vida. Los economistas teorizan en el margen (...) En un dominio de sustitución marginal, la cuestión es de naturaleza práctica, más que teórica” (p. 345).

2020).<sup>69</sup> Por supuesto, habida cuenta de las grandes incertidumbres e ignorancias existentes (por ejemplo, sobre la evolución tecnológica), los umbrales que se establezcan para esos activos naturales críticos, aunque informados por el conocimiento científico y técnico existente, son en esencia de carácter moral, estético y político (Costanza et al., 1997; Neumayer, 2013).

#### 7.5. *Sostenibilidad débil y fuerte: medición e indicadores*

Los indicadores que se manejan para medir la sostenibilidad pueden ser tanto de stock como de flujos, y pueden estar expresados tanto en términos monetarios como en términos físicos.

##### *Mediciones desde una perspectiva de sostenibilidad débil*

La corriente que ha prevalecido entre los economistas ha sido la de tratar de medir la sostenibilidad en términos monetarios, bien con indicadores de stock (como los intentos de medición de la **riqueza inclusiva o completa**) o de flujos (como las mediciones de **inversión genuina y ahorros netos ajustados**).

A pesar de que, por ser indicadores de sostenibilidad débil, las estimaciones de la riqueza y de la inversión neta (o los ahorros netos ajustados) no garantizan la sostenibilidad del sistema y de lo imperfecto que todavía resultan tales estimaciones,<sup>70</sup> los datos por ellas aportados han alumbrado interesantes **conclusiones** (Spangenberg, 2001).<sup>71</sup>

---

<sup>69</sup> Como señalan McGrath et al. (2020: 345) y Dasgupta (2021: 330), en la medida que los precios sombra son en sí función de los stocks de capital existentes y reflejan el grado de sustituibilidad entre capitales, si sus estimaciones fueran correctas, tales precios sombras no harían posible la sustitución entre capitales naturales críticos y otras formas de capital. El problema es que la estimación de tales precios sombra es muy difícil en la práctica y, por eso, resulta más sensato suplementar los indicadores de sostenibilidad débil con indicadores de los activos naturales críticos en términos físicos.

<sup>70</sup> Dasgupta (2021), claramente partidario de las iniciativas tendentes a la medición de la riqueza y participante de la que impulsa UNEP, reconoce con sinceridad que tales mediciones “no dan guías sobre qué es posible en el mundo actual (...que) la huella ecológica de la humanidad excede por mucho la capacidad de la biosfera de hacerle frente de modo sostenible (...y que) hay evidencia de que hemos dejado atrás las zonas de seguridad en dos de los nueve límites planetarios (...) y estamos peligrosamente cerca de dejar la zona de seguridad en otros dos límites” (p. 338).

<sup>71</sup> A ello habría que sumar que, basados en metodologías no coincidentes, ambas iniciativas llegan a resultados bastantes dispares en la estimación del peso relativo de los distintos tipos

- En lo que respecta a la **evolución**, según el último informe publicado por la UNEP relativo al período 1990-2014, el stock de capital producido per cápita prácticamente se duplicó, el stock de capital humano per cápita creció en torno a un 30%, pero el stock del capital natural per cápita se redujo cerca de un 40%.<sup>72</sup> Como consecuencia de ello y de algunos ajustes que deben introducirse en las estimaciones, se constata que en el período citado la riqueza total solo ha crecido algo más que la mitad que el PIB; y que en el 40% de los países analizados la riqueza inclusiva per cápita declinó en el período.
- En lo que respecta al **nivel o pesos relativos**, tanto según el informe publicado por el Banco Mundial como en el de la UNEP, es el capital humano la modalidad que tiene un mayor peso relativo en el total de la riqueza (un 60% según el informe del UNEP, un 64% según el del Banco Mundial). El peso relativo del capital natural (muy infraestimado en ambos informes) supone el 20% según el informe del UNEP y el 9% según el del Banco Mundial, aunque según este último, en los países de baja renta tal capital asciende hasta el 47%). (Véanse Managi y Kumar, 2018; United Nations, 2020; World Bank, 2021).

Debe tomarse en cuenta, por otro lado, que, si ya las carencias de datos para efectuar estas estimaciones son notables en el plano nacional, todavía lo son más cuando se desciende al nivel regional, de modo que **no hay disponibles estimaciones regionales** de riqueza inclusiva o completa y serían muy grandes las dificultades para obtenerlas, incluso en regiones, como el País Vasco, que disponen de institutos de estadística propios de prestigio.

---

de capitales, y en particular, del peso y evolución mostrada por el capital natural. (Véase Engelbrecht, 2016)

<sup>72</sup> Como antes se ha indicado, las aproximaciones a la medición de la riqueza inclusiva y completa que se llevan a cabo desde el UNEP y el Banco Mundial no contabilizan el capital social como tal. Los estudios que tratan de medir la evolución del capital social suelen basarse en una serie de indicadores no monetarios, tales como la confianza en el gobierno y en los otros. De las iniciativas que tratan de cuantificar el capital social (por ejemplo, *How's Life* de la OCDE o *Wealth Economy Project* de Zenghelis et al., 2020) se desprende que el capital social es muy relevante, pero que no ha progresado en la última década. (Véase en Bizikova et al., 2021 una revisión de las iniciativas que han tratado de medir la riqueza).

### *Mediciones desde una perspectiva de sostenibilidad fuerte*

Para una aproximación a una medición del bienestar futuro realizada desde una perspectiva de sostenibilidad fuerte:

- un primer paso o señal de aviso. sobre posibles consumos en exceso, lo constituiría el verificar que en las **valoraciones monetarias del stock** de cada uno de los tipos de capital no hay reducciones (o lo que es equivalente, que las inversiones netas en cada uno de los tipos de capital no quedan por debajo de cero de modo persistente);
- más allá de la anterior, el Informe SST, siguiendo la previa propuesta de Unece (2009), propone recurrir a un **conjunto bien escogido de indicadores físicos**, que deberían prestar especial atención a aquellos factores (especialmente, medioambientales y socio-institucionales) que no pueden ser bien expresados en términos monetarios.

La **huella ecológica** (*ecological footprint*) es uno de los posibles indicadores de sostenibilidad fuerte que, a pesar de sus limitaciones,<sup>73</sup> aparece citado frecuentemente por la literatura y que debería ser incluido en ese conjunto de indicadores físicos. Más recientemente, también se ha desarrollado el **marco de los límites planetarios**, que puede ser usado complementariamente con el de la huella ecológica (Fang et al, 2015; O'Neil et al., 2018). De ambos se deriva que ya ha quedado atrás la zona de seguridad en más de un ámbito. Ante ello, como indica Noll (2021) no parece que sea bastante con una revolución en la eficiencia (una economía más verde y circular), sino que

---

<sup>73</sup> La huella ecológica, que trata de medir cuanta de la capacidad regenerativa de la biosfera es agotada por la actividad humana, está más basada en el consumo, que en la producción, correspondiente a un territorio. En tal medida mide la contribución que el territorio efectúa a la sostenibilidad global, más que el grado en que un territorio es afectado por los patrones de sostenibilidad global. De todos modos, este indicador se critica porque asume que la sustituibilidad es posible entre los diferentes tipos de capital natural, por no abarcar todos los aspectos de la sostenibilidad medioambiental (tales como la calidad del aire y del agua, la biodiversidad...), por el sesgo anti-comercio que implícitamente el indicador comporta, al plantear que todos los países se ajusten a la biocapacidad de su propio territorio, lo que perjudica fundamentalmente a los pequeños territorios densamente poblados y por estar las estimaciones basadas en el estado actual de la tecnología sin tomar en consideración apropiadamente el progreso técnico (véanse Stiglitz et al, 2019; Neumayer, 2012).

también será preciso una revolución en la suficiencia (afectando a los patrones y niveles de producción y consumo).

Los analistas subrayan, asimismo, la gran heterogeneidad que existe en las realidades medioambientales dentro de los países de unas **regiones y localidades** a otras y la necesidad de contemplar el plano subnacional tanto en los análisis como en las políticas medioambientales (Hughes et al., 2013; Fang et al., 2015). Pero hasta Ivanova et al. (2018) no se ha dispuesto de estudios que cuantificaran para las regiones de la UE huellas de carbono ligadas al consumo de los hogares, y todavía sigue careciéndose de estimaciones del grado en que las regiones transgreden los límites planetarios.

En general, las principales propuestas internacionales realizadas al respecto (Unece, Informe SST, OECD...) son **contrarias a agrupar, en índices compuestos**, toda esta serie de indicadores físicos, tanto por la arbitrariedad de los mecanismos de ponderación que a cada indicador o componente se atribuye como porque eso implica una perspectiva de sostenibilidad débil.<sup>74</sup>

En todo caso, de la misma manera que desde la perspectiva de la sostenibilidad fuerte se critican las mediciones de la riqueza o la inversión neta total por su parcialidad y por olvidarse de la sostenibilidad particular de algunos capitales o activos críticos, algunos analistas critican la propuesta de conjuntos de indicadores no acompañadas por estimaciones de cómo evolucionan la riqueza o la inversión neta total, ya que **no ofrecen una valoración conjunta** de cómo se está en materia de sostenibilidad<sup>75</sup>.

---

<sup>74</sup> Un ejemplo de tales índices compuesto, circunscrito al ámbito medioambiental, es el *Environmental Performance Index* (EPI) (véase Wendling et al., 2020), que viene publicando la Universidad de Yale desde 2006.

<sup>75</sup> Dasgupta (2018: ix) escribe lo siguiente lo siguiente sobre los Objetivos de Desarrollo Sostenible, pero con una argumentación que resulta igualmente aplicable a los conjuntos de indicadores de naturaleza física: "Cada uno es de importancia capital. Sin embargo (...) sin estimaciones de riqueza (...) los gobiernos no disponen de medios de verificación de que las medidas económicas que toman en respuesta a los acuerdos internacionales no ponen en peligro la sostenibilidad de esos objetivos (...) Es posible que los objetivos se alcancen en el período de tiempo estipulado, pero que no sean sostenibles, porque erosionan las capacidades productivas sin remedio".

## 8. CONCLUSIONES

Una de las conclusiones más unánimemente compartidas por la literatura del bienestar revisada en este documento es que este no puede ser entendido como mero bienestar material medio de la población, posibilitado por un elevado nivel de renta o PIB per cápita. El ingreso per cápita constituye un medio para alcanzar el bienestar, pero no constituye el fin o el bienestar en sí. El análisis del bienestar debe ocuparse ante todo de esos fines. Y, en lo referente a los medios, debe abarcar todo el conjunto de factores determinantes del bienestar, sin limitarse a los materiales o medibles en términos monetarios. Además, no basta con atender al bienestar medio de la población, porque el bienestar (y la renta en la que en parte este se apoya) pueden estar muy desigualmente distribuido, de modo que de tal bienestar se beneficie realmente un porcentaje bajo de personas. Por otra parte, el bienestar no puede medirse únicamente por lo que pasa aquí y ahora. Es necesario tener en cuenta, tanto por razones éticas como de pura racionalidad económicas, además del bienestar de nuestra población actual, el bienestar de las futuras generaciones, el bienestar de otras poblaciones humanas que habitan también el planeta, así como el bienestar de los otros seres vivos y del mismo planeta.

Siendo el bienestar el objetivo último de todas las ciencias sociales y de las políticas públicas, no es de extrañar que todas ellas, desde su singularidad, hayan realizado importantes contribuciones a la correcta comprensión del bienestar. Son sumamente clarificadoras las contribuciones de la filosofía a la comprensión de la felicidad y de qué debe entenderse por vida satisfactoria. La antropología resulta clave para entender la dialéctica entre lo universal y lo particular. La psicología permite profundizar en los aspectos subjetivos del

---

En la misma línea Costanza et al. 2016: 355) escriben: “Algunos argumentarán que una aproximación basada en un cuadro de indicadores es suficiente y la única opción factible. Nosotros discrepamos y sostenemos que los cuadros de indicadores y los indicadores agregados no son mutuamente excluyentes, y que de hecho ambos son esenciales. Por ejemplo, disponer en el coche de un cuadro de mando bien dotado de instrumentos es esencial, pero también lo es saber a dónde vas y si estás avanzando hacia tu destino. Primero tú debes decidir dónde están yendo –un objetivo general–, para poder medir el progreso hacia el mismo”.

bienestar; y la sociología, en sus condicionamientos sociales. Las diferentes ramas que, un tanto aparte de la economía neoclásica convencional, se han ido desarrollando dentro de la economía (a saber, la economía medioambiental, el enfoque de las capacidades y funcionamientos, la economía del desarrollo, la economía de la felicidad...) resultan clave igualmente para comprender las bases de dicho bienestar. En definitiva, el análisis del bienestar requiere una aproximación multidisciplinar.

Pero ese avance académico en el estudio del bienestar resultará un tanto estéril si luego no se refleja en políticas públicas que incorporen sus enseñanzas, e incluso será un tanto lánguido si el mundo académico no percibe la existencia de decididas políticas públicas que le planteen retos y demanden respuestas. Como en el documento se pone de manifiesto, iniciativas institucionales, como el llamado Informe Brundtland o los Objetivos del Desarrollo Sostenible han provocado una explosión de múltiples análisis y estudios en torno al bienestar y el desarrollo sostenible, posibilitando así su mejor conocimiento y medición.

Esa doble dialéctica, académica y política, se aprecia claramente en los marcos analíticos que una cabal comprensión del bienestar precisa: unos surgen más como aproximaciones conceptuales basadas en la teoría; otros surgen más en respuesta a las demandas de las políticas. Sea como sea, lo que se observa es que tales marcos se organizan en varios niveles, para así ordenar, a modo de diagramas de árbol, la multitud de factores que están relacionados con el bienestar, y facilitar su inteligibilidad por las personas. A la tradicional división en tres niveles (análisis por dominios, por dimensiones y por indicadores), nos ha parecido conveniente añadir un nivel intermedio (análisis por subdominios), opción que, aunque, no de modo explícito, se encuentra recogida en algunas aproximaciones.

La revisión de la literatura efectuada muestra que, según sea la aproximación o perspectiva de que se parta, la primera gran división por dominios que se propugna para el primer nivel es diferente. Así, algunos enfoques (en gran medida compuestos por economistas; por ejemplo, el contenido en el informe Stiglitz-Sen-Fitoussi) han primado la división entre bienestar presente y bienestar futuro. Otros enfoques (especialmente aquellos integrados por

psicólogos), han primado la división entre bienestar subjetivo (que se consideraba como fin último) y bienestar objetivo (que constituirían determinantes o medios para alcanzar el primero). Por último, en aproximaciones constituidas por ecólogos y medioambientalistas, la división principal que se introducía en el bienestar era la de bienestar socioeconómico y bienestar medioambiental. Por supuesto, cada una de estas aproximaciones o enfoques tiene pros y contras, sin que quepa decir que unas sean analíticamente mejores que otras. Pero, ciertamente, dependiendo de los intereses o énfasis que se tengan, unas aproximaciones facilitan mejor la comprensión de esos puntos que otras. Para el caso de Orchestra, por ejemplo, instituto de investigación interesado en el estudio de la competitividad para el bienestar, la división más apropiada (y de la cual irán colgando las posteriores ramas del árbol) es la que, como se ha señalado antes, ha sido principalmente impulsada por economistas, y que se encuentra reflejada en el Informe Stiglitz-Sen-Fitoussi antes citado y en la iniciativa *Better Life* de la OCDE.

Para ordenar el análisis del bienestar presente, a su vez, en la literatura es posible encontrar distintos marcos que tratan de agrupar los factores relacionados con dicho bienestar en dos o tres grandes particiones (que en este documento hemos denominado subdominios). Algunos analistas han primado la distinción entre factores ligados al bienestar individual y al social; otros entre determinantes y de resultados<sup>76</sup>; y, unos terceros, entre factores ligados al pilar económico, al pilar social y al pilar medioambiental. Nuevamente, no cabe sostener la superioridad analítica absoluta de una partición sobre las otras: la opción por uno u otro tipo de partición debe ser guiada por los intereses y foco principal del análisis del investigador (o, en su caso, de las políticas públicas). Quizá por su más fácil comprensión, la mayor parte de los analistas han optado por ordenar los factores relacionados con el bienestar presente por pilares. Generalmente, el número de pilares que se

---

<sup>76</sup> Más exactamente, entre fuerzas impulsoras, presiones, estados, impactos y respuestas.



propone es de tres: los tradicionales pilares económico, social y medioambiental.<sup>77</sup>

Para el análisis del bienestar futuro la literatura ha optado, casi unánimemente, por el enfoque de los capitales. Si bien se puede tratar de cuantificar cuántos recursos se legan a las futuras generaciones, el resultado que en términos de bienestar estas obtengan depende de factores, objetivos y no objetivos, no controlables ni bien predecibles. Por eso, la opción más correcta, para aproximarse a cómo evolucionará el bienestar futuro con relación al presente, es limitarse a cuantificar los recursos que llegan a las generaciones futuras y ver si son mayores o menores de los que disponían las generaciones anteriores. Esto es, a diferencia del análisis del bienestar presente, en que se prima una aproximación al bienestar basada en resultados (o *outcomes*), el análisis del bienestar futuro se hace depender de un análisis de los recursos (o capitales).

Si bien el concepto de capital se toma prestado de la economía, el proceso de expansión que tuvo lugar en este hace que se abandonen algunos de los atributos inicialmente a aquél asignados. En efecto, el concepto de capital deja de ser aplicado únicamente a los bienes producidos que a su vez se emplean en posteriores procesos productivos (capital producido) y surgen las categorías de capital humano, capital natural y capital social,<sup>78</sup> que no necesariamente poseen los atributos de tangibilidad, alienabilidad, etc. que inicialmente se

---

<sup>77</sup> Dado lo cuestionable y difícil que resulta la separación entre los aspectos económicos y sociales, algunos optan por referirse solo a dos grandes pilares: el socioeconómico y el medioambiental, de modo que se reproduce, para el nivel 2, de los subdominios, una de las posibles divisiones propuestas para el nivel 1, de los dominios.

Por otra parte, en parte por la dificultad señalada, algunas aproximaciones optan por prescindir del nivel 2, de los subdominios, y por dividir directamente el bienestar presente en un conjunto algo más elevado de dimensiones.

<sup>78</sup> Nuevamente, el número de tipos de capital que se distinga variará de acuerdo con las circunstancias y necesidades de análisis. Mientras que algunos autores hablan también, por ejemplo, de capital institucional, cultural, etc. los enfoques o analistas que han tratado de cuantificar el stock de capital total han tendido a reducir los capitales a los cuatro tipos citados (a los que denominan "activos de capital") y han considerado que los otros tipos de capital, además de difíciles de medir, ejercen sus efectos aumentando el valor de los cuatro activos de capital citados. Por eso, a esos otros tipos de factores prefieren llamarlos "activos facilitadores", pero no capitales en sí.

consideraban constitutivos del concepto de capital. Así, el capital pasa a considerarse simplemente como un “stock de recursos de los que un rendimiento puede ser extraído” (Unecce, 2014).

Aunque se considera que la aproximación a la medición del bienestar futuro está avanzando en la línea correcta, todavía son muchas las limitaciones que presentan las estimaciones de capitales actuales. Debe tomarse en cuenta que todavía es limitado el conocimiento o consenso existente sobre algunos tipos de capital (p.e. del capital social). Además, las estimaciones existentes no son capaces de incorporar el valor intrínseco que ciertos capitales pueden tener, la equidad intrageneracional dentro y entre los países, los riesgos, vulnerabilidades y resiliencia...

Un importante debate que se plantea, con estas estimaciones de capital, es el de si basta con un principio de sostenibilidad débil para garantizar el bienestar futuro (esto es, que basta con que no disminuya el stock total de capital) o si debe propugnarse el principio de sostenibilidad fuerte (de modo que el stock de ningún tipo de capital –y, en especial, del natural– debe reducirse). Parece evidente que los supuestos fundamentales en que se basaba la economía convencional para inclinarse por la sostenibilidad débil no se dan, cuando menos en grado suficiente; y que hay una serie de razones de peso que cabe aducir en favor de una sostenibilidad fuerte (irreversibilidad de algunas de las pérdidas, funciones básicas de soporte de vida de algunos tipos de capital natural, razones ético-deontológicas y de justicia intergeneracional...).

El problema es que, aunque parece evidente que es más argumentable una sostenibilidad fuerte que una débil, ello no esclarece o concreta suficientemente qué formas de capital particulares deberían ser preservadas y en qué grado. Ante eso, las enseñanzas más claras son que el stock de capital claramente no debe reducirse (principio de sostenibilidad débil). Pero ello, aun siendo necesario (y pudiendo actuar como una primera señal de aviso) que no se reduzca el stock de capital total, no es suficiente. Son necesarios, por ello, indicadores suplementarios, más que alternativos, de las estimaciones monetarias del stock de capital, que podrían consistir en umbrales para los activos naturales críticos. Tales umbrales, aunque informados por el

conocimiento científico y técnico, serían esencialmente de carácter moral, estético o político.

A pesar de lo incompletas que resultan todavía las estimaciones de stock de capital existentes, de su lectura se desprende que: aunque el stock total de riqueza crece, el stock de capital natural se ha reducido a nivel global; el tipo de capital que tiene un mayor peso relativo es el capital humano; los niveles y evoluciones por tipos de capitales difieren sustancialmente según el nivel de desarrollo de los países. En lo que respecta a indicadores de sostenibilidad fuerte, en la literatura destacan los de la huella ecológica y los relativos a la aproximación a los límites planetarios, que netamente indican que en más de un ámbito se ha dejado ya atrás la zona de seguridad. La llamada literatura sobre la curva de Kuznets medioambiental, que trata de medir la relación entre crecimiento económico y medioambiente, concluye que la forma de U invertida (esto es, el que deterioro medioambiental crezca hasta un cierto punto del crecimiento o nivel de ingresos, y luego se reduzca), solo se da para algunos tipos de contaminantes (por ejemplo, partículas materiales en el aire), pero no para otras (por ejemplo, CO<sub>2</sub> o biodiversidad), que muestran un deterioro continuo. Además, no hay indicadores omnicomprendivos de emisiones ni tampoco cálculos para el conjunto del mundo, siendo un tanto engañosos los cálculos por países de contaminantes, ya que tales cálculos pueden verse afectados por fenómenos de exportación de actividades contaminantes.

Finalicemos, por último, señalando que tanto este documento en general, como el apartado de conclusiones en que nos encontramos en particular, se han centrado en los dos niveles superiores que –como se ha expuesto con más detalle en el apartado cuarto de este documento– cabe distinguir en un marco general de análisis del bienestar. Esto es, tanto el documento de trabajo presente como su apartado de conclusiones se han centrado, en primer lugar, en los dominios del bienestar presente y futuro. Y, posteriormente, en su segundo lugar, se ha profundizado en los subdominios que cabía distinguir dentro del bienestar presente (habiendo primado la partición en tres pilares: económico, social y medioambiental), así en los subdominios o tipos de capital que cabe distinguir dentro del bienestar futuro (capital producido, humano, natural y social). Falta por continuar el estudio del marco analítico general de

análisis del bienestar, descendiendo a los niveles tercero y cuarto, relativos a dimensiones e indicadores, cuestión que será tratada en posteriores documentos de trabajo.

## ANEXO 1: INDICADORES OBJETIVOS Y SUBJETIVOS. PARADOJA DE EASTERLIN

La distinción entre indicadores objetivos y subjetivos no es fácil o inmediata como podría pensarse, dado que puede emplearse un **doblo criterio de distinción**: (i) el de la perspectiva del informante (autovaloración vs valoración independiente); (ii) el del objeto o sustancia que se valora (estado mental o realidad material) (Veenhoven, 2002; Michalos, 2014; Eurostat, 2014).<sup>79</sup> Eurostat (2010), no obstante, con objeto de simplificar la comunicación de las estadísticas, propone utilizar como criterio de distinción, entre objetivo y subjetivo, no cómo se mide el componente, sino la sustancia (o qué) que se trate de medir. Según sea un hecho objetivo o una sensación o sentimiento, lo califica de objetivo o subjetivo.

Aparte de que resulta lógico tratar de conocer cuál es la experiencia de bienestar que sienten o viven las personas en lugar de tratar de estimar la misma a partir de los factores objetivos que pueden causarla, hay un hecho que impulsó de modo notable el estudio directo de los indicadores subjetivos de bienestar: la aparición de la llamada **paradoja de Easterlin** a mediados de los setenta. En efecto, dicho economista constató que cuando se comparan datos de diferentes países, o cuando se comparan los datos de los individuos dentro de un mismo país, hay una correlación positiva entre los del PIB per cápita (o alguna otra medida de ingreso, como indicador objetivo de condiciones materiales) y los de felicidad (o satisfacción con la vida, como indicador subjetivo de bienestar). Esto es, que los países o individuos que poseen mayor nivel de ingresos, poseen también mayores niveles de felicidad. Pero, sin embargo, que cuando se toman series históricas de estos dos tipos de variables, no se aprecia que en el largo plazo exista ningún tipo de correlación

---

<sup>79</sup> El propio Veenhoven en un trabajo posterior (Veenhoven, 2007) consideró que en cada criterio, en lugar de una doble opción (objetiva/subjetiva), hay una triple opción (objetiva, mixta, subjetiva), de modo que en realidad en lugar de cuatro posibles combinaciones habría nueve. Gasper (2010), asimismo, amplía el número de posibles combinaciones a ocho, porque distingue que la valoración se efectúa con valores públicos o privados.

positiva entre ingresos y felicidad, de modo que aunque el PIB per cápita tienda a aumentar sustancialmente en el tiempo, la felicidad tiende a mantenerse estable.<sup>80</sup>

Como **explicación de la paradoja de Easterlin** o la no marcha en paralelo de los ingresos y el bienestar subjetivo se ha hecho referencia a dos tipos factores (Li y Shi, 2019): psicológicos internos y sociales externos.

Entre los **factores psicológicos internos** cabría mencionar a:

- la **hipótesis del ingreso relativo** (según la cual, el nivel de bienestar no es determinado por el nivel absoluto de ingreso, sino por el nivel relativo o comparado con el de los demás),
- la **teoría de la adaptación** (con sus dos variantes: la teoría de la aspiración y la teoría del punto fijo, basadas en la idea de que el estado mental se ajusta ante cambios de los estímulos externos, de manera que el nivel emocional subjetivo se mantiene relativamente estable),
- la **teoría del punto de satisfacción de la felicidad** (que sostiene que los impactos de los ingresos en la felicidad están sujetos a la regla de la utilidad marginal decreciente) o
- la **teoría de los umbrales de ingresos** (que propugna que pasado un umbral, los aumentos de ingresos no afectan al bienestar).

Por su parte, los **mecanismos sociales externos** harían referencia a terceras variables, diferentes del ingreso, que afectan al bienestar. Entre ellas los análisis empíricos han destacado la importancia de la salud, la familia, las relaciones sociales, la satisfacción con el trabajo, el ocio y entretenimiento, los

---

<sup>80</sup> Desde su aparición, ha existido cierta controversia en torno a la existencia de esa paradoja, ya que ciertos estudios sí que encontraron esa asociación a largo plazo entre los datos de ingresos y los de felicidad. Pero Easterlin mostró que eso sucedía por no haber tratado los datos debidamente, o por no tomar períodos suficientemente largos para dicho análisis. De hecho, ante tales análisis, Easterlin revisó sus primeras propuestas y reconoció que en el corto plazo la evolución de la felicidad y los ingresos están efectivamente positivamente relacionados (es decir, que las “fluctuaciones” de ambos marchan en paralelo), pero no así en el largo plazo (esto es, que las “tendencias” de ambos no van en paralelo). (Véase Easterlin, 2015)

valores de las personas (por ejemplo, individualismo o colectivismo), el sexo y la edad.<sup>81</sup>

---

<sup>81</sup> Como muestran Li y Shi (2019) normalmente los estudios que han tratado de explicar la falta de correlación entre los ingresos y el bienestar subjetivo mediante la incorporación de terceras variables han incurrido en varias deficiencias: no han considerado simultáneamente un número múltiple de factores, no han llevado a cabo estudios simultáneamente en los niveles micro y macro (esto es, de los individuos y de los países, para así evitar las llamadas falacias ecológicas, que atribuyen la relación observable en un grupo a los individuos integrantes de ese grupo) y han carecido de una perspectiva dinámica (esto es, que contemplara que la relación de esa tercera variable en el bienestar puede variar a medida que varía el nivel de desarrollo económico). Sobre el efecto que en la existencia de la paradoja tienen la falacia ecológica y las terceras variables no consideradas puede consultarse también Ma y Zhang (2014).

## ANEXO 2: RELACIÓN ENTRE CRECIMIENTO ECONÓMICO Y MEDIOAMBIENTE<sup>82</sup>

La consideración de la naturaleza, como un factor clave y condicionante del desarrollo, está claramente presente en la obra de los **clásicos** de la economía (Ricardo, Malthus...). Pero dicho factor prácticamente desaparece de los análisis de los economistas **neoclásicos**. Estos la ignoran en las funciones de las teorías del crecimiento y consideran que dicho factor es sumamente abundante (con relación al capital económico y humano) y puede ser objeto de fácil sustitución, merced fundamentalmente al avance tecnológico.

Sin embargo, a comienzos de los 70 una serie de estudios (especialmente, Meadows et al., 1972) advierten de la degradación que en el medioambiente está ocasionando el crecimiento económico, así como de los límites que poseen los recursos que el planeta ofrece, y señalan que de seguir la economía creciendo al ritmo que venía haciéndolo dichos límites serían superados en un plazo relativamente corto, y que en consecuencia el crecimiento económico debía parar o incluso debía impulsarse el decrecimiento. Así, en la **economía medioambiental** pasa a imponerse la idea de que el crecimiento económico es perjudicial para el medioambiente. Esa idea “pesimista” sobre la relación entre crecimiento económico y preservación del medioambiente era contestada por la “optimista” de la corriente neoclásica, antes referida.

En la década de los ochenta se publica el llamado Informe Brundtland (WCED, 1987), que propugna el **desarrollo sostenible** y cuya idea central es que el desarrollo económico resulta preciso para hacer frente a las necesidades de las generaciones presentes y que dicho desarrollo debe y puede conciliarse con los requerimientos del medioambiente. Además, aunque la principal preocupación de los medioambientalistas de los 70 se centraba en el posible

---

<sup>82</sup> Texto elaborado a partir de las siguientes obras: Alstine y Neumayer (2008), Beyene y Kotosz (2020), Bhattacharya (2019), Dasgupta (2008), Dasgupta et al. (2002), Dietz et al. (2012), Dinda (2004) Mitic et al. (2019), Neumayer (2013), Panayotou (1997 y 2016), Stern (2004a, 2004b, 2017 y 2018).

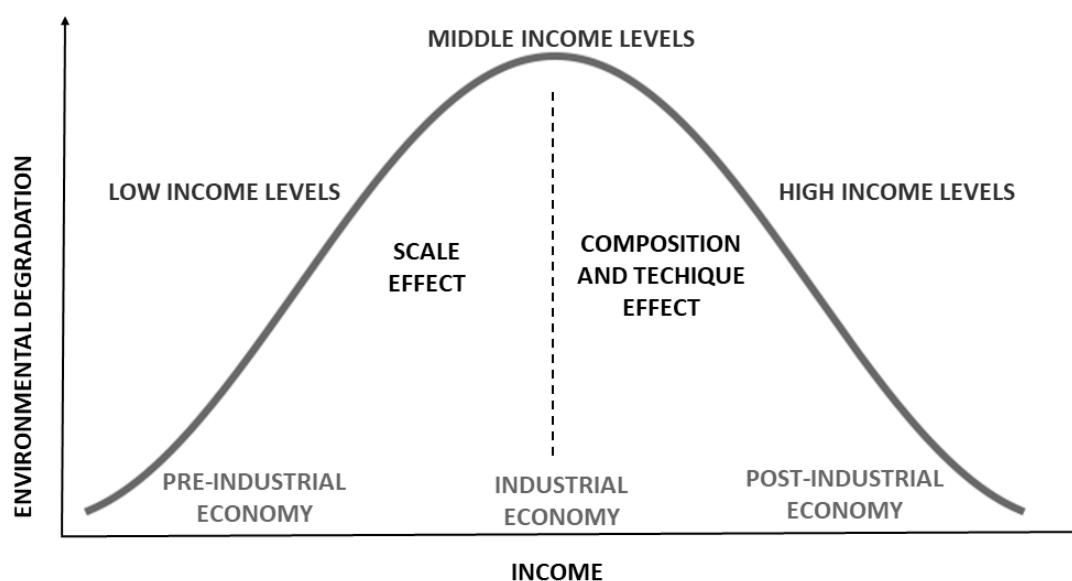


agotamiento de la naturaleza como proveedora de recursos, progresivamente tal preocupación es superada por la de su posible capacidad para absorber los residuos derivados del crecimiento. Esto es, la mayor inquietud pasa de su función como fuente de recursos a la de sumidero de residuos. Es en el contexto de esa posible conciliación entre desarrollo económico y preservación del medioambiente que una serie de estudios, a primeros de los noventa, estudian la relación existente entre el crecimiento económico y el deterioro medioambiental (especialmente, la polución).

Los primeros análisis que se efectúan muestran que la forma que presenta la relación de algunos de los principales indicadores de contaminación con el PIB per cápita es muy parecida a la forma de U invertida que Kuznets (1955) propuso para la relación entre la desigualdad y el PIB per cápita y que se conocía como **curva de Kuznets**. Por esa razón, a la nueva relación identificada en forma de U invertida, entre el nivel de contaminación y el PIB per cápita se la denominó curva medioambiental de Kuznets (EKC, por sus siglas en inglés). Dicha curva se convirtió en la aproximación dominante entre los economistas, para modelizar el efecto del crecimiento económico en el medioambiente.

La **explicación lógica** que acompaña a la EKC era que cuando el nivel de desarrollo y renta económica son bajos la sociedad valora más cubrir sus necesidades básicas o materiales y se preocupa menos por el medio ambiente, y que el progreso pasa por la industrialización y urbanización, que son sumamente contaminantes. Pero que a medida que las necesidades materiales básicas van cubriéndose y el nivel de ingresos aumenta, la sociedad va tomando conciencia del valor del medioambiente y puede permitirse tomar medidas para su preservación. Además, en la estructura sectorial va ganando peso el sector servicios y las industrias intensivas en conocimiento, que son menos contaminantes. Como consecuencia de todo ello, el nivel de contaminación es menor en las economías más ricas y desarrolladas. (Véase Gráfico 1)

**Gráfico 1. La curva medioambiental de Kuznets**



Fuente: Mitic et al. (2019)

La versión reducida de la EKC, aunque tuvo una amplia difusión, también suscitó una serie de fundamentadas críticas, que pueden resumirse en dos: la EKC no tiene valor universal y no da guías claras (o estas pueden fácilmente malinterpretarse) para las políticas públicas.

Sobre la **falta de valor universal de la EKC**, hay que tener en cuenta que:

- La forma de **U invertida solo se da en algunos contaminantes** (partículas materiales, SO<sub>2</sub>, coliformes fecales, calidad del aire ambiente, ratio de deforestación), pero en otros la forma es de un continuo descenso (agua limpia y saneamiento), y en otros de continuo deterioro (residuos municipales, CO<sub>2</sub>, biodiversidad). O incluso se observa en algunos contaminantes la forma de N, es decir, una nueva ascensión tras la reducción inicialmente alcanzada en la fase postindustrial.

Como **factores explicativos de esos resultados** se mencionan el carácter local o global de las emisiones, el grado en que afectan directamente a la salud o el que sean productos secundarios y no centrales de la actividad económica: en la medida en que el efecto no se puede externalizar a otros lugares, es grave para la salud y no son centrales para la actividad económica, es más probable la adopción de medidas de reducción de contaminantes.

- Según los estudios, los puntos de inflexión (altura y momento en que se alcanza) se mueven en amplios márgenes, que **varían mucho** según el factor contaminante, y también según los territorios y las instituciones y políticas puestas en marcha conscientemente para su reducción.
- **No hay indicadores omnicomprensivos de emisiones**, aunque debido a la alta relación que con la mayoría de los contaminantes tiene la energía, algunos emplean el consumo de esta como aproximación al agregado de emisiones.
- Los cálculos aparecen estimados por países (o regiones dentro de estos), pero **no hay cálculos para el conjunto del mundo**.
- La forma de la EKC puede ser ocasionada por procesos de **exportación de las actividades contaminantes** de los países avanzados a los menos desarrollados, ya que los indicadores de emisión de contaminantes están ligados a dónde está la producción y no dónde tiene lugar el consumo de los productos.
- Los intentos para reducir los niveles de algunos contaminantes pueden dar lugar a **desplazamientos** y aparición de contaminación en otros componentes.

Sobre la segunda cuestión, esto es, la **malinterpretación para las políticas públicas** de la EKC, esta surgiría de deducir de la EKC que la mejor política para mejorar el medioambiente, especialmente recomendable para los países menos desarrollados (LDC, por sus siglas en inglés) era precisamente crecer y hacerse rico, siguiendo el modelo natural que habían seguido los países actualmente desarrollados o ricos. Ante eso se advertía de lo siguiente:

- Aun suponiendo que la EKS fuera aplicable, dada la lejanía de los LDC de los puntos de inflexión estimados, eso suponía seguir empeorando el medioambiente por mucho tiempo y el **riesgo de entrar en procesos irreversibles** de degradación, sin considerar que ello podía limitar el propio crecimiento económico que se propugnaba.
- **Las condiciones de los actuales LDC son distintas** de las que tenían en su momento de menor desarrollo los actualmente países ricos, de modo que no resulta posible reproducir sin más la evolución seguida por

aquellos y no hay nada de inevitabilidad en las sendas seguidas por otros países.

- Hay **margen, también en los LDC, para corregir con instituciones y políticas** apropiadas el deterioro medioambiental, sin tener que esperar o confiar en el efecto que de modo natural ejercería el crecimiento económico pasado cierto nivel o causar el mismo deterioro que en su momento causaron los países adelantados.

Para tener guiar más claras y entender el efecto neto que genera el crecimiento económico en el medioambiente, superando el fenómeno de caja negra que el modelo reducido de EKC generaba, la literatura se ha referido a unos posibles **factores explicativos de la forma de U invertida**. Entre esos factores explicativos cabe diferenciar entre los factores próximos y los factores subyacentes (p.e. regulaciones medioambientales y políticas de innovación), que pueden estar detrás de los cambios en los factores próximos.

Entre esos **factores próximos** sobresalen cuatro tipos de factores:<sup>83</sup>

- La **elasticidad de los ingresos** ante la calidad del medioambiente (generalmente considerada superior a cero, dada la consideración de la calidad del medioambiente como un “bien de lujo”).
- La **escala** de la actividad, y los cambios en la **composición sectorial** (la terciarización de la economía) y de la tecnología.
- El **comercio internacional**, entre otras cosas por la hipótesis de los refugios de contaminación.
- El crecimiento económico se manifiesta también en menor **crecimiento de población**, lo que a su vez aparece asociado positivamente con el medioambiente.

De todos modos, como Neumayer (2013) pone de manifiesto, la mayor parte de esos factores pueden ejercer efectos tanto positivos como negativos, de modo

---

<sup>83</sup> A ellos cabría otros, como, por ejemplo, el nivel educativo, la desigualdad de renta, la democracia y calidad institucional y la existencia de una fuerte sociedad civil.

que teóricamente no cabe confirmar o desmentir que a largo plazo el crecimiento económico es positivo para el medioambiente. O dicho de otra manera, la EKC y el efecto del crecimiento económico en el medioambiente es fundamentalmente un **fenómeno empírico, más que teórico**. Los análisis empíricos muestran al respecto que efectivamente

- la elasticidad de los ingresos ante la calidad del medioambiente, los cambios en la composición y las técnicas, el comercio internacional y menores tasas de crecimiento de la población ejercen efectos positivos en el medioambiente, aunque salvo en el caso del cambio técnico las evidencias o la magnitud de esos efectos parecen débiles;
- la escala de la actividad económica ejerce efectos negativos en el medioambiente;
- las políticas e instituciones tendentes a la protección del medioambiente ejercen un efecto muy positivo en este; y las mismas se encuentran relacionadas con el nivel educativo, la desigualdad de renta, la democracia y calidad institucional y la sociedad civil;
- existe un efecto convergencia en la mayoría de los contaminantes, de modo que la polución cae más rápido en los países con superiores niveles de contaminación (los países más ricos).

En suma, no cabe extraer **conclusiones** generales y definitivas sobre si el crecimiento económico resulta compatible o incompatible con el medioambiente. Pero sí cabe concluir que las políticas tendentes a la protección del medioambiente y a la mejora de las instituciones en que tales políticas se apoyan afectan positivamente a la relación de la economía con el medioambiente. Ante tal resultado y vistas las incertidumbres existentes, lo más aconsejable resulta adoptar una postura agnóstica ante el crecimiento. El crecimiento no constituye necesariamente ni el enemigo del medioambiente, ni su solución.

### **ANEXO 3: CAPITAL TERRITORIAL**

El capital territorial es una categoría propuesta inicialmente por la OECD (2001b) en el contexto de la política regional, que es trasladada al contexto académico por Camagni (2009), quien profundiza en dicho concepto y crea una tipología de capitales territoriales. Dicho enfoque, es posteriormente seguido por un conjunto bastante amplio de analistas del desarrollo territorial (Camagni y Capello, 2013; Perucca, 2013; Castelnovo et al., 2020; Fratesi et al., 2019; Benassi et al., 2020; Moretta, 2021; Getzner y Moroz, 2022...), en su mayoría italianos. (Véanse revisiones críticas de esta escuela en Tóth 2015 y 2017)

En principio, esta corriente de pensamiento trata de crear un puente entre los análisis formales y cuantitativos de las teorías del crecimiento económico con los análisis, generalmente más basados en análisis de casos, de tipo más cualitativo, de las diferentes escuelas del crecimiento endógeno territorial, tratando de integrar todos los factores determinantes del desarrollo endógeno aflorados por aquellas. Tales factores, denominados capitales, se clasifican en una tipología que distingue veinte tipos de capitales, según su materialidad (activos tangibles, intangibles y mixtos) y grado de rivalidad (privados, privados de club, públicos y públicos impuros). Los estudios empíricos realizados dentro de esta corriente no suelen aplicar, sin embargo, una lista tan amplia y detallada de capitales, sino que se centran en algunas de las categorías específicas que cabría incluir en la matriz de tipos de capital creada a partir de esas dos características de los activos; a saber: capital físico, capital humano, capital social, capital cultural, capital medioambiental... (véase la matriz en Camagni 2009: 123; y los principales tipos particulares de capitales empleados por los estudios de esta escuela en Tóth 2015:1333).

A tales factores de desarrollo se les denomina capitales por esta escuela, aunque algunos de tales factores no se ajusten a las propiedades que la literatura asigna al concepto de capital, y tales factores se entiendan más como dimensiones en las que se incluyen, de modo indiferenciado, variables stock, variables flujo, condiciones, retos... (Tóth, 2015).

El principal objetivo que persigue explicar la corriente del capital territorial es el desarrollo del territorio, generalmente entendido más en un sentido restrictivo (su crecimiento económico), que en un sentido amplio (bienestar multidimensional). Además, aunque Capello (2007) sostiene que sirve para predecir dinámicamente el desarrollo económico regional, prácticamente todas las publicaciones ligadas a esta escuela se limitan a explicar el desarrollo económico presente. En tal sentido, esta corriente constituye más una aproximación al estudio de la competitividad presente de las regiones, que una aproximación para el estudio del bienestar futuro basada en el enfoque de los capitales.

No obstante, hay cuatro aspectos de esta corriente que resultan de interés para el enfoque de los capitales. Primero, el empleo de un único término para subsumir todos los activos (capitales) de un territorio, capitales que se consideran mayoritariamente no móviles. Segundo, el énfasis en que los efectos finales de los capitales no dependen solo del nivel total de los capitales, sino de la composición equilibrada de los diferentes tipos de capital y de las complementariedades que tienen lugar, especialmente entre los capitales o activos tangibles e intangibles. Tercero, el énfasis en la específica composición de los capitales de un territorio, sobre la que debería construirse su estrategia de desarrollo. Y, cuarto, su insistencia en que los efectos de los capitales difieren según las específicas características del territorio o de los sectores, tipos de empresas... (Véase particularmente Fratesi et al., 2019; Tóth, 2017).

## REFERENCIAS

- Alstine, J.V. y Neumayer, E. (2008). The environmental Kuznets curve. In Gallagher, K.P. (ed.) *Handbook of Trade and the Environment* (pp. 49-59). Cheltenham-Northampton: Edward Elgar.
- Annoni, P., Weziak-Bialowolska, D. (2012). *Quality of Life at the Sub-national Level: An Operational Example for the EU*. Luxembourg: Publications Office of the European Union.
- Arrow, K. (2000). Observations on social capital. In Dasgupta, P. y Serageldin, I. (eds.) *Social capital: a multifaceted perspective* (p. 3-5). Washington DC: The World Bank.
- Barrington-Leigh, C., y Escande, A. (2018). Measuring progress and well-being: A comparative review of indicators. *Social Indicators Research* 135: 893–925.
- Benassi, F., D'Elia, M., & Petrei, F. (2021). The “meso” dimension of territorial capital: Evidence from Italy. *Regional Science Policy & Practice*, 13 (1): 159-175.
- Berger-Schmitt, R., y Noll, H.-H. (2000). *Conceptual framework and structure of a European System of Social Indicators*. EuReporting Working Paper No. 9, Centre for Survey Research and Methodology (ZUMA), Social Indicators Department, Mannheim.
- Beyene, S.D. y Kotosz, B. (2020). Testing the environmental Kuznets curve hypothesis: an empirical study for East African countries. *International journal of environmental studies* 77 (4): 636–654.
- Bhattacharya, M. (2019). The Environmental Kuznets Curve: A Critical Review of Earlier Literature. In Öztürk, I. y Ökan, B. (2019) *Environmental Kuznets Curve (EKC). A Manual* (pp. 9-14). Elsevier.
- Binder, M. y Coad, A. (2014). Capability, Functioning, and Resources (pp. 524-529). In Michalos, A. C. (ed.) *Encyclopedia of quality of life and well-being research*. Dordrecht: Springer.
- Bizikova, L., Smith, R. y Zoundi, Z. (2021). *Measuring the Wealth of Nations: A review*. Canada: International Institute for Sustainable Development.
- Bleys, B. (2012). Beyond GDP: Classifying Alternative Measures for Progress. *Social Indicator Research* 109: 355–376.



- Boarini, R. y D'Ercole, M.M. (2013). Going beyond GDP: An OECD perspective. *Fiscal Studies* 34 (3): 289-314.
- Boarini, R., Kolev, A. y McGregor, A. (2014). Measuring well-being and progress in countries at different stages of development: Towards a more universal conceptual framework. *Perspectives on Global Development: Social Cohesion*. Working Paper No. 325.
- Botev, J. Égert, B., Smidova, Z. y Turner, D. (2019). A new macroeconomic measure of human capital with strong empirical links to productivity. *OECD Economics Department Working Papers* No. 1575, ECO/WKP(2019)45.
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. In Richardson, J. (ed.) *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*. New York: Greenwood.
- Braun, E. (2017). The theory of capital as a theory of capitalism. *Journal of Institutional Economics*, 13 (2): 305-325.
- Camagni, R. (2009). Territorial capital and regional development. In Capello, R. & Nijkamp, P. (eds.) *Handbook of regional growth and development theories* (pp. 118–132). Cheltenham: Edward Elgar.
- Camagni, R. (2017). Territorial capital, competitiveness and regional development. In Huggins, R. & Thompson, P. (eds.) *Handbook of regions and competitiveness* (pp. 232–244). Cheltenham: Edward Elgar.
- Camagni, R., & Capello, R. (2013). Regional competitiveness and territorial capital: A conceptual approach and empirical evidence from the European Union. *Regional Studies* 47 (9): 1383–1402.
- Capello, R. (2007). A forecasting territorial model of regional growth: the MASST model. *The Annals of Regional Science*, 41 (4): 753-787.
- Castelnuovo, P., Morretta, V., & Vecchi, M. (2020). Regional disparities and industrial structure: territorial capital and productivity in Italian firms. *Regional Studies* 54 (12): 1709-1723.
- Chenery, H. (1988). Introduction to Part 2. In Chenery, H. y Srinivasan, T.N. (ed.). *Handbook of Development Economics*, Volume I (pp. 197-202). Elsevier Science Publishers.
- Coleman, J. (1988). Social Capital in the Creation of Human Capital. *American Journal of Sociology*, 94: S95-S120.

- Commission on the Measurement of Economic Performance and social Progress (2008). *Survey of existing approaches to measuring socio-economic progress*.
- Corsín, A. (ed.). *Culture and well-being. Anthropological Approaches to Freedom and Political Ethics*. London-Ann Arbor MI: Pluto Press.
- Costanza, R. y Daly, H.E. (1992). Natural capital and sustainable development. *Conservation Biology* 6 (1): 37-46.
- Costanza, R., Fisher, B., Ali, S., Beer, C., Bond, L., Boumans, R., ... y Snapp, R. (2007). Quality of life: An approach integrating opportunities, human needs, and subjective well-being. *Ecological economics*, 61 (2-3): 267-276.
- Costanza, R., Daly, L., Fioramonti, L., Giovannini, E., Kubiszewski, I., Mortensen, L. F., Pickett, K.E., Ragnarsdottir, K.V., Vogli, R.D. y Wilkinson, R. (2016). Modelling and measuring sustainable wellbeing in connection with the UN Sustainable Development Goals. *Ecological Economics* 130: 350-355.
- Costanza, R., d'Arge, R., de Groot, R., Farberll, S., Grassot, M., Hannon, B., Limburg, K., Naeem, S., Robert, V., O'Neilltt, R.V., Paruelo, J., Raskin, R.G., Sutton, P. y van den Belt, M. (1997). The value of the world's ecosystem services and natural capital. *Nature* 387: 253-260.
- Crisp, R. (2017). Well-being. In E. N. Zalta (ed.) *The Stanford encyclopedia of philosophy* (2017 ed.). Retrieved from <https://plato.stanford.edu/archives/fall2017/entries/well-being/>.
- Daly, H.E. (1990). Toward some operational principles of sustainable development. *Ecological Economics* 2: 1-6.
- Daly, H.E. (1991). *Steady-state economics: with new essays*. Island press.
- Daly, H.E. (2020). A note in defense of the concept of natural capital. *Ecosystem Services* 41: 101051-101051.
- Dasgupta, P. (2001). *Human Well-Being and the Natural Environment*. Oxford: Oxford University Press.
- Dasgupta, P. (2008). Nature in Economics. *Environmental and Resource Economics* 39: 1-7.
- Dasgupta, P. (2018). Foreword to IWR 2018. In Managi, S. y Kumar, P. (eds.) *Inclusive wealth report 2018 (v-x)*. Taylor y Francis.

- Dasgupta, P. (2021). *The economics of biodiversity: the Dasgupta review*. London: Hm Treasury.
- Dasgupta, S., Laplante, B., Wang, H. y Wheeler, D. (2002). Confronting the environmental Kuznets curve. *Journal of Economic Perspectives* 16 (1): 147–168.
- Dean, A., y Kretschmer, M. (2007). Can ideas be capital? Factors of production in the postindustrial economy: A review and critique. *Academy of Management Review*, 32 (2): 573-594.
- De Boissieu, C., Cotis, J., Didier, M., Saint-Etienne, C., Bofinger, P., Franz, W., Schmidt, C., di Mauro, B. y Wiegard, W. (2010). *Monitoring economic performance, quality of life and sustainability. Technical report*. German Council of Economic Experts and Conseil d'Analyse Économique.
- De Smedt, M., Giovannini, E. y Radermacher, W.J. (2018). Measuring Sustainability (pp. 243-284). In Stiglitz, J.E., Fitoussi J.-P. y Durand M. (eds.) *For Good Measure: Advancing Research on Well-being Metrics Beyond GDP*. Paris: OECD publishing.
- Diener, E. (2006). Guidelines for National Indicators of Subjective Well-Being and Ill-Being. *Applied Research in Quality of Life* 1: 151–157. [endorsed by 50 authors]
- Dietz, T., Rosa, E.A. y York, R. (2012). Environmentally efficient well-being: Is there a Kuznets curve? *Applied Geography* 32: 21-28.
- Dijk, T. Van (2011). Livelihoods, capitals and livelihood trajectories: a more sociological conceptualisation. *Progress in Development Studies* 11 (2): 101–117.
- Dinda, S. (2004). Environmental Kuznets curve hypothesis: A survey. *Ecological Economics*, 49 (4): 431-455.
- Easterlin, R.A. (2015). Happiness and Economic Growth. In Glatzer, W., Camfield, L., Moller, V. y Rojas, M. (eds.), *Global Handbook of Quality of Life* (pp. 283-299). Dordrecht: Springer Science+Business Media.
- Ekins, P. (1992). A four-capital model of wealth creation. In Ekins, P. y Max-Neef, M. (eds.). *Real-Life Economics. Understanding Wealth Creation* (pp. 147-155). London y New York: Routledge.
- Elster, J. (1997). More than enough. *The University of Chicago Law Review*, 64 (2): 749–764.

- Emery, M. y Flora, C. (2006). Spiraling-Up: Mapping Community Transformation with Community Capitals Framework. *Community Development*, 37 (1): 19-35.
- Engelbrecht, H.G. (2016). Comprehensive versus inclusive wealth accounting and the assessment of sustainable development: An empirical comparison. *Ecological Economics* 129: 12–20.
- European Commission (2021). *Towards fair and prosperous sustainability. Transitions Performance Index 2020*.
- European Commission, International Monetary Fund, Organisation for Economic Co-Operation and Development, United Nations y World Bank (2009). *System of National Accounts 2008*. New York: United Nations.
- European Statistical System Committee. (2011). *Sponsorship Group on Measuring Progress, Well-Being and Sustainable Development; Final Report*. Luxembourg: ESSC.
- Eurostat (2010). *Feasibility study for Well-Being Indicators. Task 4: Critical review*.
- Eurostat (2014). *Towards a harmonised methodology for statistical indicators. Part 1: Indicator typologies and terminologies*. Luxembourg: Publications Office of the European Union.
- Eurostat. (2017). *Final report of the expert group on quality of life indicators*.
- Fang, K., Heijungs, R., y De Snoo, G. R. (2015). Understanding the complementary linkages between environmental footprints and planetary boundaries in a footprint–boundary environmental sustainability assessment framework. *Ecological Economics*, 114, 218-226.
- Fletcher, G. (2016). *The philosophy of well-being: An introduction*. New York: Routledge.
- Fleurbaey, M., y Blanchet, D. (2013). *Beyond GDP: Measuring welfare and assessing sustainability*. Oxford University Press.
- Fratesi, U., & Perucca, G. (2019). EU regional development policy and territorial capital: A systemic approach. *Papers in Regional Science*, 98 (1): 265–281.
- Fuchs, D., Schlipphak, B., Treib, O., Long, L. A. N., y Lederer, M. (2020). Which way forward in measuring the quality of life? A critical analysis of

- sustainability and well-being indicator sets. *Global Environmental Politics* 20 (2): 12–36.
- Garret, R. y Latawiec, A. (2015). What Are Sustainability Indicators For? (pp. 12-22). In Latawiec, A.E. y Agol, D. (eds.). *Sustainability Indicators in Practice*. Berlin: De Gruyter Open.
- Gasper, D. (2010). Understanding the diversity of conceptions of well-being and quality of life. *The Journal of Socio-Economics* 39: 351–360.
- Getzner, M., & Moroz, S. (2022). The economic development of regions in Ukraine: with tests on the territorial capital approach. *Empirica*, 49 (1): 225-251.
- Gibson, R.B. (2001). *Specification of Sustainability-based Environmental Assessment Decision Criteria and Implications for Determining “Significance” in Environmental Assessment*. Paper prepared under a contribution agreement with the Canadian Environmental Assessment Agency Research and Development Programme, Ottawa, Canada.
- Gibson, R.B. (2006). Beyond the pillars: sustainability assessment as a framework for effective integration of social, economic and ecological considerations in significant decision-making. *Journal of Environmental Assessment Policy and Management* 8 (3): 259–280.
- Giddings, B., Hopwood, B. y O’Brien, G. (2002). Environment, economy and society: Fitting them together into sustainable development. *Sustainable Development*, 10: 187-196.
- Gnègnè, Y. (2019). Assessing Sustainable Development: Toward a Portfolio of Indices? *Journal of Sustainable Development* 12 (4): 225-238.
- González, S., Fleischer, L y d’Ercole, M.M. (2017). Governance statistics in OECD countries and beyond: What exists, and what would be required to assess their quality? *OECD Statistics Working Papers* 2017/03.
- Gough, J., McGregor, A. y Camfield, L. (2007). In Gough, I. y McGregor, J.A. (eds.), *Wellbeing in developing countries. From theory to research* (pp. 1-43). New York: Cambridge University Press.
- Graaf, P.M de (2007). Capital: economic, cultural, and social. In Ritzer, G. (ed.). *The Blackwell Encyclopedia of Sociology* (pp. 383-385). Backwell Publishing.

- Hagemann, H. (2018). Capital goods. In Macmillan Publishers Ltd (eds.) *The New Palgrave Dictionary of Economics* (pp. 1301-1304). Palgrave Macmillan, London.
- Hall, J., Giovannini, E., Morrone, A. y Ranuzzi, G. (2010). A framework to Measure the Progress of Societies. *OECD Statistics Working Papers 2010/05*. STD/DOC (2010)5.
- Hardi, P., Barg, S., Hodge, T. y Pinter, L. (1997). Measuring sustainable development: review of current practice. *International Institute for Sustainable Development, Occasional paper N. 17*. Industry Canada.
- Haughton, G. (1999). Environmental justice and the sustainable city. *Journal of planning education and research* 18 (3): 233-243.
- Hennings, K.H. (2018). Capital as a factor of production. In Macmillan Publishers Ltd (eds.) *The New Palgrave Dictionary of Economics* (pp. 1261-1272). Palgrave Macmillan, London.
- Hodge, T. (1997). Toward a conceptual framework for assessing progress toward sustainability. *Social Indicators Research* 40: 5–98, 1997.
- Hodgson, G. M. (2014). What is capital? Economists and sociologists have changed its meaning: should it be changed back?. *Cambridge Journal of Economics*, 38 (5): 1063-1086.
- Hughes, T. P., Carpenter, S., Rockström, J., Scheffer, M., y Walker, B. (2013). Multiscale regime shifts and planetary boundaries. *Trends in ecology and evolution*, 28 (7): 389-395.
- Inglehart, R. y Baker, W. (2000). Modernization, cultural change and the persistence of traditional values. *American Sociological Review* 65: 19-51.
- Ivanova, D., Vita, G., Steen-Olsen, K., Stadler, K., Melo, P. C., Wood, R., y Hertwich, E. G. (2017). Mapping the carbon footprint of EU regions. *Environmental Research Letters*, 12 (5): 054013.
- Jorgenson, D.W. (2018). Production and Welfare: Progress in Economic Measurement. *Journal of Economic Literature* 56 (3): 867–919.
- Kanbur, R., Patel, E. y Stiglitz, J.E. (2018). Sustainable Development Goals and Measurement of Economic and Social Progress. In Stiglitz, J.E., Fitoussi, J. y Durand, M. (eds.) *For Good Measure: Advancing Research on Well-being Metrics Beyond GDP*. Paris: OECD Publishing.

- Knowles, S. (2005). Is Social Capital Part of the Institutions Continuum? Credit Research Paper No. 05/11. [Knowles S. (2007) Is Social Capital Part of the Institutions Continuum and is it a Deep Determinant of Development? In: Mavrotas G., Shorrocks A. (eds) *Advancing Development. Studies in Development Economics and Policy* (pp. 197-223). Palgrave Macmillan, London]
- Kuhlman, T. y Farrington, J. (2010). What is sustainability? *Sustainability*, 2: 3436-3448.
- Kuznets, S. (1955). Economic growth and income distribution. *The American Economic Review*, 1: 3-28.
- Kuznets, S. (1989). Driving forces of economic growth: what can we learn from history?. In Galambos, L. y Gallman, R. (eds.) *Economic, development, family, and income distribution. Selected essays Simon Kuznets* (pp. 7-29). Cambridge: Cambridge University Press.
- Lewis, W. A. (1955). *Theory of economic growth*. London y New York: Routledge.
- Li, L. y Shi, L. (2019). Economic growth and subjective wellbeing: analyzing the formative mechanism of Easterlin Paradox. *The Journal of Chinese Sociology* 6: 1-19.
- Lintott, J. (1996). Environmental accounting: useful to whom and for what? *Ecological Economics* 16: 179-190.
- Llena-Nozal, A.L., Martin, N. y Murin, F. (2019). The Economy of Well-being: Creating Opportunities for People's Well-being and Economic Growth. *SDD Working Paper* No. 102
- Lozano, R. (2008). Envisioning sustainability three-dimensionally. *Journal of Cleaner Production* 16: 1838–1846.
- Ma, Y.Z. y Zahng, Y. (2014). Resolution of the happiness-income paradox. *Social Indicators Research* 119 (2): 705–721.
- Maggino, F., y Ruviglioni, E. (2011). Preaching to the Choir: Are the Commission's Recommendations Already Applied?. *Social indicators research* 102(1): 131-156.
- Managi, S. y Kumar, P. (2018). *Inclusive wealth report 2018*. Taylor y Francis, 2018.

- McGrath, L., Hynes, S. Y McHale, J. (2020). Linking Sustainable Development Assessment in Ireland and the European Union with Economic Theory. *The Economic and Social Review* 51 (2): 327-355.
- McGregor, A. y Sumner, A. (2010). Beyond Business as Usual: What Might 3-D Wellbeing Contribute to MDG Momentum? *IDS Bulletin* 41 (1): 104-112.
- McGregor, A., Coulthard, S., y Camfield, L. (2015). Measuring what matters: The role of well-being methods in development policy and practice. *Project Note 4: ODI Development Progress*, 1–20.
- McGregor, J.A. (2014). Human wellbeing and sustainability: interdependent and intertwined. In Atkinson, G., Dietz, S., Neumayer, E. y Agarwala, M. (eds.) *Handbook of Sustainable Development* (pp. 217-233). Cheltenham-Northampton: Edward Elgar.
- McGregor, J.A. (2018). Reconciling Universal Frameworks and Local Realities in Understanding and Measuring Wellbeing. In Bache, I., Scott, K. y Allin, P. (eds.) *The Politics of Wellbeing. Theory, Policy and Practice* (pp. 197-224). Palgrave-Macmillan.
- Meadowcroft, J. (2000). Sustainable Development: a New(ish) Idea for a New Century? *Political Studies* 48: 370-387.
- Meadows, D. H., Meadows, D. H., Randers, J., y Behrens III, W.W. (1972). *The limits to growth: a report to the club of Rome's project on the predicament of mankind*. New York: Universe Books.
- Meadows, D. (1998). *Indicators and Information Systems for Sustainable Development*. A report to the Balaton Group.
- Michaelson, J., Abdallah, S., Steuer, N., Thompson, S., y Marks, N. (2009). *National Accounts of Well-being: Bringing real wealth onto the balance sheet*. London: NEF.
- Michalos, A. (2011). What did Stiglitz, Sen and Fitoussi get right and what did they get wrong? *Social Indicators Research* 102: 117–129.
- Michalos, A.C. (2014). Subjective Indicators (pp. 6427-6429). In Michalos, A. C. (ed.) *Encyclopedia of quality of life and well-being research*. Dordrecht: Springer.
- Minteer, B.A. (2009). Unity among Environmentalist? Debating the Values-Policy Link in Environmental Ethics. In Minter, B.A. (ed.) *Nature in*



- Common? Environmental Ethics and the Contested Foundations of Environmental Policy* (pp. 1-17). Philadelphia: Temple University Press.
- Mitić, P., Kresoja, M. y Minović, J. (2019). A Literature Survey of the Environmental Kuznets Curve. *Economic Analysis* 52 (1): 109-127.
- Moran, D. D., Wackernagel, M., Kitzes, J. A., Goldfinger, S. H., y Boutaud, A. (2008). Measuring sustainable development—Nation by nation. *Ecological economics*, 64(3): 470-474.
- Moretta, V. (2021). Territorial capital in local economic endogenous development. *Regional Science Policy and Practice* 13 (1): 103-119.
- Mwakibete, A. (2014). Capital Assets (pp. 529–530). In Michalos, A. C. (ed.) *Encyclopedia of quality of life and well-being research*. Dordrecht: Springer.
- NEF (2011). *Measuring our progress. The power of well-being*. London: NEF.
- Neumayer, E. (1999). The ISEW – Not an index of sustainable economic welfare. *Social Indicators Research* 48: 77-101.
- Neumayer, E. (2004). Sustainability and well-being indicators. *United Nations University– World Institute for Development Economics Research (WIDER) Research Paper 23/ 2004*, World Institute for Development Economics Research, Helsinki.
- Neumayer, E. (2007). Sustainability and Well-being Indicators (pp. 193-213). In McGillivray, M. (ed.) *Human Well-Being. Concept and measurement*. Palgrave-Macmillan.
- Neumayer, E. (2012). Human Development and Sustainability. *Journal of Human Development and Capabilities* 13 (4): 561-579.
- Neumayer, E. (2013). *Weak versus strong sustainability. Exploring the Limits of Two Opposing Paradigms*. Cheltenham, UK-Northampton, MA, USA: Edward Elgar.
- Noll, H.H. (2011). The Stiglitz-Sen-Fitoussi-Report: Old Wine in New Skins? Views from a Social Indicators Perspective. *Social Indicators Research* 102: 111–116.
- Noll, H.H. (2014). European System of Social Indicators. In Michalos, A. C. (Ed.), *Encyclopedia of Quality of Life and Well-Being Research* (pp. 2541–2544). Dordrecht: Springer.

- Noll, H.H. (2021). The Good Life under Attack: Reflections on the Future of the Quality of Life Concept. In Michalos, A.C. (ed.), *The Pope of Happiness* (pp. 195-201). Springer, Social Indicators Research Series 82.
- Nooteboom, B. (2007). Social Capital, Institutions and Trust. *Review of Social Economy* LXV (1): 29-53.
- Norton, B.G. (2002). *Searching for Sustainability. Interdisciplinary Essays in the Philosophy of Conservation Biology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Norton, B.G. (2009). Convergence and Divergence: The Convergence Hypothesis Twenty Years Later. In Minter, B.A. (ed.) *Nature in Common? Environmental Ethics and the Contested Foundations of Environmental Policy* (pp. 235-259). Philadelphia: Temple University Press.
- O'Neill, D.W., Fanning, A.L., Lamb, W.F. y Steinberger, J.K. (2018). A good life for all within planetary boundaries. *Nature Sustainability* 88 (1): 88–95.
- OECD (2001). *The Well-being of Nations. The role of human and social capital*. Paris: OECD Publications.
- OECD (2001b). *OECD territorial outlook*. Paris: OECD.
- OECD (2009). *Measuring capital. OECD Manual. Second edition*. Paris: OECD publications.
- OECD (2011). *How's Life?: Measuring well-being*. Paris: OECD Publishing.
- OECD (2014). *How's Life in Your Region?: Measuring Regional and Local Well-being for Policy Making*. OECD Publishing.
- OECD (2019). *Measuring Distance to the SDG Targets 2019: An Assessment of Where OECD Countries Stand*. Paris: OECD Publishing.
- OECD (2020a). *How's Life? 2020: Measuring Well-being*. Paris: OECD Publishing.
- OECD (2020b). *A Territorial Approach to the Sustainable Development Goals: Synthesis report*. OECD Urban Policy Reviews. Paris: OECD Publishing.
- Panayotou, T. (1997). Demystifying the environmental Kuznets curve: Turning a black box into a policy tool. *Environment and Development Economics* 2: 465–484.
- Perucca, G. (2013). The role of territorial capital in local economic growth: Evidence from Italy. *European Planning Studies*, 22 (3): 537–562.

- Prescott-Allen, R. (2001). *The Wellbeing of Nations. A country-by-country Index of Quality of Life and the Environment*. Washington-Covelo-London: Island Press.
- Purvis, B., Mao, Y. y Robinson, D. (2019). Three pillars of sustainability: in search of conceptual origins. *Sustainability Science* 14:681–695.
- Putnam, R.D., Leonardi, R. y Nanetti, R.Y. (1993). *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. New Jersey: Princeton University Press.
- Raworth, K. (2007). *Doughnut Economics. Seven ways to think like a 21<sup>st</sup> Century Economist*. Vermont, USA: Chelsea Green Publishing.
- Robeyns, I. (2005). The Capability Approach: A Theoretical Survey. *Journal of Human Development* 6 (1): 93–117.
- Robinson, J. (2004). Squaring the circle? Some thoughts on the idea of sustainable development. *Ecological Economics* 48: 369–384.
- Robinson, J.P., y Tinker, J. (1998). Reconciling Ecological, Economic and Social Imperatives: A New Conceptual Framework. Schnurr, J. y Holt, S. (eds.) *The Cornerstone of Development. Integrating Environmental, Social and Economic Policies* (pp. 9-43). Lewis Publishers.
- Robison, L. J. A., Schmid, A. y Siles, M. E. (2002). Is social capital really capital? *Review of Social Economy*, 60 (1): 1–21.
- Rojas, M. (2011). The “measurement of economic performance and social progress” report and quality of life: moving forward. *Social Indicators Research* 102: 169–180.
- Ross-Larson, B. et al. (1996). *Human Development Report 1996*. United Nations Development Programme (UNDP). New York & Oxford: Oxford University Press.
- Ryan, R.M. and Edward L. Deci, E.L. (2001). On happiness and human potentials: A Review of Research on Hedonic and Eudaimonic Well-Being. *Annual Review of Psychology* 52:141–66.
- Samuelson, P.A. y Nordhaus, W.D. (1989). *Economics* (13<sup>th</sup> edition). Singapore: McGraw-Hill.
- Savage, M. (2005). Class and Stratification: Current Problems and Revival Prospects. In Calhoun, C., Rojeck, C. y Turner, B. (eds.). *The Sage Handbook of Sociology* (pp. 236-253). London: SAGE.

- Savage, M., Warde, A. y Devine, F. (2005). Capitals, assets, and resources: some critical issues. *The British Journal of Sociology*, 56 (1): 31-47.
- Schokkaert, E. (2009). The capabilities approach (pp.542-566). In Anand, P., Pattanaik, P.K. y Puppe C. (eds.) *The Handbook of Rational and Social Choice*. Oxford: Oxford University Press.
- Schumann, A. (2016). Using Outcome Indicators to Improve Policies: Methods, Design Strategies and Implementation. *OECD Regional Development Working Papers* 2016/02.
- Scrivens, K. y Smith, C. (2013). Four interpretations of social capital: an agenda for measurement. *Working Paper No. 55*, STD/DOC(2013)6.
- Smart, A. (1993). Gifts, bribes, and guanxi: A reconsideration of Bourdieu's social capital. *Cultural anthropology*, 8 (3): 388-408.
- Solow, R.M. (2000). Notes on social capital and economic performance. In Dasgupta, P. y Serageldin, I. (eds.) *Social capital: a multifaceted perspective* (p. 6-10). Washington DC: The World Bank.
- Spangenberg, J.H. (2001). Investing in Sustainable Development. The Reproduction of Man Made, Human, Natural and Social Capital. *International Journal of Sustainable Development* 4 (2): 184-201.
- Spangenberg, J.H. (2004). Reconciling sustainability and growth: criteria, indicators, policies. *Sustainable Development* 12: 74–86.
- Spangenberg, J.H. (2007). The institutional dimension of sustainable development. In, Hák, T., Moldan, B y Dahl, A.L. (eds.). *Sustainability indicators: a scientific assessment*. A project of Scope (pp. 107-124). Washington-Covelo-London: Island Press.
- Spangenberg, J.H. (2016). Hot Air or Comprehensive Progress? A Critical Assessment of the SDGs. *Sustainable Development* 25 (4): 311-321.
- Stanners, D., Bosch, P., Dom, A., Gabrielsen, P., Gee, D., Martin, J., Rickard, L. y Weber, J.L. (2007). Frameworks for Environmental Assessment and Indicators at the EEA. In, Hák, T., Moldan, B. y Dahl, A.L. (eds.). *Sustainability indicators: a scientific assessment*. A project of Scope (pp. 127-144). Washington-Covelo-London: Island Press.
- Stern, D. I. (2004a). Environmental Kuznets Curve. In Cleveland, C.J. (ed.) *Encyclopedia of Energy Volume 2* (pp. 517-525). Elsevier

- Stern, D. I. (2004b). The rise and fall of the environmental Kuznets curve. *World development*, 32(8): 1419-1439.
- Stern, D. I. (2017) The environmental Kuznets curve after 25 years. *Journal of Bioeconomy* 19: 7-28.
- Stern, D. I. (2018). The environmental Kuznets curve. In Castec, N., Hulme, M. y Proctor, J.D. (eds.). *Companion to Environmental Studies* 49 (54): 49-54. London-New York: Routledge.
- Stiglitz, J.E., Fitoussi, J. y Durand, M. (2018). *Beyond GDP: Measuring What Counts for Economic and Social Performance*. Paris: OECD Publishing.
- Stiglitz, J.E., Sen, A. y Fitoussi, J.P. (2009). *Report by the Commission on the Measurement of Economic and Social Progress*.
- Svendsen, G. L. H., y Svendsen, G. T. (2003). On the wealth of nations: Bourdieueconomics and social capital. *Theory and society*, 32 (5): 607-631.
- Syrquin, M. (1988). Patterns of structural change. In Chenery, H. y Srinivasan, T.N. (ed.). *Handbook of Development Economics*, Volume I (pp. 203-273). Elsevier Science Publishers.
- Swartz, D. (1997). *Culture. The Sociology of Pierre Bourdieu*. Chicago-London: The University of Chicago Press.
- Tóth, B. I. (2015). Territorial capital: Theory, empirics and critical remarks. *European Planning Studies*, 23: 1327–1344.
- Tóth, B. I. (2017). Territorial capital—a fuzzy policy-driven concept: Context, issues, and perspectives. *Europa XXI*, 33: 5-19.
- Tóth, B.I. (2020). How broad a meaning can “capital” acquire? Towards the rigorous comprehension of capital. *Review of Economic Studies and Research Virgil Madgearu*, 13 (2): 159-187.
- UN ESCAP (2015). *Integrating the three dimensions of sustainable development: a framework and tools*. Bangkok: United Nations Economic and Social Commission for Asia and the Pacific.
- Unece (2009). *Measuring sustainable development*. Prepared in cooperation with the Organisation for Economic Co-operation and Development and the Statistical Office of the European Communities (Eurostat). New York and Geneva: United Nations.

- Unecce (2014). *Conference of European statisticians. Recommendations on measuring sustainable development*. Prepared in cooperation with the Organisation for Economic Co-operation and Development and the Statistical Office of the European Communities (Eurostat). New York and Geneva: United Nations.
- United Nations (2007). *Indicators of Sustainable Development: Guidelines and Methodologies* (third edition). New York: United Nations.
- United Nations (2020). *Human development report 2020. The next frontier. Human development and the Anthropocene*. New York: United Nations Development Programme.
- United Nations, European Commission, International Monetary Fund, Organisation for Economic Co-operation and Development, World Bank (2003): *Integrated environmental and economic accounting 2003, Studies in Methods, Handbook on National Accounting, Series F, No. 61, Rev. 1, (ST/ESA/STAT/SER.F/61/Rev.1) SEEA 2003*.
- Van Deth, J.W. y Maloney, W.A. (2015). Associations and associational involvement in Europe. In Magone, J.M. (ed.). *Routledge Handbook of European Politics* (pp. 826-842). London-New York: Routledge.
- Veenhoven, R. (2000). The four qualities of life. *Journal of happiness studies* 1(1): 1-39.
- Veenhoven, R. (2002). Why social policy needs subjective indicators. *Social indicators research* 58 (1): 33-46.
- Veenhoven, R. (2007). Quality-of-life research. In Bryant, C.D. y Peck, D.L. (eds.) *21st Century Sociology, A Reference Handbook* (pp. 54-62). Thousand Oaks, California: Sage.
- Veenhoven, R. (2014). Quality of life: an overview (pp. 5265–5269). In A. C. Michalos (ed.) *Encyclopedia of quality of life and well-being research*. Dordrecht: Springer.
- Waas, T., Hüge, J., Verbruggen, A., y Wright, T. (2011). Sustainable development: a bird's eye view. *Sustainability* 3:1637–1661.
- Wacquant, L. J., y Bourdieu, P. (1992). *An invitation to reflexive sociology*. Cambridge: Polity.

- Weijers, D. (2020). Teaching Well-Being/Quality of Life from a Philosophical Perspective. In Tonon, G.H. (ed.) *Teaching Quality of Life in Different Domains*. (pp. 15–42). Cham: Springer.
- Weijers, D. (2021). Wellbeing and the Four Qualities of Life (pp. 277-290). In Michalos, A.C. (ed.), *The Pope of Happiness*. Springer, Social Indicators Research Series 82.
- Wendling, Z. A., Emerson, J. W., de Sherbinin, A., Esty, D. C., et al. (2020). *2020 Environmental Performance Index*. New Haven, CT: Yale Center for Environmental Law and Policy.
- White, S. y Ellson, M. (2007). Wellbeing, livelihoods and resources in social practice In Gough, I. y McGregor, J.A. (eds.), *Wellbeing in developing countries. From theory to research* (pp. 157-175). New York: Cambridge University Press.
- World Bank (2020). *The Human Capital Index 2020 Update: Human Capital in the Time of COVID-19*. World Bank, Washington, DC.
- World Bank (2021). *The Changing wealth of Nations 2021. Managing Assets for the Future*. Washington: World Bank Publications.
- WCED-World Commission on Environment and Development (1987). *Our common future*. Oxford: Oxford University Press.
- Wu, J. (2013). Landscape sustainability science: ecosystem services and human well-being in changing landscapes. *Landscape Ecology* 28: 999–1023.
- Zenghelis, D., Agarwala, M., Coyle, D., Felici, M., Lu, S., y Wdowin, J. (2020). *Valuing wealth, building prosperity. The Wealth Economy Project on Natural and Social Capital, One Year Report*. Cambridge: Bennet Institute for Public Policy.







# Orkestra

INSTITUTO VASCO  
DE COMPETITIVIDAD  
FUNDACIÓN DEUSTO

[www.orquestra.deusto.es](http://www.orquestra.deusto.es)